CARLOS GAGINI

La Caída del Águila

NOVELA

Edición Económica

San José, C. R.
Imprenta y Librería Trejos Hnos.
1921

CARLOS GAGINI

LA CAÍDA DEL ÁGUILA

(NOVELA)

TREJOS HNOS.
IMPRENTA, LIBRERIA Y ENCUADERNACION
SAN JOSE, C. R.
1920

I

SANDPOINT

El firmamento, como gigantesco fanal de cristal azul colocado sobre el mar, comenzaba a palidecer hacia el levante y a teñirse de ese suave rosicler que recuerda las mejillas de una niña de quince abriles. El océano simulaba un lecho de brillantes esmeraldas levemente rizado por la brisa, y a los primeros rayos del sol naciente las crestas de sus ondas parecían acribilladas por millones de saetas de oro. Del lado de la tierra se dibujaba en elegante curva la línea gris de la playa que se dilata desde la Chacarita hasta la Punta; y paralela a ella, la nívea raya de las olas que iban a morir estruendosamente en la arena. Al Norte cerraban el cuadro filas de montañas de color azul lechoso, única nota melancólica del paisaje, pues sus nieblas, las selvas impenetrables que las cubren y sus agrestes picachos no hollados por la planta del explorador, traen a la mente la imagen de algo salvaje, hirsuto y amenazante, miasmas mortíferos de ciénagas, mi-

riadas de venenosos reptiles en acecho debajo de la maleza, millares de bestias feroces, indios indómitos ocultos detrás de los árboles con la flecha en el arco; algo, en fin, vago e indefinible que recuerda al hombre que si en las gastadas tierras europeas ha logrado domeñar a la Naturaleza, en las americanas ella se impone a nuestra pequeñez con incontrastable imperio.

La ciudad recostada en un fondo de verdura comenzaba a dar señales de vida: elevábanse de las chimeneas espirales de humo, oíanse silbatos de fábricas y pitazos de máquinas y como juguetes diminutos veíanse deslizarse los trenes a lo largo de la costa. Grande animación reinaba en el muelle que en línea recta penetra en el mar algo más de media milla, símbolo de la voluntad humana que se adueña de los más rebeldes elementos. Oíase el rechinar de las grúas, los resoplidos del vapor y el traqueteo de las gasolinas; y las velas de las barcas pescadores se inflaban, salpicando de manchas blancas la verdosa llanura del océano.

Lejos del muelle se columpiaban perezosamente los tres monstruosos acorazados como ballenas dormidas, blancos, monótonos, con esa majestad que da la fuerza y esa tranquilidad de los leones en reposo. Los colosales cañones gemelos de sus torres blindadas relucían como espadas bruñidas; y en las cofas, erizadas de ametralladoras, chispeaban los lentes de los telescopios que registraban el horizonte.

Desde el extremo del muelle podían leerse a

simple vista los nombres de los barcos, estampados en grandes letras de oro en la proa: *Nicaragua, Puerto Rico, Haiti.*

En el topé de sus mástiles de acero ondeaba el pabellón estrellado; y el *Nicaragua,* que era el más poderoso, ostentaba la insignia del almirante. Su puente blindado brillaba como un espejo, reflejando la imagen de los oficiales que se paseaban tomando el fresco y de los marineros y soldados que acudían a los diversos menesteres que les estaban encomendados. Poco después de las siete surgieron de una escotilla dos personas: la que apareció primero era una joven como de veinte años, alta y esbelta, de rostro simpático y rebosante de salud, labios finos y apretados, reveladores de resolución y energía, grandes ojos negros y abundante cabellera del mismo color, recogida bajo una gorra escocesa. La seguía un caballero de unos sesenta años, alto y musculoso, rasurado con esmero, con traje de dril blanco, sombrero de paja, una larga pipa alemana en la boca y unos gemelos en la diestra. El respetuoso saludo de oficiales y marineros indicaba que ambos eran personas de calidad. Pusiéronse de codos en la borda y con los gemelos inspeccionaron la costa, cambiando impresiones en voz baja. Era domingo y sobre los principales edificios trapeaban las banderas norteamericanas. No se oía como antaño el alegre repiqueteo de las campanas que tañían a misa, porque el templo católico de Sandpoint, la antigua Puntarenas, estaba cerrado por falta de fieles, pues casi todos

los vecinos habían abrazado la religión protestante.

Sucesivamente se desprendieron del muelle varias lanchas de gasolina, encabezadas por la falúa de la capitanía del puerto que venía a practicar la visita reglamentaria a los tres barcos fondeados la noche anterior. Cuando atracaron al costado del *Nicaragua*, irguióse el viejo y, dejando los gemelos a su linda compañera, adoptó la actitud de los altos personajes oficiales en las recepciones; el cuerpo erecto, el rostro grave y el entrecejo fruncido. Conforme iban saltando al puente desde la escala de estribor los empleados del puerto se apresuraban a ir a saludar al caballero de los gemelos a cuyo lado estaban el comandante del acorazado y un grupo de oficiales de marina; y por las cortesías y por la expresión obsequiosa y humilde de todos se traslucía que debía de ser conspicuo dignatario.

De la segunda lancha subió un hombre gigantesco y rubicundo, con uniforme galoneado, a quien el viejo estrechó cordialmente la mano diciéndole sonriente:

—Hola, Simpson ¿nada nuevo?

—No, señor Ministro.

—Estricta vigilancia ¿eh?

—He cumplido al pie de la letra las órdenes de Vuestra Excelencia. Desde este puerto hasta la bahía de Salinas no hay una pulgada de tierra que no esté vigilada. De trecho en trecho hay puestos militares, las patrullas recorren día y noche la costa y cien gasolinas cruzan sin cesar de un punto

a otro de tal suerte que puedo responder con mi cabeza de que nadie ha entrado ni salido sin mi consentimiento.

Habíanse separado algunos pasos del grupo y conversaban en voz baja.

—Es extraño, extraño!—murmuró para sí el Ministro.

—Lo único anormal—prosiguió el coloso, después de enjugarse la frente con el pañuelo,—es que nuestros aparatos radiotelegráficos han interceptado varios despachos ininteligibles, escritos sin duda en clave y con palabras que no pertenecen a ninguno de los idiomas conocidos.

Levantó el Ministro su afilada nariz y entornando los penetrantes ojillos en señal de profunda curiosidad, repuso después de corto silencio:

—¿Tiene Ud. copia de alguno de esos misteriosos despachos?

—Aquí están todos—respondió Simpson, sacando del bolsillo unos papeles.

Examinólos cuidadosamente el Ministro, y a cada lectura movía impaciente la cabeza.

—Extraño, extraño!—murmuró. Desde Panamá hasta la frontera de México no hay, no puede haber estación alguna. ¡Extraño!

Mientras los dos hombres mantenían esta conversación, habíase acercado a la señorita—que aún permanecía en la borda, asestando los gemelos a tierra—un apuesto teniente de navío, rubio y hermoso, de miembros bien proporcionados como los de

aquellos que desde su niñez se han consagrado a los deportes. Ambos entablaron animado coloquio, por el cual era fácil colegir que entre los dos mediaban lazos más fuertes que los de la simple amistad.

—Me dicen que vas a pasar dos o tres días en la capital de la colonia. ¿Es cierto, Fanny?

—Sí, hace poco me lo anunció papá y ahí están nuestras valijas—añadió señalando unas apiladas cerca de la escala de estribor.

Pero tú vendrás con nosotros ¿no es cierto?

—No, y eso es lo que me contraría. El comandante me ha ordenado que vaya mañana a una exploración hasta Tivives. Con que ya ves!....

—Papá conseguirá que te releven de esa tarea. Si no nos acompañas, me quedo a bordo.

Los ojos del gallardo mancebo brillaron de satisfacción y acercándose más a la joven prosiguió:

—Querida Fanny, cuando supe que habías obtenido de tu papá que se embarcase en este navío en el cual sirvo, te bendije una y mil veces, pues así podríamos estar juntos algunas semanas mientras llega el anhelado plazo de nuestra boda. ¡Qué breves se me han hecho los días transcurridos desde que zarpamos de San Francisco! Tu papá quiso examinar por sí mismo todas las radas, ancones, fondeaderos e islotes de la costa y yo rogaba a Dios que le deparase algo extraño en que entretenerse para que nosotros pudiésemos prolongar nuestras conversaciones a la luz de la luna,

en los escasos ratos que me dejaba libre el servicio.

Iba a replicar Fanny cuando se acercó a ella su padre, diciéndole:

—Vamos a tierra. El expreso para la capital está listo.

—Henry vendrá con nosotros. ¿Verdad, papá?

Fijó el Ministro sus ojos aquilinos en el joven, que bajó los suyos atemorizado.

—Henry no depende más que del comandante.

—Pero tú puedes conseguirle licencia.

Frunció el Ministro sus pobladas cejas y sin decir palabra llamó aparte al comandante del barco. Media hora después el Ministro de Marina de los Estados Unidos, Mr. Albert Adams, su encantadora hija Fanny y su prometido Jack Cornfield, cómodamente recostados en los cojines de una gasolina, atracaban al muelle de Puntarenas, en donde la banda marcial criolla recibió a los ilustres huéspedes con el himno norteamericano.

No pudo el Secretario Adams ocultar su sorpresa al recorrer las calles del puerto que él había visitado quince años antes como jefe de un crucero, al notar el asombroso cambio que en la ciudad se había operado: las calles arenosas que los transeuntes atravesaban a duras penas, estaban ahora cuidadosamente macadamizadas y desaguadas por amplias alcantarillas; los patios, en otro tiempo depósitos de inmundicias, se habían convertido en amenos jardines merced a la tierra vegetal traída desde muy lejos; habían desaparecido las casuchas infectas de los

suburbios y en su lugar se levantaban habitaciones bien soleadas y blanqueadas; el Estero dragado recibía centenares de barcos mercantes que atracaban directamente a un malecón de mampostería de más de un kilómetro de longitud; tranvías eléctricos recorrían las avenidas principales; la cañería y el alumbrado eran inmejorables; la boca de la Barranca, antiguo foco de fiebres, se había transformado en elegante balneario provisto de todas las comodidades de los más celebrados del viejo continente; en suma, la población miserable de antaño, tocada por la varita de oro del yanqui, era ya uno de los mejores y más higiénicos puertos del mundo.

Creció de punto la admiración del Ministro de Marina cuando instalado en lujoso coche recorrió en hora y media las veinticinco leguas que separan a Puntarenas de San José: la vía esmeradamente balastada se deslizaba enfrente de la roca de Carballo por un tajamar construído a cincuenta metros de la orilla, de manera que a la vez que evitaba el peligro de los desprendimientos de moles de piedra, permitía admirar el promontorio en toda su magnificencia. A un lado y otro de la línea se sucedían campos de trigo, de arroz y de maíz, viviendas pintorescas a cuyas puertas salían para ver pasar los trenes, no individuos paliduchos y mugrientos, roídos por la malaria y la miseria, sino trabajadores fornidos y de aspecto satisfecho.

De trecho en trecho un molino, un aserradero o un hato de ganado cortaban la monotononía de

los cultivos; y todo el país parecía respirar salud, bienestar y alegría de vivir.

Mr. Adams lo contemplaba todo con íntima fruición, pensando que aquella prodigiosa transformación era obra de sus compatriotas, mientras en un ángulo del vagón su hija y su prometido, sin preocuparse del paisaje ni de sus bellezas, mataban el tiempo en delicioso palique amoroso.

La capital fué otra nueva sorpresa para el señor Secretario de Marina de los Estados Unidos. En lugar del desvencijado carruaje que quince años atrás lo condujo a un hotel incómodo y caro, una docena de lujosos automóviles le llevaron a él y a su comitiva en cinco minutos a la residencia del gobernador de la colonia, quien en compañía de los principales empleados le había dado la bienvenida en la estación, mientras un regimiento de infantería criolla con uniforme de gala hacía los honores al ilustre huésped. La traviesa Hanny no dejó de hacer comentarios chistosos sobre el aire tan poco marcial de los soldados ticos, a quienes el calzado torturaba de modo indecible. Las calles perfectamente asfaltadas parecían espejos cuando las mojaba la lluvia; todas las casas aún las más humildes, estaban recién pintadas; los carros del tranvía desinfectados, los carruajes flamantes, tirados por caballos rollizos; en las carnicerías, con sus mostradores de mármol no se veía ni una mosca: ni polvo, ni lodo, ni mosquitos, ni ratas, ni mendigos, ni vagos, ni tabernas!

Lo que más admiró al Secretario fué el no ver gentes descalzas; cuando hizo esta observación al Gobernador de la colonia, Mr. John Taylor, sentado a su lado en el automóvil, el general sonrió y replicó:

—¡Oh! encontramos un medio muy sencillo para corregir esa falta de cultura. Dispuse que no se admitiese en los trenes, tranvías ni templos a personas descalzas. Muchos rehacios prefirieron viajar a pie; pero cuando les impedí entrar descalzos en sus templos, no tuvieron más remedio que comprarse calzado. Esta medida los obligó a trabajar más y a beber menos. ¡Son tan ignorantes y fanáticos!

—Pero nuestras leyes prohiben en absoluto las bebidas espirituosas.

—Es verdad; pero creo que toda la policía de nuestra poderosa nación sería incapaz para impedir que esta gente fabrique de modo clandestino sus bebidas alcohólicas.

—Mejor que sea así, Taylor. Es preciso que esta raza degenerada desaparezca y deje el lugar a una más digna de aprovechar las riquezas de la tierra. Cuanto más beban, mejor.

La suntuosa mansión del Gobernador, situada enfrente de la Fábrica Nacional de Licores, convertida a la sazón en Fábrica de Tejidos, hospedó al ilustre Secretario Adams, a su bella hija y a su

futuro yerno. Partidas de *lawn tennis*, *garden parties*, excursiones y bailes contribuyeron a amenizar la estada de los distinguidos huéspedes en los tres días que permanecieron en San José, capital de la colonia. En la noche que precedió a su partida les fué ofrecido un regio banquete al cual concurrieron, además de la plana oficial, multitud de criollos que se habian adaptado a las costumbres y habla yanquis y aceptado sin protesta la dominación extranjera. No dejó de notar el señor Ministro que la masa de la población, particularmente la clase artesana, mostraba una actitud abiertamente hostil; y por el gobernador supo que habían ocurrido frecuentes hechos de sangre, realizados por los nativos contra ciudadanos de la Unión, severamente castigados con la silla eléctrica, que no infundía al parecer, gran temor a los autores de los crímenes.

Celebróse el banquete en el hotel *Lincoln*, el más lujoso de la capital; y preciso es confesar que el servicio superó con mucho al de los mejores de Nueva York. El Secretario Adams tenía a su lado al Gobernador Taylor; y cuando la comida tocaba a su fin, presentóse un camarero con un despacho telegráfico para el señor Ministro. Al leerlo Mr. Adams palideció y lo pasó a su vecino, quien a su vez dió muestras de la más profunda sorpresa. Miráronse largo rato y luego el general Taylor dijo en voz baja:

—Esto es inconcebible. ¡Seis acorazados en menos de dos meses!

—Sí, dijo el Ministro de Marina; sucesivamente han desaparecido el *Panamá*, el *California*, el *Balboa*, el *Washington*, el *Mackinley* y ahora el *México*, nuestros más poderosos barcos, del tipo más moderno y provistos de todos los medios imaginables de defensa: redes contra torpedos, aparatos que anuncian la aproximación de barcos submarinos, telégrafos inalámbricos que en medio minuto pueden avisar al mundo entero la localización del buque en peligro. Y sin embargo, esas seis poderosas unidades han desaparecido sin dejar huella y sin que sea posible fijar el lugar del siniestro. Lo extraño es que los seis acorazados salieron de nuestra estación de San Francisco y que del lado del Atlántico no ha ocurrido novedad alguna.

—El Japón entonces.....

—Así lo sospeché desde el principio; pero es tal nuestro espionaje en el Imperio del Sol Naciente, que ninguno de sus doscientos submarinos puede ejecutar evolución alguna sin que nuestros agentes no lo comuniquen enseguida. Puedo asegurar que ninguna de esas naves ha abandonado las aguas japonesas.

—Pero entonces.....

—No me explico la desaparición de nuestros barcos; un ataque submarino es imposible, pues como dije a Ud. antes, están provistos de todos los medios de defensa imaginables. Además, uno de los acorazados desapareció dos días después de haber zarpado de San Francisco, otro cuatro días más

tarde; el tercero salió de Mazatlán cinco días después y no se ha vuelto a saber de él; el cuarto, de San José de Guatemala; el quinto, de Acajulta; y finalmente el *México*, que partió de Amapala hace cuatro días, no ha llegado a Corinto. Lo particular del caso es que navegando a corta distancia de la costa, la explosión que hubiera causado el hundimiento de nuestros barcos se habría oído a larga distancia, y ni nuestros puestos militares de la costa oyeron nada, ni nuestros aparatos inalámbricos recibieron despacho alguno.

Quedóse pensativo largo rato el Secretario Adams, y de pronto dijo:

—Mi querido Taylor: el general Simpson, comandante de Sandpoint, me facilitó algunos despachos interceptados e indescifrables que a mi ver tienen conexiones con este asunto. Para mí es claro que se trama algo contra nuestra Gran República. ¿Por quién? No lo sé. ¿Dónde? Lo ignoro. Desde San Francisco hasta Panamá la costa está perfectamente vigilada y puedo garantizar que ni México ni el Japón tienen participación directa en la desaparición de nuestras poderosas unidades de combate. Este misterio me impulsó a inspeccionar por mí mismo nuestras costas del Pacífico y confieso que en mi viaje no he tenido contratiempo alguno ni motivo de queja y que todo lo he encontrado en perfecto orden.

Ayer mi hija Fanny me expuso su deseo de hacer una visita a la isla del Coco, tan interesante

por las leyendas de tesoros enterrados allí por los piratas; y tal deseo me pareció providencial, pues si alguna estación inalámbrica pueda existir por estos parajes, solo habría de hallarse en una isla deshabitada, a más de cien leguas de la costa, no visitada por los vapores que recorren las líneas del Pacífico. Mañana en la tarde partiremos y no dejaré de enviar radiogramas sobre todo lo que allí se encuentre.

Los acorazados *Haiti* y *Puerto Rico* permanecerán en Sandpoint, listos para zarpar al primer aviso. Mi hija se propone explorar toda la isla y hacer excavaciones en los lugares en que probablemente se encuentren objetos antiguos. Estaremos allí un par de días nada más.

—¿No sería más prudente que os escoltasen los otros dos acorazados?

—No es necesario. Su presencia en el puerto es indispensable para imponer respeto a los nativos que aún se niegan a reconocer nuestra dominación.

Ajenos a todos los asuntos políticos y diplomáticos, los dos enamorados—Fanny y Jack—casi no probaron los exquisitos manjares, atentos sólo al amoroso diálogo que sostenían a media voz. Un año más tarde serían marido y mujer: él obtendría su retiro definitivo, gracias a la influencia de su ilustre suegro, y su cuantiosa herencia paterna le permitiría adquirir extensas propiedades en el Estado de Texas, en donde era su intención dedicarse a la agricultura y pasar el resto de su vida consa-

grado a las faenas campestres, que proporcionan salud, riqueza y tranquilidad de ánimo.

Esa misma noche, a las once, un tren expreso condujo a los distinguidos huéspedes al puerto en donde los esperaba una gasolina para llevarlos a descansar a bordo del poderoso acorazado *Nicaragua*.

II

LA ISLA MISTERIOSA

A más de trescientas millas al oeste de Puntarenas surge del océano una isla solitaria que fué en tiempos pasados guarida de piratas, como lo atestiguan las inscripciones puestas en las paredes de sus cavernas. No carecen de fundamento las leyendas de tesoros enterrados allí por los corsarios, pues difícil es imaginar paraje más adecuado para refugio de quienes temen la acción de la justicia. Alejada de todas las rutas marítimas, sin puertos espaciosos que puedan convertirla en estación carbonera y con una superficie de unos cincuenta kilómetros cuadrados que no permite el establecimiento de colonias considerables, la isla del Coco ha permanecido deshabitada y la poderosa nación que tres años há se adueñó de la América Central no se dignó poner en ella sus vigilantes ojos.

A ella se dirigió a todo vapor en una mañana de Abril el magnífico *dreadnaught Nicaragua*, llevando a su bordo al Secretario de Marina y a su bella hija. Poco después de medio día divisaron

los picachos de la isla y sus escarpadas costas de las cuales caen al mar innumerables cascadas pequeñas, y antes de las cinco el acorazado fondeó a la entrada de la bahía de Chatam, porque la enseñada no ofrece bastante fondo para barcos de gran calado.

Fanny se empeñó en desembarcar inmediatamente porque tenía deseos de contemplar desde uno de los riscos la puesta del sol, espectáculo incomparable en estas latitudes, y no hubo más remedio que complacer a la mimada señorita. Un bote manejado por dos buenos remeros condujo a tierra a Mr. Adams, a su hija y al enamorado Jack, como llamaban sus camaradas al apuesto Henry Cornfield, quienes provistos de magníficos gemelos treparon penosamente a la cima de uno de los más empinados cerros. Al llegar a la cumbre prorrumpieron los tres en exclamaciones de entusiasmo. Y no era para menos: el sol besando ya el horizonte, parecía por efectos de la refracción un enorme escudo rojo que matizaba las nubecillas con mil brillantes colores. En torno de la isla formaba el mar un cinturón de blanquísima espuma sobre la cual caían de los cantiles chorros de agua irisados, semejantes a los surtidores de una fuente gigantesca; millares de gaviotas como copos de nieve revoloteaban en los escollos; y el aire, saturado de emanaciones salinas, al ensanchar los pulmones comunicaba al alma una animación parecida a la que da el champaña.

Fanny recorría con sus gemelos la isla y de cuando en cuando los bajaba para mirar tiernamente a su prometido.

—Mañana—dijo—voy a pasar aquí todo el día para hacer excavaciones. Quizá daremos con el tesoro de los piratas; pero de todos modos hallaremos algunas reliquias antiguas que irán a enriquecer nuestro museo.

Su padre la miró con burlona sonrisa y le dijo:

—¿Piensas ser más afortunada que todos los que han venido aquí en busca del famoso tesoro? Sería preciso remover todo el suelo de la isla, pues los corsarios no eran tan simples para sepultar sus riquezas en lugares tan sospechosos como las cuevas y casi siempre enterraban el producto de sus depredaciones en la playa, en donde ningún accidente visible podría denunciarlo, guardándose un plano que indicaba exactamente el sitio del entierro.

—Tengo el presentimiento de que hallaré algo—replicó Fanny—y no me iré hasta que copie las inscripciones de las grutas y excave algunos lugares.

Tomó de nuevo sus gemelos y al dirigirlos al lado noroeste de la isla lanzó repentinamente un grito de sorpresa.

—¿No me dijiste que la isla está deshabitada?—dijo mirando ansiosamente a su padre.

—Sí—respondió éste: el último colono fué un alemán que hace unos veinte años vino aquí con su esposa y partió poco después. El Gobierno de

Costa Rica nunca se preocupó de esta isla y no sé cómo no se ha apoderado de ella cualquier nación extranjera.

—Entonces ¿cómo se explica que haya una línea férrea y ganado vacuno?

—¡Una línea férrea! exclamaron a un tiempo Mr. Adams y Jack, empuñando sus gemelos y asestándolos al sitio indicado por la joven.

Era imposible negarse a la evidencia: en la playa norte de la isla brillaban los rieles como dos hilos de plata y se distinguían hasta las traviesas metálicas que los sustentaban.

A corta distancia, en un herbazal, pacían cuatro robustas vacas, acompañadas de sus respectivos becerros y de una docena de cabras manchadas y gordas que ramoneaban entre la maleza.

El Secretario Adams no volvía en sí de la sorpresa.

—Esos animales—murmuró como hablando consigo mismo—pueden haber sido dejados por los últimos colonos. ¡Pero la línea férrea!.....Volvamos ya a bordo--añadió en voz alta: dentro de poco será de noche y no conviene navegar a oscuras en mares desconocidos.

Apenas llegaron al acorazado comunicó el Secretario sus impresiones al comandante y se acordó que al día siguiente una partida de tripulantes practicase un escrupuloso registro de la isla sospechosa. Durante toda la noche se mantuvo estricta vigilancia en los barcos y los potentes reflectores

eléctricos examinaron la costa y las aguas circunvecinas sin que nada anormal ocurriese.

Al amanecer se arriaron de los pescantes tres de las falúas del barco y una cincuentena de marineros y soldados bien armados se dirigieron á tierra. Desgraciadamente Fanny se sintió algo indispuesta, con dolor de cabeza y calentura, por lo que, con harto sentimiento suyo, no pudo acompañar a los expedicionarios.

Regresaron éstos antes de mediodía, y Fanny, que yacía acostada en una silla de lona en grata conversación con su padre y con su novio, se puso de pie.

El oficial encargado de la excursión se acercó al grupo y saludó militarmente.

—¿Y bien?— preguntó el Secretario sin disimular su curiosidad.

—Excelencia, hemos recorrido toda la isla y registrados sus bosques; fuera de unos miles de gatos y puercos salvajes, no hemos encontrado ni una vaca ni una cabra, ni vestigios de línea férrea.

—¡No puede ser!—exclamó cada vez más sorprendido Mr. Adams; he visto con mis propios ojos los rieles y las traviesas de acero, cuatro vacas y varias cabras cuyo color se distinguía perfectamente. Los vieron también Fanny y Jack. ¿Verdad?

—Sí—contestaron a un tiempo los dos jóvenes, no menos sorprendidos.

El oficial se quedó perplejo, sin atreverse a decir que probablemente sus ilustres interlocutores habían padecido alguna alucinación.

El Secretario de Marina permaneció con el entrecejo fruncido, visiblemente preocupado, y luego dijo al oficial:

—¿Registraron ustedes con cuidado la playa nororoeste, en donde vimos la línea férrea?

—Sin dejar una pulgada. Allí no hay siquiera un sendero que indique el paso de hombres ni huellas humanas de ninguna especie.

—¡Extraño! murmuró Mr. Adams.

—Apenas comamos vamos a tierra—repuso vivamente su hija: volvamos al mismo sitio de ayer y nos convenceremos de si en realidad fué una ilusión lo que vimos.—Asintieron su padre y su novio, y a las dos de la tarde se dirigieron a la playa, acompañados de cuatro marineros armados de picos y palas.

Subieron al risco desde el cual contemplaron la víspera la puesta del sol, y sin pérdida de tiempo apuntaron los tres sus gemelos al paraje en donde vieron brillar los rieles como dos hilos de plata.

Casi simultáneamente bajaron los anteojos y se miraron mutuamente con expresión de infinita sorpresa.

La línea no estaba allí: en el herbazal no había animales y no se advertía movimiento ni vida, como si la isla fuese un vasto cementerio.

—Vamos allá,—dijo después de largo silencio el Secretario.

Seguidos por los cuatro marineros que llevaban al hombro sus herramientas, se encaminaron a la

playa noroeste y la inspecionaron cuidadosamente. ¡Nada! En la arena húmeda y negruzca no había más huellas que las de los tripulantes que por allí habían pasado en la mañana, fácilmente distinguibles por el calzado de ordenanza y por lo reciente de la impresión.

En un riachuelo encontraron la quilla oxidada de un bote de acero y a corta distancia un montón de cenizas entre cuatro postes que sin duda sirvieron de sostén a un rancho antiquísimo. Empeñóse Fanny en hacer allí una excavación y los cuatro fornidos marinos se pusieron a la obra inmediatamente, mientras el Secretario Adams, con los brazos cruzados y la ancha frente contraída por la fuerza de sus concentrados pensamientos, se mantenía algo apartado, sin prestar atención a los gritos de júbilo que su hija daba a cada nuevo hallazgo.

Desenterráronse sucesivamente una daga española del siglo XVI, un caldero de cobre recubierto de cardenillo, varias monedas de plata de la misma época y finalmente unos huesos carcomidos y la mitad de un cráneo que por su forma y dimensiones pertenecía indudablemente a un individuo de raza blanca. Ordenó Fanny que inmediatamente los marineros llevasen al acorazado las preciosas reliquias y como el calor era sofocante, les recomendaron que a la vuelta trajesen dos botellas de champaña y una cesta de hielo.

El Secretario, siempre silencioso y meditabundo, dijo:

—Volvamos a nuestro observatorio. No quiero salir de esta isla sin convencerme de que en realidad fuimos víctimas de una alucinación. Una linea férrea no puede desaparecer en una noche, aún suponiendo la cooperación de centenares de obreros. Dentro de poco serán las cinco y estaremos en iguales condiciones para cerciorarnos de la realidad.

Llegaron al picacho y se renovó la sorprendente escena de la tarde anterior: el enorme sol color de sangre, el espléndido celaje, el cinturón de níveas espumas, el blanco acorazado balanceándose muellemente a la entrada de la bahía, la diminuta lancha que hacía él se dirigía, de cuyos remos goteaba el agua como una lluvia de diamantes.

El Secretario Adams parecía extasiado y los dos jóvenes, sin cuidarse de la belleza del cuadro, cruzaban sus amantes miradas y hablaban en voz baja, prestando escasa atención a las palabras que como un torrente brotaron de pronto de los labios del distinguido funcionario, quien transportado sin duda mentalmente al salón del Congreso de la gran República, comenzó así:

—Nuestra misión redentora es sublime: la Providencia nos ha designado para salvar de la ignorancia y de la miseria a estas antiguas colonias españolas, continuamente desgarradas por luchas intestinas, explotadas por ambiciosos sin conciencia ni patriotismo, atentos sólo al medro personal. Estos pueblos mueren de necesidad en medio de las riquezas naturales de su suelo, que no saben aprovechar.

Guatemala y Nicaragua se sometieron sin resistencia y a las otras Repúblicas centrales las subyugamos fácilmente. Antes de medio siglo nuestra nación tendrá por límites el Océano Glacial al Norte, y al Sur el estrecho de Magallanes. Así lo exige la moral; es preciso que las leyes históricas se cumplan con la exactitud de las físicas, y que los pueblos degenerados, indignos de habitar estos ricos territorios, cedan el puesto a una raza más sana, más fuerte y emprendedora. México se resiste, pero lo conquistaremos pacíficamente: todas las empresas mineras, agrícolas y ferrocarrileras importantes están en manos de compatriotas nuestros; y cuando llegue el plebiscito que ha de decidir de la suerte de ese país, contaremos con una nueva y brillante estrella en nuestro pabellón.

Mientras el señor Adams peroraba así, los dos jóvenes continuaban su charla amorosa, forjando planes para lo porvenir.

—Si yo fuera millonario—decía Jack—me construiría aquí un palacio, provisto de toda clase de comodidades, y pasaría en él el resto de mi vida dedicado a amarte. Sólo así sentiría que tú eres enteramente mía y que el resto del mundo no existe para tí.

—Sí—repuso ella: y al mes te fastidiarías y te irías en tu yate a buscar otra menos fea que tu mujer.

—¡Fanny!

El Secretario, que se había sentado en una roca,

se puso bruscamente de pie, lanzando un grito de asombro y levantando los gemelos a la altura de los ojos.

—¡La línea!—exclamó. ¡Allí está!

Los dos enamorados corrieron a su lado, asestando los gemelos en la dirección de los de Mr. Adams y se quedaron pasmados. No era posible equivocarse: sobre la oscura superficie de la costa resaltaban las dos rayas paralelas de los carriles relucientes como plata bruñida y podían contarse las traviesas metálicas en que estaban enclavados. Más aún: varias vacas y cabras pastaban tranquilamente en el prado que verdeaba a corta distancia de la vía, y los tres viajeros reconocieron en ellas las mismas de la víspera.

El Secretario se restregó los ojos como dudando de lo que veía, e iba a dirigir a sus compañeros una pregunta, cuando de improviso resonó una explosión formidable, tembló el cerro sobre el cual se hallaban y el aire comprimido les cortó la respiración.

Fanny se abrazó a su novio, con el terror pintado en sus facciones, mientras su padre, trémulo y pálido, corría al lado oriental de la roca, gritando:

—¡El acorazado!

Una inmensa y bronceada columna de humo ocupaba el lugar en donde pocos minutos antes estaba fondeado uno de los más poderosos barcos del mundo. En lo alto de la nube flotaban y descendían luego lentamente restos informes de objetos

negruzcos que caían en el mar uno tras otro como las cenizas de un volcán. Lo más extraordinario era que la columna de humo parecía maciza, sin disolverse, como si contra ella no tuviese acción alguna el viento.

—¡Se ha volado el barco! gritó Jack horrorizado.

—No, *lo han volado,*—repuso en voz sorda el Secretario de Marina.

Fanny prorrumpió en sollozos y ciñó con sus brazos el cuello de su padre, quien ya sereno e impasible le dijo, acariciando la adorable cabecita:

—No te aflijas. Pronto vendrán a buscarnos. Es cuestión de dos días. Afortunadamente tenemos en la cesta suficientes fiambres y una botella de vino y no nos moriremos de hambre. ¡Necio de mí! Desde ayer lo sospechaba, y sin embargo, cometí la imprudencia de traerte aquí.

Luego, sacando del bolsillo un mapa de la isla que consultó un instante, añadió:

—En ese escarpado cerro de enfrente están las espaciosas cuevas que servían de guarida a los piratas en sus vacaciones. Vamos allá y pasaremos la noche, si no en blandos colchones, por lo menos al abrigo del viento y del sereno. Después, Dios dirá.

Cuando descendían del peñón divisaron, a los últimos resplandores del crepúsculo, un objeto oscuro semejante a un ataúd que se deslizaba con rapidez vertiginosa por la línea férrea y que desapareció en un recodo de la vía antes que nuestros personajes tuviesen tiempo de observarlo con sus anteojos.

Mr. Adams movió la cabeza con desaliento, como si aquella extraña aparición augurase alguna gran desgracia.

Era ya casi de noche cuando los tres llegaron a las grutas y se instalaron en la primera, tanto porque era la más ventilada, como porque a ella llegaba oblicuamente la luz de la luna llena.

El Secretario tendió en el suelo su impermeable y encima su levita, improvisando así un lecho a su querida hija. El y Jack se acostaron sobre la roca, con sus revólveres al alcance de la mano como en espera de un peligro invisible e inevitable.

Largas horas estuvieron desvelados, lo mismo que la encantadora niña, que a duras penas reprimía los sollozos para no afligir más a su padre.

Al fin lograron conciliar el sueño a la madrugada y a las seis los despertaron los rayos del sol que penetraban oblicuamente en la cueva. Consistía ésta en un largo túnel cuya boca estaba dirigida hacia el oriente. A cada lado del espacioso cañón central había tres hermosas grutas, en parte naturales, en parte arregladas por la mano del hombre, cuyas entradas daban al zaguán central como los cuartos de una fonda. Que allí se habían alojado en los pasados siglos los bucaneros que asolaron las costas occidentales de las colonias españolas y que incendiaron nuestra ciudad de Esparza, decíanlo claramente las inscripciones de las paredes, con sus nombres y fechas en inglés, así como el arreglo y

distribución de las habitaciones, que podían albergar cómodamente más de un centenar de personas.

Al despertar los únicos tres sobrevivientes del *Nicaragua*, miráronse los dos hombres estupefactos, pero sin decir palabra para no alarmar a Fanny. Lo que producía su asombro era el hecho inexplicable de que sus pistolas automáticas, dejadas en el suelo al alcance de la mano, habían desaparecido!

Cuando se levantó Fanny, su padre tomó la levita y quiso consultar el mapa de la isla; pero en vano registró todos los bolsillos.

¡El mapa había desaparecido!

Encamináronse silenciosos a la playa, con la esperanza de encontrar algún náufrago o siquiera algún resto del soberbio *Dreadnaught*. En vano recorrieron varias veces la orilla de la bahía de Chatam: las olas se estrellaban una tras otra en la playa sin dejar ni una astilla, ni un harapo, como si un monstruo apocalíptico se hubiese tragado el barco con toda su dotación de mil quinientos tripulantes.

Regresaron sin decir palabra a su albergue, pues ya el sol picaba bastante, y mientras Fanny cogía algunas flores silvestres y curiosos insectos, los dos hombres cambiaron impresiones.

—¿Qué opina usted, Mr. Albert, de nuestra actual situación?—preguntó el mozo.

—Lo que creo, Mr. Cornfield, es que imprudentemente hemos venido a meternos en la boca del lobo. Usted debe saber que en menos de dos meses han

desaparecido misteriosamente seis de nuestros más modernos y perfectos acorazados.

—¡Cinco!

—No, seis. En el banquete que nos dieron en San José recibí un aerograma en el cual se me anunciaba que el *México* no había llegado a su destino y que se consideraba como perdido, pues no se había recibido contestación a los numerosos mensajes inalámbricos que se le habían dirigido. Ahora no son seis, sino siete, prosiguió con amargura.

—¿De modo que Ud. cree....?

—Que en esta isla está la clave del misterio y que de todo corazón prefiero morir aquí con los seres que me son más queridos que ver anclar en esa maldita bahía los dos acorazados que dejamos en *Sandpoint*, porque estoy seguro de que correrán la misma suerte que nuestro *Nicaragua*.

Humedeciéronse los ojos del teniente al recuerdo de sus camaradas muertos, y cuando logró dominar su emoción añadió:

—¿Y qué será de nosotros, de Fanny?

—Tenemos víveres para dos días.

Después, si no vienen a rescatarnos, estaremos a merced de nuestros carceleros.

—¡Prisioneros! Pero ¿en poder de quién?

—Quizá pronto lo sabremos. Estamos cogidos en las mallas de una red diabólica cuyos hilos procuro desenredar desde anoche. Resignémonos por ahora y dejemos desarrollarse los acontecimientos. Tan

sólo quiero hacer a Ud. una recomendación; si yo llego a faltar, cuida Ud. a mi hija y defiéndala hasta el último momento.

Estrechó el Secretario la mano de su futuro yerno, y al llegar a la gruta tomaron algunos bocados de los fiambres de la cesta, dejando para el día siguiente unos pocos emparedados y un trozo de jamón en dulce.

Esa tarde no salieron de la gruta y esperaron la salida de la luna en amena conversación con el objeto de disipar la tristeza de Fanny, cuyos intermitentes suspiros revelaban la profunda inquietud de su alma.

Durmiéronse al cabo, acariciados por la esperanza de ver al día siguiente en la bahía el barco que había de venir a rescatarlos. Cuando amaneció quisieron salir para respirar el aire matinal y contemplar el océano; pero una palidez mortal invadió sus rostros cuando siguiendo el túnel central a cuyos lados estaban las seis habitaciones, encontraron que una pesada verja de hierro obstruía la boca de la cripta.

Examinóla Jack y advirtió que no tenía goznes, sino que salía de la roca como un rastrillo corredizo. Miráronse consternados y Fanny se abrazó a su padre, llorando desconsoladamente.

Estaban prisioneros.

III

NUEVAS SORPRESAS

Para matar el tiempo y distraer sus penas los tres cautivos se pusieron a examinar las seis habitaciones simétricas, abiertas a ambos lados del pasadizo central, en cuyas paredes encontraron interesantes letreros y sobre todo uno en inglés que decía, aludiendo sin duda al tesoro enterrado por los piratas: *El pájaro voló.*

Recorrida el ala izquierda, pasaron a la derecha y al penetrar en la segunda caverna lanzó Fanny un grito de sorpresa. A la entrada de la habitación había dos valijas de cuero, que la joven reconoció al punto, pues eran las mismas en que acomodó sus ropas al tomar pasaje a bordo del *Nicaragua* en el puerto de San Francisco de California.

En la tercera cueva encontraron un montón de víveres suficientes para una semana, un jamón, varias conservas, tres panes grandes y una cocinilla de alcohol, con una tetera.

El fondo del pasadizo central era una pared de

roca volcánica, lisa y uniforme; los muros de las cuevas no presentaban solución alguna de continuidad. ¿Cómo, pues, habían aparecido allí esos objetos?

—Poco corteses son nuestros carceleros, dijo el Secretario con amarga sonrisa; podían habernos dejado a Jack y a mi siquiera una muda de ropa.

—¡Aquí está! gritó de repente Miss. Adams que había abierto sus valijas y registrado su contenido. Dos vestidos interiores tuyos, papá, y dos de Jack.

Los prisioneros no volvían en sí de su sorpresa. ¿Quién había tenido la previsión de salvar de la catástrofe el equipaje de Fanny y de poner en él ropas de los dos hombres? ¿Había, pues, a bordo un cómplice de los que habían volado el acorazado? ¿Cómo se había escapado antes de la explosión y en qué lugar de la isla se había refugiado?

Los prisioneros pasaron el resto del día discutiendo esos problemas al parecer insolubles; y como entre los víveres encontraron un paquete de velas de estearina y otro de fósforos, pudieron distraer sus contristados ánimos oyendo la lectura de una novela de las muchas que Fanny guardaba en su saco de viaje.

Antes de acostarse, el Secretario Adams dijo filosóficamente:

—Nuestros carceleros no parecen mal dispuestos contra nosotros, a juzgar por las atenciones que nos han prodigado. Soportemos con paciencia nuestro cautiverio y esperemos que los navíos de nuestra Gran República vengan a devolvernos la libertad.

No hay mal que dure cien años. ¿A qué afligirse? Si la suerte nos reserva trágico fin, resignémonos a él y muramos por servir a nuestra patria y a la causa de la civilización».

Estas palabras confortaron el decaído ánimo de los dos jóvenes y todos gozaron esa noche de un sueño no interrumpido y reparador. Ocupaban como antes la primera caverna de la izquierda, oreada toda la noche por la brisa marina e iluminada durante algunas horas por la luz de la luna.

Cuando abrieron los ojos, cegados por los resplandores de la mañana, los tres se incorporaron como movidos por un resorte. Ante ellos estaba de pie un joven de melena rubia y ensortijada, ojos azules, cuerpo esbelto y alto, vestido de kaki con polainas de color leonado, un latiguillo en la mano y revólver a la cintura.

Los contemplaba maliciosamente, mientras una enigmática sonrisa se dibujaba bajo su bigotillo blondo y retorcido.

Fanny le contempló con los ojos desmesuradamente abiertos y de pronto gritó:

—¡Rafael!

—No es ese mi nombre—respondió tranquilamente el joven—aunque lo usé hace cinco años en Wáshington.

Porque ha de saber usted—añadió dirigiéndose a Mr. Adams, que cuando estuve en la capital de la Gran República, hice la corte a su simpática hija. No se enfade Ud., caballero—prosiguió, haciendo

amistoso ademán a Jack, que miraba a su prometida con gesto interrogativo y desconfiado. Ella recibió al principio con deferencia mis obsequios; pero cuando se enteró de mi nacionalidad me dió un portazo, pareciéndole sin duda degradante el conceder su blanca mano a un individuo perteneciente a una raza degenerada cuya destrucción estaba decretada oficialmente. Mejor que fuera así; porque si esta señorita hubiese consentido en ser mi esposa ¿cuál habría sido nuestra posición cuando dos años después sus paisanos se apoderaron de mi patria?

Hablaba el desconocido en castellano, idioma que los tres prisioneros conocían perfectamente. Cuando calló, acercóse a él Mr. Adams y dijo:

—Caballero ¿puede Ud. decirme en poder de quién estamos y con qué derecho se nos priva de la libertad?

—No puedo responder por ahora a su primera pregunta; en cuanto a la segunda, le diré que con el mismo derecho que ustedes emplearon para cogerse a Centro América: con el derecho del más fuerte.

Y ahora, señores, tengo que dar a Uds. una mala noticia. Es preciso separarse. Ud., Mr. Adams, permanecerá con su hija en el cuarto número 3 izquierda; usted, Mr. Cornfield, pasará al número 2. Siento que no pueda conversar con su prometida, pues la pared de roca tiene más de cuatro metros de espesor. No se aflija usted: el encierro durará apenas uno o dos días. Nuestras habitaciones están

provistas de lo más indispensable. Voy a enseñárselas.—Sírvanse seguirme.

Dirigióse a la tercera cueva y en el fondo de ella oprimió un botón diminuto, perfectamente disimulado, y al punto se abrió una portezuela que dejó al descubierto una especie de alacena profunda en la cual había ropa de cama, víveres y un cántaro de agua.

—Usted encontrará en su habitación una alacena semejante, añadió volviéndose a Jack. Hay también velas, fósforos y algunos libros. ¡Lástima que entre ellos no esté la *Odisea!*

¿No hallan ustedes gran semejanza entre su situación y la de Ulises en la caverna de Polifemo? Sólo que aquí no hay ogros, sino personas dispuestas a hacerles lo menos posible pesado su cautiverio.

El Secretario, con el entrecejo fruncido, no replicó palabra. Jack le estrechó la mano en señal de despedida y acercándose a Fanny le dijo en voz baja:

—Préstame tu espejito de bolsillo.

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, le miró sorprendida y le entregó con disimulo lo que él pedía, al cambiar un fuerte apretón de manos.

El desconocido hizo entrar al teniente en la segunda gruta y él permaneció en el pasadizo central, inmóvil, enfrente del marino. De pronto se oyó un ligero chirrido y dos fuertes rejas, semejantes a la que cerraba la salida principal de la caverna, emergieron de la roca y taparon la entrada de los dos calabozos.

El desconocido se dirigió al segundo cuarto del ala derecha y no volvió a salir. Si las aberturas de las tres habitaciones de la izquierda hubiesen coincidido respectivamente con las del costado derecho, habría podido ver Jack todas las maniobras del joven rubio, el cual, abriendo una portezuela semejante a la de las alacenas de los calabozos, desapareció al través del boquete que se cerró inmediatamente.

Trabajo le costó a Jack dar a tientas con el botón de su armario, pues la luz era escasa en las cuevas; así que lo consiguió fue menester encender una bujía para distraerse leyendo.

Había en la alacena varios libros en inglés y en alemán, relativos casi todos a la gran guerra europea.

Miró el teniente su situación con la flema característica de su raza, tranquilizado por las maneras corteses del rubio carcelero; mas una serie de problemas que se presentaron sucesivamente a su consideración le impidió distraerse con la lectura y al fin tirando el libro, se quedó meditabundo.

¿Cómo había llegado a la isla el equipaje de Fanny, si del *Nicaragua* no había quedado el menor vestigio?

¿Quién puso dentro de las valijas alguna ropa del padre y del prometido de la joven? ¿De dónde provenía aquella extraña columna de humo bronceado que envolvió el navío, si los explosivos del acorazado no producían humo alguno? ¿Por qué el empeño del desconocido en ponerle a él en calabozo

aparte? ¿Qué significaban aquellos misteriosos ruidos subterráneos, como resoplidos de fragua y martillazos lejanos que no cesaron en toda la noche?

Tendido sobre la manta que le servía de colchón, con la cabeza descansando sobre una almohada de hule llena de aire, estuvo Jack rumiando estos pensamientos hasta después de media noche, hora en que comenzó a sentir un sopor irresistible. En ese momento dos sombras, deslizándose por el pasadizo central, colocaron un objeto pequeño en la puerta del calabozo del teniente. Diez minutos más tarde la verja desapareció en la pared granítica y las dos sombras penetraron en la cueva ocupada por el marino, al cual registraron.

Ya muy entrado el día despertó Jack y al incorporarse experimentó un dolor agudo en las sienes. Apuró un vaso de agua, y sintiéndose mejor, dió algunos paseos por su amplio encierro. Metió la mano en el bolsillo interior de su blanca guerrera y extrajo algunos papeles que revisó cuidadosamente. De pronto palideció y volvió a examinar ansioso uno por uno los documentos de su cartera.

Era Jack auxiliar del telegrafista del *Nicaragua* y tenía en su poder la clave secreta para las comunicaciones con los demás barcos de la poderosa escuadra y con las autoridades navales y militares de los Estados Unidos. La víspera había guardado cuidadosamente la clave en su cartera, estaba perfectamente seguro de ello; ahora estaban allí todos los papeles, menos ése.

—¡Me lo han robado!—murmuró con desaliento. Pero, ¿cómo, cuándo?

Meneó desconsolado la cabeza y se quedó pensativo largo rato.

Súbitamente resplandeció en su rostro la alegría de quien descifra un enigma y recorrió el calabozo a grandes pasos.

A medio día se descorrió la verja y el joven rubio apareció en el umbral de la cueva.

—Buenos días, Mr. Cornfield.

¿Durmió usted bien?

—Demasiado—replicó Jack.—Durante mi sueño me robaron algunos papeles.

—¡Cuánto lo siento! respondió el rubio con burlona sonrisa. Pero eso hace poco honor a la perspicacia y vigilancia que se atribuyen a los ciudadanos yanquis.

—Toda vigilancia es poca cuando los enemigos se valen de infernales drogas para adormecer a sus víctimas.

No contestó nada el desconocido y sonriendo enigmáticamente, dijo:

—Mr. Cornfield, hoy permanecerá usted encerrado en este cuarto; pero mañana podrá conversar libremente con sus compañeros de cautiverio.

Jack no replicó palabra; mas observando que su captor, después de correr el rastrillo del calabozo se dirigía a la boca del túnel central, sacó por entre dos barrotes el espejito de Fanny y así pudo espiar todos los movimientos del joven rubio. El cual en

cuclillas pasó la mano por la pared izquierda, a pocas pulgadas del suelo, y la verja principal desapareció lentamente en el muro de granito, cerrándose de nuevo apenas salió el misterioso personaje.

Lanzó el americano un suspiro de satisfacción. Gracias a su ardid acababa de descubrir la manera de salir de la caverna apenas lograse franquear la puerta de su calabozo. Al atardecer se abrió la verja y Jack pudo reunirse con sus dos compañeros de prisión. Así que hubo departido largo rato con su amada, llevó al Secretario a un ángulo de la cueva y le refirió la desaparición de la clave telegráfica.

—¿Está usted seguro de que la tenía en el bolsillo?—Preguntó Mr. Adams, mirándole severamente.

—Segurísimo. Es un documento de tal importancia, que antes de acostarme me cercioré de que efectivamente estaba en mi cartera.

—Debió usted haberla destruído.

—No la sabía de memoria y pensé que podría servirnos más adelante.

—Hizo usted muy mal. Su imprudencia va a producir—estoy seguro—nuevas y más espantosas desgracias.

—¡Excelencia!

—No se aflija usted, Mr. Cornfield. Confiemos en el incontrastable poder de nuestra amada patria, que tarde o temprano vendrá a redimirnos o a vengarnos.

Interrogó Jack a su futuro suegro sobre los rui-

dos subterráneos que había percibido durante la noche.

—En efecto—replicó Mr. Albert: esta isla está minada y debe de haber talleres o algo así en el corazón del cerro. Anoche casi no pegué los ojos, haciendo conjeturas. Si no me equivoco, estoy en vísperas de resolver el enigma.

¿Sabe usted para que sirve la línea férrea de vía angosta que observamos la tarde de nuestra llegada?

—No tengo la menor idea.

—Talvez se ha escapado a su penetración que la isla sólo puede ser abordada por la costa oriental, de manera que si los moradores de ella quisiesen establecer una estación radiotelegráfica no la instalarían de este lado, sino del occidental. ¿No es verdad?

—Evidentemente.

—Pues bien, los piratas que nos han apresado tienen hacia aquel lado una instalación inalámbrica y la clave que anoche le sustrajeron a usted, después de adormecerle con un activo narcótico, les servirá para dar órdenes en mi nombre y arruinar nuestro poderío marítimo. ¡Dios salve a nuestra patria!

—¡Mr. Adams!

—Sí, nuestros enemigos son más temibles de lo que al principio me imaginé. Esperemos resignados el desarrollo de los acontecimientos, y si al cabo hemos de sucumbir, recibamos nuestra sentencia con la frente alta y el ánimo sereno, como ciudada-

nos de la República más libre y civilizada que han contemplado los siglos.

Mientras los dos hombres sostenían aparte la anterior conversación, Fanny de rodillas en un rincón de la caverna oraba fervorosamente.

Confortada por sus plegarias se levantó y acercándose a su padre se abrazó a él mimosamente, diciéndole con voz dulce y firme:

—Estoy segura, papá, de que pronto saldremos de aquí y que nuestros valientes marinos vendrán a rescatarnos y a castigar a nuestros infames carceleros.

No bien hubo pronunciado Fanny estas palabras, cuando resonó en el túnel central una carcajada estentórea que les heló la sangre.

Lanzáronse los tres al pasadizo y no vieron a nadie. A la luz del crepúsculo registraron sucesivamente las seis cuevas y no hallaron persona alguna.

Presa de insólita agitación nerviosa, trasladó Jack sus ropas de cama al aposento de sus compañeros y los tres pasaron largas horas conversando y leyendo, con el presentimiento de que el día siguiente les reservaba nuevas y emocionantes sorpresas.

En efecto, cuando penetraron en la caverna los resplandores y el calor del sol, los cautivos despertaron casi a un tiempo y vieron en el umbral de la gruta al joven rubio, siempre vestido de kaki y con el latiguillo en la diestra.

—Buenos días, señores—dijo con sardónica sonrisa. Perdonen ustedes que tan temprano venga a importunarles; pero hoy a medio día desean mis camaradas celebrar con ustedes una conferencia, y como será un poco larga, recomiendo a ustedes que se desayunen antes.

Luego, sin esperar respuesta, se alejó golpeándose con el latiguillo las polainas.

Mr. Adams se encogió de hombros y luego tanto él como sus dos jóvenes compañeros procedieron al aseo matinal, sin cruzar palabra.

Cortaron enseguida algunas rebanadas de jamón y abrieron una lata de melocotones, rociados con el agua cristalina, aunque algo tibia, del cántaro; y satisfecho su apetito se sentaron en los bancos de madera adosados a las paredes de la cueva, y cambiaron interrogativas miradas, consultando de cuando en cúando sus relojes de bolsillo.

Fanny había enflaquecido algo y el suave color sonrosado de sus mejillas se había marchitado. Ante su padre quería aparecer resignada y valerosa; pero a duras penas disimulaba su inquietud, temerosa de que aquel joven rubio a quien ella desdeñó años atrás, quisiera vengarse sometiéndola a crueles humillaciones. Muy diversos eran los sentimientos que agitaban el pecho de su padre, a cuya perspicacia no se escapaba todo el alcance político de su estupenda aventura, y cuya reserva, extremada por su larga carrera diplomática, le había impedido abrir su corazón a su futuro yerno.

A las doce en punto resonaron pasos en el corredor y los prisioneros volvieron sus ojos a la entrada de la gruta, con expresión de viva curiosidad.

IV

EL TRIBUNAL

Apareció en ella el joven rubio, grave, solemne sin la sonrisa irónica que tanto molestaba a Jack. Le precedían dos sirvientes con cinco sillas plegadizas que colocaron en el centro de la habitación.

La más profunda sorpresa se pintó en el rostro de los prisioneros al ver el de uno de los criados, fornido mocetón de cabello rojizo, cortado al rape.

—¡William! gritó Fanny sin poder dominar su asombro.

Los tres acababan de reconocer en él a uno de los camareros del *Nicaragua* ¿Cómo estaba allí? ¿Cómo había escapado de la catástrofe? El hombre ni siquiera volvió la cabeza y salió seguido de su compañero.

Un nuevo personaje acababa de entrar en escena. Era un hombre de mediana estatura, al parecer de unos cincuenta años, con los ojos oblícuos y el escaso bigote de los individuos de raza amarilla. Vestía uniforme azul oscuro y llevaba al cinto un sable corvo. El rubio le presentó, diciendo:

—El capitán Amaru, jefe de nuestra escuadrilla de submarinos.

El Secretario Adams le contempló con curiosidad, moviendo la cabeza y sonriendo amargamente como quien ve confirmadas sus sospechas.

El nipón se sentó sin ceremonia, mirando distraidamente al fondo de la cueva y sin volver ni una vez los ojos al banco en donde estaban sentados los tres prisioneros.

Salió el rubio al túnel central y volvió con un nuevo personaje, un coloso de cara apoplética y nariz judaica, a quien el rubio presentó, diciendo:

—El conde von Stein, pariente de su Majestad el ex-Emperador Guillermo de Alemania.

El recién llegado fue a sentarse al lado del oficial japonés, con quien cambió en voz baja algunas frases.

Tras el alemán entraron dos jóvenes, uno pequeño y enjuto, de rostro moreno y ojos negros y de mirar enérgico.

—Don Manuel Delgado, salvadoreño, dijo el rubio. Y señalando al otro, más alto y de tez más clara que la de su acompañante, añadió:

—Don Francisco Valle, perteneciente a una de las familias más distinguidas de Honduras.

Y ahora—continuó—sonriendo burlonamente, me toca hacer mi presentación. Roberto Mora, ingeniero, jefe de la sociedad secreta *Los Caballeros de la Libertad*, y descendiente del patriota caudillo costarricense que en 1856 rechazó la invasión de los filibusteros yanquis.

Fanny fijó sus miradas en el varonil semblante del mozo, mientras su prometido la observaba sin ocultar sus celos.

Pero el rubio, que había tomado asiento al lado de sus cuatro compañeros, no prestaba la menor atención a la linda americana y todo su interés parecía concentrarse en el Secretario de Marina de la omnipotente República, el cual fingiendo la mayor indiferencia, miraba a la bóveda de la caverna, absorto en íntimos y complicados pensamientos.

—Mr. Adams—dijo gravemente el rubio, golpeándose las polainas con su latiguillo—usted representa aquí al Gobierno de un imperio más absorbente y tiránico que todos los que ha sustentado el mundo desde los tiempos de Ciro y de Jerjes. Los libertadores aquí presentes queremos discutir con usted el problema moral antes de asestar el golpe de muerte a la poderosa nación a que usted pertenece. Pido a ustedes mis excusas por no poder disimular un gesto de orgullo; pero ¿no es capaz de marear cabezas más fuertes que las nuestras el pensamiento de que cinco hombres animados por el fuego de la libertad y sostenidos por la justicia, den en tierra con una nación de cien millones de habitantes, veinte millones de soldados y una flotas de mil potentes barcos?

—Una partida de piratas podrá hundir una docena de nuestras unidades de combate, repuso friamente Mr. Adams; pero tarde o temprano sufrirán el condigno castigo y nuestra patria surgirá como hasta

ahora, incontrastable, omnipotente y resuelta a moralizar y hacer progresar estas desgraciadas colonias españolas.

—Se equivoca usted—replicó Roberto, no menos fríamente que su interlocutor. —

Así como hemos hundido hasta ahora siete de los más perfectos *Dreadnaughts* que han surcado el océano, pudimos perfectamente haber echado a pique toda la escuadra americana impunemente, y si no lo hemos hecho es porque no convenía a nuestros planes. Pero de esto hablaremos más tarde. Lo que nos urge es que usted y sus dos compatriotas sancionen nuestra conducta así que reconozcan nuestro derecho. Hace tres años las escuadras americanas fondearon en nuestros puertos y millares de soldados de la gran República procedieron a ocuparlos.

Nicaragua y Guatemala se entregaron sin resistencia, gracias a los trabajos diplomáticos y mercantiles realizados por hábiles agentes. En Puntarenas un grupo de patriotas atacó a las tropas de ocupación y fué barrido por las ametralladoras. En Acajutla y Amapala encontraron vuestros paisanos dos pueblos varoniles que hicieron morder el polvo a varios miles de soldados americanos y vuestra nación sólo ha podido adueñarse de esas dos valientes repúblicas manteniendo en cada ciudad fuertes guarniciones. Entonces fué cuando indignado pensé en formar la liga libertadora que presido. En ella entraron todos los que tienen agravios que vengar de los insolen-

tes yanquis. Escuchemos sus cargos. Tiene usted la palabra, von Stein.

El Secretario Adams, con el entrecejo fruncido, miraba obstinadamente al suelo, en tanto que la curiosidad se trasparentaba en los ojos de su adorable hija y de su futuro yerno. El alemán encendió su larga pipa y comenzó a hablar con tono reposado.

—Alemania estudió a fondo el problema humano y trató de resolverlo filosóficamente.

Nuestro globo es una isla perdida en el océano del éter, y como tal, su capacidad es limitada. Si puede mantener cómodamente mil millones de hombres, empeñarse en poblarlo con dos mil millones sería una locura. Conservando siempre ese nivel, no habría guerras, ocasionadas siempre por el exceso de población hambrienta: un gobierno paternal, reglamentándolo todo, proporcionaría a los ciudadanos los medios de vida y las facilidades de la industria.

No habría pobres, ni revoltosos ni criminales; la humanidad sería una familia feliz y realizaría plenamente su destino, esto es, vivir, pues para ello fué engendrada. Por eso combatimos el ideal latino, la anarquía, la libertad mal entendida que trae como consecuencias las luchas intestinas, las huelgas, los atentados anarquistas; por eso, contrariando en apariencia un derecho, invadimos a Bélgica, única vía para realizar nuestra misión redentora. ¿Es acaso más feliz la humanidad después que en mares de

sangre ahogó nuestro plan salvador? Alemania buscaba la felicidad de todas las razas, disciplinándolas y organizándolas convenientemente. Su plan se habría impuesto al mundo, si vosotros constituyéndoos en apóstoles de una falsa democracia, no hubieseis prestado a los aliados el apoyo económico que fué su salvación. ¡Despreciables mercachifles! ¿No fuisteis vosotros los que nos proporcionasteis cuando éramos los más fuertes toda clase de materias primas para continuar con buen éxito la mundial contienda? ¿No recibisteis con palmas a nuestros submarinos cuando efectuaron la empresa homérica de atravesar el Atlántico, vigilado por los egoístas ingleses? ¿Por qué, si erais los campeones de la democracia y de los pueblos débiles, no nos declarasteis la guerra al día siguiente de la invasión del Luxemburgo, como lo hizo la Gran Bretaña? Hablemos claro, señor Secretario de Marina de los Estados Unidos: los ingleses no entraron en la contienda para defender el derecho, como lo gritaron a los cuatro vientos, sino porque la ocupación de Bélgica hacía posible la invasión de Londres, y amenazaba de muerte la hegemonía marítima del Reino Unido. Y vosotros, ¿tomasteis parte en la contienda mundial por puro quijotismo y en nombre de una moral sentimental y ridícula? No, Mr. Adams: ustedes después de ayudarnos contra nuestros adversarios cuando todas las probabilidades de triunfo estaban de nuestra parte, se unieron a ellos y produjeron nuestra ruina. ¿Por qué? Porque el comercio alemán,

gracias a su activa labor y superioridad y baratura de sus artículos, se había adueñado de casi todos los mercados de la América Latina, con notable detrimento de las manufacturas norteamericanas, «América para los yanquis» es la doctrina de Monroe; «el mundo entero para los yanquis» fué más adelante la doctrina de Wilson. Por eso después de haber utilizado los valiosos servicios de las escuadras japonesas, habéis cerrado todas las puertas del Nuevo Continente al comercio nipón.

—Sí, dijo grave y dulcemente el capitán Amaru. Nosotros instigados por nuestros aliados y amigos los ingleses, entramos en la guerra creyendo coadyuvar así a la obra de la civilización. Después de celebrada la paz nos convencimos de que habíamos sido juguete de la diplomacia anglo-sajona y que nosotros en nuestra isla, como los alemanes en su territorio, estábamos sentenciados a muerte por el delito de perjudicar con nuestra competencia a las fábricas norteamericanas.

Cuando el japonés dejó de hablar, levantóse Roberto y cruzándose de brazos dijo con tono solemne y reposado:

Señor Secretario de Marina: mis compañeros y yo estamos empeñados en una tarea vengadora, mejor dicho, justiciera en el mundo. Antes de realizar nuestra terrible obra, queremos que personas ilustradas como ustedes reconozcan nuestro derecho y la equidad que nos asiste.

Las débiles repúblicas de Centro América mira-

ron siempre con simpatía y admiración a la vuestra. Casi todo su comercio se hacía con los Estados Unidos y las empresas norteamericanas eran recibidas con los brazos abiertos. ¿Qué obtuvimos en pago de nuestra cariñosa acogida? Ultrajes y vejaciones. A los intereses yanquis convenía el dominio de Cuba y Puerto Rico, y la Gran República declaró la guerra a España. El canal de Panamá exigía que esa región dejara de pertenecer a Colombia, y así se hizo. El peligro de que alguna poderosa nación europea practicara otro canal al través de Nicaragua inspiró al expresidente Wilson la idea de unir las cinco repúblicas del istmo bajo la administración de un presidente que fuera hechura suya, y la unión se realizó sin consultar el voto de los respectivos pueblos, que han sabido caer, a lo menos en sus tres quintas partes, con dignidad y entereza, después de sembrar sus campos con mil cadáveres de los infames invasores.

Los Estados Unidos han proclamado el derecho de la fuerza; nosotros lo aceptamos y en nombre de ese mismo derecho anunciamos al mundo que antes de un mes el águila, con las alas y las garras recortadas, habrá dejado de ser una amenaza para la libertad del mundo.

El Secretario Adams, hasta entonces silencioso, se puso de pies y con insólita energía comenzó a decir:

—Puesto que ustedes pretenden someter a juicio a mi patria, haciéndola responsable de los acontecimien-

tos políticos ocurridos en los últimos cuatro años, como ciudadano de la Unión, como miembro del Gabinete y como simple particular interesado en la solución de problemas morales relacionados con todos los pueblos del Continente, debo declarar que los Estados Unidos han mirado siempre con profunda lástima las convulsiones que periódicamente agitan a estas repúblicas, y que al verlas consumidas por la degeneración de la raza indígena, por la deficiencia de su alimentación y por el abuso del alcohol, han resuelto sanearlas y en caso necesario reemplazar con gente mejor y más robusta las poblaciones caquéxicas, indignas de vivir sobre la faz de la tierra.

Irguióse bruscamente Roberto, y replicó con viveza:

—Los primeros colonos que de Inglaterra arribaron a New York eran personas instruídas, educadas en un ambiente de libertad que no dejó de dar sus frutos más tarde. En cambio ¿qué clase de pobladores envió España a los países sujetos a su dominio? Campesinos y soldados analfabetos, acostumbrados al régimen despótico de un rey todopoderoso, a cuya autoridad se sometieron sin protesta durante cuatro siglos. Sin embargo, esos colonos ignorantes supieron sacar del suelo los productos necesarios para su subsistencia y cuando proclamaron su autonomía en 1821, podían vivir del trabajo sin necesidad de solicitar protecciones oficiales. Guardando las proporciones debidas, esos ignorantes

súbditos del rey de España han realizado un progreso diez veces mayor que los ilustrados cuáqueros que con la Biblia bajo el brazo fundaron las primeras colonias sajonas en Norte América.

—El Salvador, mi patria—dijo Manuel Delgado—es la mejor prueba de lo que ha dicho mi amigo Roberto. Con una población indígena equivalente a las tres cuartas partes de la total, supo arrancar de su reducido suelo tantas riquezas, que los gobiernos ladrones que sucesivamente han explotado el país no consiguieron arruinarlo. Desde hace quince años los Estados Unidos han fomentado en mi patria revoluciones para justificar su intervención.

No hace más de veinte años que un ciudadano yanqui, domiciliado en Sonsonate, fomentó y pagó un movimiento que fracasó dichosamente. La poderosa República del Norte no se atrevió a desafiar la cólera del millón de paisanos míos que recientemente han probado que no es empresa fácil sojuzgar a un puñado de hombres dispuestos a defender su autonomía.

—La misma política han observado los yanquis en mi país—añadió el hondureño. Favorecieron hace poco a un caudillo revolucionario, creyendo que se prestaría a secundar sus maquiavélicos propósitos; pero cuando se cercioraron de que no era el dócil instrumento que buscaban, le derrocaron a viva fuerza, pagando cara su infamia, pues regimientos enteros de *bluejackets* abonan hoy los campos de Choluteca y de Tegucigalpa.

—Ya ha oído usted nuestros cargos, Mr. Adams, dijo el joven rubio después de una pausa. ¿Qué tiene usted que contestar a éllos?

—Todo lo que yo pudiera objetar resultaría perfectamente inútil—contestó el Secretario—pues el tribunal que me escucha se compone exclusivamente de enemigos de mi país que no darán oídos a mis razones.

—Por el contrario—replicó vivamente el costarricense. No somos enemigos de los pueblos, sino de los malos políticos que los arruinan; no somos vengadores sino jueces, y queremos probar al mundo la razón que nos asiste, antes de pasar a los hechos. ¿Cómo puede usted sincerar a su país?

—No es difícil—repuso friamente Mr. Adams, en tanto que su hija y el teniente Cornfield le miraban con expresión ansiosa.—Mi patria es desde hace tres siglos la tierra de la libertad; en ella han encontrado hospitalaria acogida todos los oprimidos de Europa, y ella ha contribuido directa o indirectamente a arruinar las tiranías y a hacer triunfar las democracias. En los cien años transcurridos desde que los países latinoamericanos sacudieron el yugo español, los Estados Unidos han contemplado con lástima las luchas intestinas que han desgarrado a estos pueblos, poseedores de los territorios más ricos del mundo. ¡Cuántas veces han interpuesto sus desinteresados oficios para hacer cesar esas guerras fraticidas!

¡Cuántas veces han impedido a las naciones

europeas poner su planta en estas repúblicas, amparándolas con la doctrina de Monroe!

—Como cuando Maximiliano vino como emperador a México, sostenido por las bayonetas francesas, —objetó sarcásticamente el alemán.

—O cuando los ingleses se incautaron de las aduanas de Nicaragua,—agregó el hondureño.

—O cuando los barcos alemanes bombardearon los puertos de Venezuela, —dijo Manuel Delgado, sonriendo maliciosamente.

Anonadado por estos abrumadores cargos, el Secretario de Marina permaneció callado largo rato, como acopiando argumentos para combatirlos, y luego dijo:

—Preciso es confesar que cuando nos constituimos en defensores del Nuevo Mundo contra las pretensiones europeas, nos contábamos con fuerzas bastantes para hacer respetar nuestra doctrina.

Hoy es distinto: nuestra flota y nuestro ejército pueden luchar con el mundo entero y ya no es de temer ninguna agresión extranjera. ¿De qué se quejan las cinco insignificantes republiquitas centroamericanas que hace tres años incorporamos a nuestra gran federación? Arruinadas por caciques crueles y odiosos que aplicaron a sus enemigos políticos tormentos medioevales; sumidas en los vicios, roídas por las enfermedades, sin caminos, ni agricultura ni industrias, presentaban el cuadro más desconsolador y miserable. ¿Las han visitado ustedes en los últimos tres años? Cruzadas por numerosas

vías férreas, cubiertas de poblaciones higiénicas en donde reinan la salud y la abundancia, garantizados todos los derechos por un gobierno fuerte y a la vez paternal, los antes míseros pueblos centroamericanos no se cansan de bendecir a la gran nación que con su varita mágica los ha transformado en sociedades civilizadas y dichosas. Hoy todos y cada uno de los ciudadanos se entregan tranquilamente a sus trabajos, sin temer persecuciones ni expoliaciones de salvajes autócratas; los que antes morían de inanición, ahora tienen de sobra para alimentar y educar a su prole, y este milagro lo ha realizado mi país, no en beneficio propio, pues sus vastísimos territorios la proporcionan de sobra cuanto pueda necesitar, sino en beneficio de la humanidad. ¿Qué les falta hoy a estas microscópicas repúblicas?

—Sólo una cosa, Mr. Adams—replicó Roberto Mora, irguiéndose arrogante y con enérgico acento:—la libertad.

—¿Y qué llamáis vosotros libertad?—contestó el yanqui con no menos calor.

¿El derecho de continuar indefinidamente degollándose unos a otros, de dejar desarrollarse impunemente la criminalidad y el vicio, de suicidarse material y moralmente?

Un chispazo de cólera iluminó las azules pupilas del costarricense; pero dominando su indignación repuso con tono reposado:

—Las naciones como los individuos están sujetas a leyes invariables de crecimiento. Inglaterra fué

un país de caníbales, de hombres feroces y no hace aún muchos siglos era teatro de las más espantosas atrocidades. Lo mismo ocurrió en Francia, en Alemania, en todo el mundo. Vuestra gran República, fundada por ingleses pertenecientes a una época ya muy adelantada ¿no nos ha dado hace apenas unas cuantas decenas de años, el espectáculo de la guerra civil más odiosa y salvaje que ha presenciado la Historia? ¿Cómo pretender, Mr. Adams, que pobres colonias de ignorantes y oprimidos labriegos llegaron de golpe al pináculo de la civilización? Cada pueblo es libre de realizar sus ideales, y nadie puede oponerse a ello, como ningún ciudadano puede aprisionar y castigar a otro so pretexto de que no se ajusta a las leyes de la moral. Si yo me siento feliz de vivir en una choza miserable, casi desnudo y alimentándome de frutas ¿por qué ha de venir un vecino, valido de la fuerza, a incendiar mi rancho, a obligarme a vestir decentemente, y a alimentarme de carne? ¿Con qué derecho habéis vosotros exterminado las tribus indígenas que en otro tiempo vagaban por vuestro inmenso territorio, a aquellos pueblos indios heroicos, admirables, ejemplares soberbios de la raza humana, despreciadores del peligro, que morían riendo a carcajadas en medio de los más espantosos tormentos? Eran ellos los primeros ocupantes del país, sus dueños por derecho natural; vivían felices en medio de sus praderas, cazando bisontes; su resistencia homérica no ha sido cantada por ninguno de vuestros gazmoños poetas. ¿En nom-

bre de quién los aniquilasteis, como los españoles a los pueblos felices y viriles que sojuzgaron? En nombre de la ley suprema del más fuerte, de esa ley que condenasteis cuando Alemania trató de acabar con el poderío de las naciones rivales del Viejo Continente, ley elástica que os permite mostraros como apóstoles de la libertad y del derecho para engañar a los neutrales de la gran contienda europea, y que utilizáis en provecho propio cuando es necesario abrir un canal para monopolizar el comercio de un continente y defender vuestras costas. Os sublevó el atropello de una Bélgica invadida por los alemanes por necesidades militares, y no vacilasteis en desgarrar a Colombia para adueñaros del Canal de Panamá ni en ultrajar a Costa Rica para abrir el de Nicaragua. Estas repúblicas admiraban vuestros progresos y os habrían recibido con los brazos abiertos como poderosos factores de su adelanto: ahora, después de las matanzas de Puntarenas, de Amapala y Acajutla, saben ya a qué atenerse y os combatirán sin tregua, porque desdeñando injustamente a nuestra raza, cuyas buenas cualidades no sabéis apreciar, os empeñáis en hacerla desaparecer de la faz de la tierra. Una alma encendida en el más puro patriotismo es capaz de derribar un imperio: el genio de Bolívar, sin armas, sin recursos, sin pueblos que le secundasen en su grandiosa empresa, arruinó el poderío de una nación que fué durante siglos dueña del mundo.

El Secretario Adams sonrió compasivamente, y cuando su interlocutor guardó silencio, dijo:

—Una pequeña contradicción advierto en su discurso, caballero: que ustedes, enemigos del derecho del más fuerte, lo están ahora ejerciendo, aprisionando contra su voluntad a tres ciudadanos libres.

—No durará mucho su cautiverio—replicó el joven rubio, sacudiendo alegremente su crespa cabellera:—cayeron ustedes incautamente en nuestro cuartel general; y como el enviarlos a tierra habría sido el fracaso de nuestros planes, les privaremos de la libertad, porque queremos que ustedes sean testigos de la *caída del águila.*

—No me explico....—murmuró Mr. Adams, mirando sorprendido al joven.

—Es muy sencillo: cinco hombres, pertenecientes a cinco naciones agraviadas por ustedes los norteamericanos, han resuelto dar en tierra con el nuevo imperio, anacrónico e inverosimil. Ciro, Jerjes, Alejandro y Augusto en la antigüedad, y Napoleón y Guillermo en los tiempos modernos, se imaginaron que la dicha de la humanidad estribaba en la sujeción a la autoridad de un solo hombre, especie de padre cariñoso consagrado a la felicidad de sus hijos. Los acontecimientos se encargaron de revelarles que los pueblos tienen derecho—como los individuos—a desenvolver libremente sus energías y a que nadie pueda oprimirlos en nombre del progreso y de la moral política. Nosotros vamos a reducir a polvo el nuevo imperio autocrático for-

mado en el mundo descubierto por Colón, y queremos que ustedes sean testigos imparciales de nuestra obra humanitaria y salvadora; que ustedes, súbditos de esta nueva autocracia, disfrazada con trajes de principios redentores, asistan al final de la tragedia.

Fanny y su prometido, con las manos entrelazadas miraban obstinadamente al suelo, con expresión resignada; el oficial japonés dirigía sus ojos inexpresivos a la bóveda de la caverna y el salvadoreño y el hondurense aprobaban con significativos movimientos de cabeza las palabras de su jefe y compañero.

—Mañana—prosiguió diciendo el joven rubio, mostraremos a ustedes, nuestros enemigos, todos los secretos de la isla. No es posible proceder con mayor generosidad y franqueza, tratándose de enemigos irreconciliables. Después, ustedes nos acompañarán en nuestras expediciones para que cuando recobren la libertad puedan decir al mundo que los piratas del Coco sólo perseguían el ideal más noble y elevado el de permitir a todos los pueblos, sin distinción de cultura ni colores, la libertad de acción necesaria para realizar sus destinos.

Y ahora—añadió dirigiéndose a los tres detenidos —no tomen a mal que los incomuniquemos de nuevo, validos de la ley del más fuerte. Usted, Mr. Cornfield, volverá a ocupar la celda de anoche, recreando sus ocios con la lectura de los libros que dejamos a su disposición.

Mr. Adams y su distinguida hija se quedarán aquí confiados en que muy pronto podrán saludar y abrazar a sus parientes y amigos de Nueva York y de Wáshington tan superiores en merecimiento a este humilde servidor».

Levantáronse como movidos por un resorte los cinco jueces y después de cerrar la verja de la cueva ocupada por Jack, penetraron en la segunda caverna de la derecha.

El Secretario y su hija pasaron casi toda la noche comentando las palabras del ingeniero Mora.

Jack la empleó en leer los numerosos folletos sobre la guerra europea, la mayor parte de los cuales le eran desconocidos. Los había ingleses y franceses, evidentemente parciales y también alemanes, no menos apasionados; pero de la comparación de unos y otros dedujo el joven marino que la verdad es algo muy difícil de descubrir al través de las brumas del odio. No pudo Jack cerrar los ojos en toda la noche. Terminada la lectura se puso a examinar mentalmente su actual situación y la de sus dos compañeros. Tranquilizado por la actitud benévola de sus carceleros y por la de su presunto rival Roberto, quien durante toda la entrevista no miró una vez siquiera a Fanny, esperaba confiadamente que pronto los pusiesen en libertad o que la poderosa escuadra de su patria viniera a rescatarlos. Pero ¿cómo aquel puñado de hombres se atrevía a desafiar la cólera de la nación más poderosa que ha sustentado la tierra?

¿Era vana jactancia o realmente los piratas del Coco contaban con medios bastantes para consumar su obra de destrucción? El hundimiento sucesivo de los más formidables acorazados norteamericanos, llevado a cabo a distancias inmensas ¿no estaba revelando que los enemigos disponían de una flota submarina nunca vista?

El marino trataba de explicarse lo sucedido, sin acertar con la solución. Los grandes barcos eran invulnerables a los torpedos, pues aparatos eléctricos delicadísimos funcionaban automáticamente a la aproximación de una masa de acero y dejaban caer en torno del navío redes protectoras. Los miles de agentes secretos estacionados en toda la costa del Japón y de la América desde San Francisco hasta Panamá, no habían notado nada sospechoso y podían garantizar que en esa misma extensión no había aparecido ningún submarino ni había estaciones inalámbricas.

Durante toda la noche el teniente meditó sobre estos misteriosos problemas, distrayéndose a veces para prestar atención a los ruidos subterráneos que había escuchado la víspera. No parecía sino que debajo del suelo de la isla hubiese colosales fábricas y numerosa población de obreros. Utilizando el espejillo que le dió Fanny, pudo seguir al través de la reja los pasos de los cinco hombres, después que le, llevaron a su encierro, y cerciorarse de que en lugar de abrir la verja del túnel central que daba al exterior, habían penetrado en la segunda cue-

va de la derecha, de la cual no volvieron a salir. Allí, pues, debía de estar la entrada secreta de las instalaciones subterráneas y Jack se propuso encontrarla apenas sus captores le dejaran un instante de libertad. Hacía rato meditaba un plan arriesgado que pensó consultar con el Secretario Adams; y en tal estado de ánimo le sorprendieron los primeros resplandores de la mañana, que llegaron hasta su calabozo.

V

EL VELO SE DESCORRE

A cosa de las ocho resonaron en el suelo de granito del cañón central pasos de varias personas y Jack pudo ver al través de su reja pasar al joven rubio con su inseparable latiguillo y su vestido de kaki, seguido de los otros dos centroamericanos, quienes se dirigían a la celda número 3, ocupada por Mr. Adams y su hija. Un momento después oyó el marino el ligero chirrido que anunciaba que la reja del calabozo se abría, y casi al mismo tiempo la del suyo desapareció dentro de la pared de basalto.

Salió Jack al pasadizo y encontró allí a los tres jóvenes y a sus dos compañeros de cautiverio.

—Señores, dijo Roberto: tenemos que hacer una excursión un poco larga y por lo tanto creo necesario que nos desayunemos primero.

Supongo que ustedes no se negarán a aceptar una taza de café. Sírvanse seguirme».

A la cabeza del grupo se dirigió hacia la celda

número 2 derecha, la misma en donde habían penetrado los cinco conspiradores al terminar la conferencia del día anterior.

Examinó Jack curiosamente la caverna, cuyas paredes lisas y negruzcas no ofrecían nada de particular, como tampoco la bóveda ni el piso, que parecían bruñidos. En el centro de la cueva estaba una mesita japonesa sobre la cual humeaba una cafetera de plata, flanqueada por dos bandejas del mismo metal, repletas de emparedados, biscochos y jamón en dulce, y en torno de la mesa había seis sillas plegadizas, barnizadas de amarillo.

El Secretario Adams se encogió de hombros y se sentó sin ceremonia, ejemplo que imitaron los restantes. Comieron todos con apetito y cuando los hombres encendieron sus cigarros, levantóse Roberto y salió al pasadizo. Pocos segundos después apareció de nuevo, diciendo:

—Tengan la bondad de seguirme. Vamos a dar un paseo por la isla.

La verja del túnel había desaparecido y la entrada resplandecía deslumbradora, bañada por el sol. Los tres americanos aspiraron con delicia el aire matinal y miraron extasiados el espléndido panorama del océano que se esfumaba en el horizonte como un cinturón de jade, rizado levemente por ondas argentadas.

Descendieron por el abrupto sendero del cerro, precedidos siempre por el joven rubio, y llegaron a la ribera septentrional en donde los sobrevivientes

del *Nicaragua* habían visto una línea férrea la tarde de su desembarco. La tierra algo ondulada se dilataba verde y monótona como un prado hasta los montuosos cerros del oeste, y en ella no se advertía señal alguna de senderos.

—¡Una vela! gritó de pronto el hondureño señalando al oriente.

Todos volvieron la cara en esa dirección y divisaron un bote que se aproximaba rápidamente a la isla.

—Son nuestros pescadores—dijo Roberto, examinando la embarcación con sus gemelos.

Cuando los prisioneros dirigieron de nuevo sus miradas a la costa del norte, Fanny lanzó una exclamación de sorpresa y su padre y Jack se miraron alelados. Dos líneas paralelas de rieles, relucientes como hilos de plata, se dilataban en una extensión de más de un kilómetro y se perdían en el recodo formado por una colina. Los tres huéspedes de la isla estaban seguros de que un momento antes no había tal línea férrea, ni vacas paciendo cerca de ella y que ahora se destacaban sobre el fondo verde como flores animadas. ¿Cómo por arte de magia había revivido la misma escena que contemplaron el día de su arribada?

Roberto los observaba con maliciosa sonrisa.

—Creía—dijo—que nada era capaz de alterar la flema anglosajona; pero ya veo que nuestras humildes invenciones no están desprovistas de ingenio. Y ahora, señores, procedamos a nuestra excursión,

porque antes de poco el calor será en extremo molesto.

La sorpresa de los norteamericanos llegó a su colmo cuando a corta distancia vieron descansando sobre los rieles un lujoso coche de gasolina, capaz para diez personas, que parecía haber brotado de la tierra al conjuro de un moderno Aladino. Apenas ocuparon sus respectivos asientos, un mecánico japonés puso en movimiento el carruaje que se deslizó con rapidez vertiginosa y sin la menor sacudida.

Pocos minutos más tarde se detenían enfrente de un escarpado cerro en cuya cima se elevaba el mástil de una instalación inalámbrica. El teniente Cornfield movió de arriba a abajo la cabeza, como quien ve confirmadas sus sospechas. De una casita de zinc, que evidentemente servía de oficina al telegrafista, salió un hombrecillo vestido de blanco y de facciones que denunciaban su procedencia filipina, el cual se cuadró militarmente y llevó la diestra a la visera de su gorra.

—¿Nada nuevo, Jiso?—preguntó Roberto.

—Sí, señor. En este mismo instante iba a comunicar a ustedes lo ocurrido, por el teléfono subterráneo; pero el ruido de la gasolina me hizo salir para recibirlos.

—¿Qué hay?

—Hace dos horas que el *dreadnaugh* «*Salvador*», el último del tipo modernísimo construído por nuestros enemigos, fué hundido a diez leguas de la costa de Nicoya, como de costumbre, sin dejar rastro.

—¡Bien por el capitán Amaru!—exclamó entusiasmado Roberto.

—¡El capitán Amaru!—contestó sorprendido el Secretario de Marina—¿el que estuvo ayer con nosotros?

—El mismo.

¡Imposible!

—Esa palabra, Mr. Adams, no existe ya en los modernos diccionarios. Todo es hoy posible para el ingenio humano, máxime cuando lo estimula la conciencia de una noble causa. El capitán Amaru estará de regreso antes de dos horas y si usted no tiene inconveniente comeremos con él.

—Abusa usted de su posición para insultarme—replicó indignado el Ministro yanqui. ¿Cómo puede usted imaginar que yo soporte pacientemente la presencia de un pirata que asesina a mansalva a miles de mis compatriotas?

—Cerca de mil centroamericanos perecieron en Puntarenas, defendiendo há tres años la integridad de su suelo; tres mil en Honduras y cinco mil en Acajutla; mientras que de los *bluejackets* murieron apenas cuatro mil.

Ya hemos saldado la deuda con creces, y como de pirata a pirata no se pierden más que los barriles, no vemos por qué usted se indigna de tratar con nosotros, cuando nosotros prodigamos a ustedes tantas deferencias.

Mr. Adams se mordió los labios y bajó los ojos: una rabia indecible le dominaba, esa furia del

anglosajón, difícil de despertar, pero espantosa cuando estalla. Si hubiese tenido un arma habría cometido alguna atrocidad, y quizá con siniestro propósito fijó las miradas en la pavonada pistola que el rubio costarricense llevaba al cinto; pero sin duda el pensamiento de su hija refrenó sus sanguinarios impulsos y poco a poco su semblante recobró la impasibilidad de costumbre.

—Como no pretendemos pasar a los ojos de ustedes por personajes de una novela de Julio Verne—prosiguió Roberto, llevando la diestra a la culata de su revólver, pues había adivinado en la mirada de Mr. Adams sus violentas intenciones—voy a explicarles lo que parece sobrenatural y que no es otra cosa que un producto de la admirable industria nipona. Colocamos en la costa occidental nuestro aparato inalámbrico, porque las naves jamás arriban a la isla por este lado, sino por el opuesto.

Por eso tenemos por acá nuestros establos que nos suministran leche y carne fresca, añadió señalando un cobertizo situado a corta distancia; pero podemos hacer desaparecer todo rastro de huellas humanas cuando nos llega una visita inesperada como la vuestra. Vais a verlo—añadió encaminándose a una plazoleta cubierta de césped, en cuyo centro se veía el muñón de un gigantesco arbol cortado, que no era sino una perfecta imitación hecha con cemento. Palpó la raíz del tronco y de improviso el mástil, la casita del telegrafista, el establo y la línea férrea desaparecieron como en un cuento de hadas.

Fanny, que casualmente estaba mirando los rieles, vió salir del costado izquierdo de la vía una faja verde que la cubrió enteramente.

—La tarde que ustedes llegaron—continuó Roberto, sonriendo al ver el pasmo de los prisioneros—nos cogieron descuidados. El aerograma llegó precisamente cuando ustedes se hallaban en las alturas que rodean la bahía de Wafer, pues el conde Stein andaba arreglando un negocio en Puntarenas. Porque han de saber ustedes que desde el arribo de sus tres acorazados a aquel puerto, uno de nuestros submarinos navegaba bajo sus aguas, vigilándolos estrictamente y recogiendo todas las conversaciones de a bordo; y si no los echó a pique antes de entrar en la bahía fué porque entre los tripulantes figuraba esta bella señorita, con cuya amistad me honré en Wáshington».

Fanny, extremadamente pálida y con los ojos llorosos, miraba a su prometido, quien no menos pálido fingía no atender a la conversación, contemplando la movible superficie del océano.

—Pero ya es tiempo de que volvamos a casa —continuó Roberto—pues se hace tarde y nos faltan muchas maravillas que enseñar.

Y dirigiéndose al tronco artificial oprimió un resorte invisible. Surgieron del suelo bruscamente el mástil del inalámbrico, la garita del telegrafista, los establos y la línea férrea. El coche de gasolina, cuyas ruedas descansaban sobre la hierba, quedó de nuevo montado en los rieles; y una vez que todos se acomodaron

en él, el *chofer*, obedeciendo a instrucciones del jefe de la partida, hizo avanzar el carruaje lentamente.

—Esa hierba—explicó el joven rubio, señalando a la que se extendía a un lado de la línea férrea—es artificial y tan perfectamente imitada que sólo las vacas son capaces de distinguirla de la natural. Está entramada en una red metálica que recubre la línea al oprimir un botón eléctrico. Cerca de las cuevas que habitamos hay otro tronco de cemento idéntico al que tiene Jiso para hacer desaparecer nuestras instalaciones en cualquier momento. A propósito, aconsejo a ustedes que procuren no encontrarse a solas con ese filipino, pues sería capaz de cualquier barbaridad. Sirvió varios años como camarero en un vapor mercante de los Estados Unidos, y el mayordomo le propinó tantos puntapiés y bofetones, que desde entonces juró odio eterno a vuestra raza y no quedará satisfecho hasta derramar la sangre de media docena de ciudadanos de la Unión.

Si no fuera que tengo motivos particulares para desear volver a mi patria así que la vea libre de vuestra odiosa dominación—siguió diciendo Roberto Mora, cuya verbosidad parecía excitada por el alarde hecho ante sus enemigos—ninguna vida podría ser más agradable que la de esta isla, endonde además de absoluta libertad gozamos de todas las comodidades deseables. Tenemos habitaciones casi lujosas, víveres en abundancia, nuestros pescadores nos traen diariamente ostras y gran variedad de pescados,

nuestra vacada nos suministra leche, quesos y mantequilla, y la huerta toda clase de verduras y delicadas frutas. Distraemos nuestros ratos de ocio con la lectura de obras de una selecta biblioteca o tañendo instrumentos de música que nos proporcionan deliciosas veladas; von Stein es inimitable en la cítara, yo toco el piano, Delgado es un violinista de primera fuerza y Valle supera con su guitarra a los más afamados tocadores de Andalucía. Pero sería inexcusable egoísmo pasar aquí los años, en lugar de consagrar nuestras energías al servicio de nuestros compatriotas. Debemos regresar al seno de las sociedades que nos vieron nacer, formar allí nuestros hogares y colaborar con nuestros conciudadanos en la obra de la cultura general, de la felicidad de nuestras respectivas patrias».

El automóvil se detuvo al pie del cerro en cuya cima estaban las cuevas que en otro tiempo sirvieron de asilo a los corsarios; y apenas bajaron de él los seis pasajeros, desapareció como tragado por la tierra.

Los tres latinos y sus prisioneros ascendieron penosamente uno en pos de otro hasta la entrada de la caverna, endonde Roberto los detuvo, diciendo:

—Un momento. Voy a abrir la puerta.

Volvió enseguida, exclamándo:

—Pueden ustedes seguirme.

Penetró a la cabeza del grupo en la segunda cueva de la derecha, de la cual habían desaparecido la mesa y las sillas que sirvieron para el desayuno.

En el fondo de la gruta se abría un boquete rectangular en cuya entrada un sirviente, el mismo en quien Fanny había reconocido a uno de los camareros del *Nicaragua*—esperaba al grupo con una lámpara de acetileno en la mano.

Precedidos del criado bajaron por los peldaños de una escalera de granito Roberto, dando la mano a Fanny, y detrás los otros. El costarricense dijo a su linda compañera, que permanecía silenciosa y esquiva:

—Acaso usted esté indignada contra ese mozo —señalando al criado—creyéndole un traidor. No hay tal: el Gobierno de los Estados Unidos eliminó a todos los sirvientes de raza amarilla, porque eran espías japoneses; pero no sospechó que entre los que parecían patriotas yanquis había muchos alemanes como ése, que no se llama William, sino Max, criado de von Stein, ansiosos de contribuir a la ruina del imperialismo norteamericano.

Usted debe agradecerle a ese patriota alemán un servicio: el de haberle salvado su equipaje antes del hundimiento del *Nicaragua*».

¡Extraña psicología la de las mujeres! Fanny que había simpatizado con Roberto cuando le conoció en Wáshington bajo un nombre supuesto y a quien rechazó cuando supo que era oriundo de uno de los países que su patria menospreciaba como raza inferior, llevada ahora del instinto de la suya, admiradora del esfuerzo personal y de todo lo que supone triunfo de un sér superior sobre las medianías que

lo rodean, consideraba con respeto, casi con cariño, a aquel mozo rubio, esbelto, fuerte e inteligente, que con el auxilio de media docena de hombres estaba arruinando el inmenso poderío de una nación al parecer invencible. Su mano, aprisionada blandamente por la ardorosa de su guía, lejos de retirarse oprimía la de su acompañante cada vez que la pendiente del caracol de granito ofrecía peligro a sus breves pies. Jack, que la seguía inmediatamente, devoraba rabioso sus celos sin prestar atención a las observaciones del Secretario Adams, detrás del cual descendían silenciosos los jóvenes Valle y Delgado. Súbitamente los seis se detuvieron deslumbrados por un espectáculo encantado.

Se encontraban en un vasto salón subterráneo, con paredes y bóveda de basalto, iluminado por multitud de bombillas eléctricas que permitían divisar a un lado y otro de la amplia galería dos filas de habitaciones talladas en la roca y provistas de cuantas comodidades puede ambicionar el millonario más exigente. Muebles magníficos, alfombras, aire fresco provisto quién sabe por qué medios, y una veintena de sirvientes obsequiosos que se apresuraron a arreglar una larga mesa.

—Todavía no, Max—dijo Roberto al alemán, que parecía ser el mayordomo.

Vamos primero a mostrar a los señores el piso bajo de nuestra casa, y dentro de media hora estaremos aquí para que nos sirvan el almuerzo. Tengan la bondad se seguirme,—añadió dirigiéndose a sus compañeros de excursión.

En el fondo de la galería una amplia abertura rectangular dejaba ver una escalera brillantemente iluminada, a la cual se dirigieron Roberto y sus acompañantes.

El ingeniero costarricense daba siempre galantemente la mano a la bella norteamericana, a quien Jack manifestó sus quejas durante el breve rato que permanecieron en las habitaciones de los piratas, sin que ella diese cumplida satisfacción a las recriminaciones.

Así que hubieron descendido unos cien escalones, presentóse a la vista de los tres cautivos un cuadro mágico. Una inmensa cripta en forma de un cañón cilíndrico, de más de quinientos metros de longitud y de unos veinte de altura se extendía de oriente a occidente, con una anchura de más de cincuenta. En el centro brillaba el agua, iluminada por cien bombillas eléctricas, y a ambos lados, en una especie de playa rocallosa, lisa y uniforme, había máquinas y extraños aparatos en los que trabajaban más de cien obreros. Pero no fué la magnificencia de la cripta basáltica ni los talleres de sus orillas lo que atrajo la atención de los prisioneros, sino tres objetos fusiformes, de color oscuro, como de cien metros de longitud cada uno, que semejaban tres monstruosos peces antediluvianos, dormidos en aquel canal subterráneo de aguas glaucas.

—Tengo el honor—dijo Roberto al Secretario y a sus jóvenes compatriotas—de presentar a ustedes nuestros tres submarinos, *Mora*, *Cañas* y *Blanco*,

que en pocas semanas han conseguido hundir ocho de las más poderosas y perfectas unidades de la flota norteamericana y que pueden echarla toda a pique antes de dos meses. Vea usted—añadió el joven rubio, dirigiéndose al Secretario Adams—aquel más distante es el *Mora*, comandado por von Stein, que a las cinco de la mañana de hoy destruyó a las diez leguas de la costa de Nicoya, el *dreadnaugh «Salvador»*, el último de la moderna flota del Pacífico, con que contaban ustedes para dominar estos mares.

—¡Pero es imposible! dijo con despecho el Secretario de Marina.

—Ya advertí a usted, Mr. Adams, que esa palabra no existe en los nuevos diccionarios.

Estos submarinos navegan más de doscientos kilómetros por hora y pueden dar la vuelta al mundo sin necesidad de arribar a ningún puerto para proveerse de víveres o de combustible. El *Mora*, después de realizar su hazaña, subió a la superficie, expidió el aerograma a nuestra oficina y en menos de tres horas acaba de entrar en su fondeadero. Von Stein está a bordo, descansando. Un orgullo profesional bien explicable me incita ahora a mostrar a ustedes algunas de las maravillas que hemos ejecutado—No todas—porque aún no es tiempo, añadió subrayando sus palabras con sú irónica sonrisa. Han de saber ustedes que nuestros submarinos están recubiertos de una espesa capa de gutapercha que impide la acción de la mole de acero sobre los finísimos aparatos eléctricos de los acorazados

enemigos. No tienen periscopio porque disponen de instrumentos maravillosos cuya naturaleza no puedo revelar, los cuales debajo del agua reflejan constantemente en el interior del submarino, la imagen del exterior en veinte leguas a la redonda. Un curioso sistema de hélices permite a nuestros nautilos navegar casi a flor de agua, sin dejar estela que puede revelar su presencia. Pueden sumergirse y emerger en diez segundos. Cada uno tiene en la proa una caseta o garita provista de un reflector cuya luz, pasando por una gruesa lente, hace visibles los objetos bajo el agua a veinte metros de distancia; y el piloto que lo ocupa puede salir de ella cuando es menester, y provisto de una escafandra opera independientemente. Esos pilotos son en realidad quienes han volado los barcos de ustedes; como atacarlos por los costados es inútil, nuestros submarinos se colocan debajo de la quilla, y el piloto, saliendo de su garita, aplica al casco una ventosa que se adhiere a él y que estalla a la hora conveniente, para lo cual puede graduarse a voluntad. Algunos de vuestros *dreadnaughs* hundidos navegaron varias horas con la ventosa pegada a su quilla sin sospecharlo. Esa ventosa es un torpedo cargado con el explosivo más terrible concebido por el ingenio humano—la *japonita*—inventada por nuestro camarada el capitán Amaru. Es una sustancia infernal; bastan treinta libras para volar la más pesada mole de acero, y lo peor es que a la vez desarrolla una columna de gases tan venenosos que en un minuto no dejan alma viviente. Con uno

de esos torpedos destruí yo el *Nicaragua*, a la entrada de la bahía de Chatam, después de cerciorarme de que esta señorita estaba en tierra y de recoger su equipaje y al camarero alemán que por orden mía lo trajo».

Fanny, que hasta entonces había prestado grande atención al relato de su antiguo pretendiente, dió un paso atrás horrorizada, a la vez que sus dos compatriotas palidecían de rabia.

—Crueles necesidades de la guerra—continuó Roberto, para quien no habían pasado inadvertidas las muestras de repugnancia de sus interlocutores. Ustedes tres habían descubierto en parte nuestro secreto y dejarlos regresar a Puntarenas habría sido arruinar nuestra empresa.

Sólo el capitán Amaru conoce la composición de su explosivo y está resuelto a utilizarla para libertar a los pueblos, no para oprimirlos. Estoy seguro de que si el Gobierno de los Estados Unidos le ofreciera mil millones de *dollars* por patente de invención, él, que es pobre, los rechazaría indignado.

Si ustedes gustan, pasaremos a la orilla opuesta del canal y allí podré mostrarles otras curiosidades».

Los jóvenes Valle y Delgado se alejaron del grupo, dirigiéndose a los talleres cuando Roberto y los prisioneros se acercaron a la orilla del canal en donde se balanceaban perezosamente las terribles máquinas de destrucción. El ingeniero llevó a los labios un silbato e inmediatamente descendieron de la bóveda dos gruesas cables de acero con una v agoneta de

seis asientos, que improvisaron una especie de puente colgante entre los dos bordes del canal.

Un momento más tarde estaban en la orilla opuesta, piso granítico liso y uniforme, cortado por la pared de basalto que sustentaba la bóveda. De trecho en trecho había extraños tubos, delgados y largos, cuya boca desaparecía en la pared.

Mr. Adams contó treinta y observó que adosados al muro, al lado de cada tubo, había unos cincuenta tubos más pequeños, como de metro y medio de largo, y apenas de un decímetro de diámetro.

—Nuestra artillería—dijo tranquilamente Roberto. Esa pared está perforada y los agujeros son invisibles desde fuera. Si toda la escuadra yanqui viniese a sitiarnos, en menos de media hora la hundiríamos completamente con sólo estos cañones, sin utilizar los submarinos».

Como advirtiese Mora en la boca de Mr. Adams una sonrisa de incredulidad, dijo tomando uno de los tubos:

—Este obús es igual en potencia a los torpedos de nuestros nautilos. Cada cañón señala automáticamente la distancia del barco enemigo y la carga se gradúa en tres segundos, de manera que el proyectil, sin atravesar el navío, va a estallar en su santabárbara y lo envuelve en sus columnas de gases mortíferos. Van ustedes a verlo.

Llevóles a la abertura del cañón inmediato, por lo cual se divisaba un escollo situado como a dos kilómetros. Apuntó la pieza, consultó un disco colo-

cado encima, abrió la culata, introdujo el tubo y oprimió un botón. Oyóse una especie de silbido, semejante al escape del vapor de una locomotora, y los tres cautivos se inclinaron sobre la grieta de la pared. Lo que vieron los llenó de espanto. El escollo, que medía unos cincuenta metros de anchura voló en fragmentos y en su lugar se vió una columna de humo bronceado, que parecía macizo. Cuando desapareció no quedó sobre las aguas la menor señal del arrecife.

—Quienes tales medios de destrucción tienen a su alcance—siguió diciendo con calma el ingeniero—podrían adueñarse del globo sin dificultad. Dichosamente esos medios están en manos de unos piratas convencidos de que no hay imperio mundial capaz de hacer feliz a la humanidad, porque ella sabrá labrarse por sí sola su dicha cuando conquiste su ideal: la autonomía. Pero ¡qué tarde es!—dijo consultando su reloj. Ya es hora de comer, y si ustedes no tienen inconveniente, les ruego que me acompañen a la mesa. Estaremos solos. Así podrán ustedes variar el pobre *menú* que pusimos a su disposición; y si no les cansa mi insoportable charla, les referiré durante la comida por qué y cómo hicimos de esta isla el centro de nuestras operaciones.

El Secretario de Marina se inclinó cortésmente, subyugado por las maravillas que había visto y oído y por el genio de su joven adversario. Fanny contemplaba a éste con una especie de respeto mezclado con temor, mientras Jack malhumorado, se sentó

displicente en la vagoneta que en pocos segundos los transportó a la otra orilla. Ascendieron por el caracol de piedra hasta el segundo piso en el cual estaban las habitaciones de los conspiradores, y Roberto guió a sus invitados a una espaciosa gruta, amueblada con lujo oriental y alumbrada por fanales de luz incandescente.

—Este es mi cuarto—dijo acercando tres sillones de junco a sus acompañantes. Tocó luego su timbre y dos camareros japoneses se presentaron en la entrada.

—La comida—ordenó lacónicamente el ingeniero.

Los sirvientes colocaron en el centro de la habitación una mesa que en menos de un minuto arreglaron suntuosamente. Fanny se creía transportada a uno de los lujosos hoteles de Nueva York. Gran variedad de ostras y otros mariscos de que abunda la isla, manjares preparados con arte exquisito, vinos de las mejores cepas; nada faltaba en el regio banquete, y los prisioneros, olvidando sus penas, se mostraron más expansivos que anteriormente. Cuando sirvieron el champaña levantó Roberto su copa.

—Propongo un brindis por la futura libertad y fraternidad de todos los pueblos.

Sus compañeros bebieron en silencio y luego el ingeniero, ofreciendo a los hombres magníficos habanos y pidiendo permiso a Fanny para encenderlos, añadió:

—Si tienen ustedes la paciencia de escucharme un cuarto de hora les referiré todo lo que los cinco

piratas, como ustedes nos llaman, hemos hecho y todo lo que pensamos hacer. No extrañen mi indiscreción, dijo sonriendo al ver la sorpresa pintada en el rostro de sus convidados. Dentro de poco nuestra obra estará consumada, ustedes serán puestos en libertad y el mundo entero conocerá detalladamente la labor que hemos realizado por salvarlo.

Hace cinco años, cuando terminé en Inglaterra mi carrera de ingeniero naval y mecánico, hice un viaje de estudio y en los Estados Unidos tuve entonces ocasión de conocer en un baile a esta señorita, pero no a su padre, que se hallaba entonces en Europa. Me dediqué especialmente a los aeroplanos y submarinos, que he logrado perfeccionar de un modo increíble.

Estando en el Japón supe la ocupación de las Repúblicas Centroamericanas por tropas de los Estados Unidos y desde entonces me juré consagrar toda mi vida y energías a romper las cadenas de mi patria, o por lo menos a vengarla. Trabé relaciones con el capitán Amaru, un sabio a quien el Gobierno de su país miraba con cierto recelo por sus ideas anarquistas; fuí luego a Honduras y el Salvador en busca de aliados y tuve la fortuna de encontrar dos excelentes, Manuel Delgado, recién salido de la Escuela Politécnica, y Francisco Valle, distinguido médico y naturalista, ambos millonarios como yo y ardiendo en deseos de sacudir la dominación extranjera. Vuelto al Japón y de acuerdo con su gobierno—tan perjudicado casi como nosotros por

el imperialismo yanqui—emprendí inmediatamente la construcción de los tres submarinos que ustedes ya conocen; y un año más tarde, a bordo de uno de ellos, vine a practicar una exploración en esta isla, admirablemente dispuesta para servirnos de cuartel general. Como es de formación volcánica, no era raro que en ella hubiese grandes cavernas. Tuve la suerte de encontrar una tan maravillosa que su hallazgo fué en mi opinión un presente que nos hizo la Providencia, siempre favorecedora de la justicia y del derecho. La gruta era un cañón casi rectilíneo, de un cuarto de milla de longitud y con quince metros de agua que penetraba por pequeños orificios submarinos en ambos extremos. Unas cuantas libras de *japonita* bastaron para ensanchar las aberturas y dejar el paso franco a nuestros nautilos. Lo demás fué obra de los centenares de hábiles obreros nipones,—parte de los cuales permanecen con nosotros,—quienes en unos ocho meses ejecutaron las maravillas que ustedes conocen y otras que todavía ignoran».

Roberto hizo una pausa, durante la cual Mr. Adams y su hija le contemplaron con la veneración que se tributa a los seres superiores, en tanto que Jack miraba a su amada con expresión celosa y despechada.

Roberto prosiguió, arrimando un fósforo a su cigarro:

—Nuestro plan es muy sencillo. Cuando haya desaparecido vuestra escuadra, la japonesa invadirá

a los Estados Unidos; la poderosa Unión se convertirá en tantas repúblicas independientes como Estados y los países latinos recobrarán su autonomía. No permitiremos que ninguno de ellos posea escuadras poderosas que sólo sirven para oprimir a las débiles. Haremos igual intimación a las naciones europeas; si alguna se negare a suprimir su flota, la destruiremos inmediatamente.

El Gobierno del Japón se ha comprometido solemnemente con nosotros a desarmar la suya, cuando todos los países del mundo estén en igual pie comercial y político, esto es, cuando no haya expansiones territoriales, ni colonias, ni privilegios para los artículos manufacturados de determinada nación. El Japón mismo perderá su flota si se niega a cumplir lo pactado.

—Pero ¿quién la destruirá, si él es dueño de estos terribles inventos?—replicó vivamente el Secretario.

—¿Quién? los cinco piratas—¡nosotros! El capitán Amaru no obstante su nacionalidad, está resuelto a ello. El Gobierno japonés no posee ningún submarino semejante a los que ustedes acaban de ver. Sólo nosotros conocemos sus secretos. Además, en este momento están ya terminados en Tokio mil aeroplanos de un modelo inventado por mí; pero una pequeña maquinita y un tremendo proyectil de que van provistos, invenciones mía la primera y de Amaru la segunda—se fabrican en esta isla y se llevarán a los aparatos cuando llegue la hora. Esa ma-

quinita, en la cual reside toda la potencia ofensiva del avión, funciona apenas durante un mes y es preciso renovarla. ¿Qué haría el Japón con sus mil aeroplanos si faltásemos Amaru y yo? No, Mr. Adams. Nuestros terribles inventos estarán siempre contra el despotismo y al servicio de los débiles. Usted mismo se cerciorará de sus diabólicos efectos cuando presencie en nuestra compañía la invasión de su inmenso país.

—¡Invadir a los Estados Unidos, Mr. Mora! Quiero admitir que el poder de sus máquinas es tan terrible como usted asegura; que nuestra flota es aniquilada y que cinco millones de soldados japoneses desembarcan en nuestras costas. ¿Ignora usted que allí hay veinte millones de patriotas instruidos y perfectamente armados que darán buena cuenta de los invasores?

—¡Ah! Mr. Adams! Cuando usted vea en acción mis aviones se convencerá de que en un día pueden destruir ese formidable ejército, sin tener por su parte ni una baja.

Un gesto de incredulidad contrajo las facciones del Secretario de Marina, y Roberto al advertirlo dijo con cierta tristeza:

—Quiera Dios que vuestros compatriotas se sometan sin lucha, porque como hombre civilizado me dolería la pérdida infructuosa de tantas vidas; pero cuando vean en el primer encuentro que su destrucción es inevitable, estoy seguro de que cesarán de oponer resistencia».

Un ominoso silencio siguió a estas palabras, pronunciadas sin jactancia, con acento tranquilo y firme. Mr. Adams bajó los ojos meditabundo; Fanny oprimió su mano como en busca de protección, sin apartar sus miradas atónitas del rostro de su antiguo cortejante. Jack también le miraba, con las pupilas encendidas por un odio irrefrenable en el cual se mezclaban los agravios del patriota con los recelos del amante. Roberto, en tanto, recostado en su poltrona de junco, fumaba distraidamente.

De pronto exclamó Mr. Adams, dirigiéndose a su enemigo:

—Comprendo que usted, caballero, procede sinceramente en pro de lo que usted entiende por la redención del mundo. Pero ¿está usted seguro de que éste habrá alcanzado permanente felicidad el día en que no haya más que centenares de minúsculas nacionalidades, sin recursos para acometer obras gigantescas, como la apertura de un canal, por ejemplo, y sin fuerza para mantener el orden y rechazar posibles agresiones de vecinos? ¿No es preferible una federación de repúblicas sujetas a un gobierno central que vele paternalmente por su bienestar y adelanto?

—Las mismas ideas de von Stein ¡el mismo ideal germánico!—repuso riendo el rubio ingeniero.—¿Por qué, entonces, declararon ustedes la guerra a Alemania cuando el gran conflicto europeo, si el ideal del emperador Guillermo era idéntico al del Presidente Wilson? Unir al mundo bajo la hegemonía de una gran potencia reguladora, previsora y fuerte.

¿Cuál? ¿Alemania, Inglaterra o Estados Unidos? Lo mismo da. Es el ideal de los antiguos conquistadores asirios, persas, macedonios y romanos. ¿El mundo, pues, no ha dado políticamente un paso hacia adelante!

No, señor Ministro: los pueblos como los individuos, no necesitan someterse a la autoridad de un poderoso; pueden asociarse para obras ingentes de interés colectivo y nada tienen que temer de agresores ambiciosos y perversos si en su favor limita el apoyo de otros pueblos amantes de la moral y el orden. El tiempo lo dirá: soy joven y espero ver los frutos de mi obra.

Pero ya he cansado a ustedes bastante con mi charla. Voy a conducirlos a sus habitaciones, levantándoles la incomunicación. Si desean ustedes pasar la velada en familiar plática, pueden hacerlo. Unicamente siento que por hoy no me sea posible dejarlos salir de la caverna para admirar al aire libre el grandioso panorama del océano iluminado por la luna.»

Levantóse y, tocando un timbre, dijo al criado que apareció en la entrada:

—Toma una lámpara y guíanos al piso superior.

Voy a dejarles la lámpara,—dijo cuando hubieron llegado a la cueva número 3 que servía de prisión a Mr. Adams y a su hija.—Talvez ustedes deseen leer y las bujías alumbran poco.

Enseguida saludó y encaminándose a la segunda gruta de la derecha abrió la puerta secreta y bajó a oscuras por la escalera, como quien conoce de memoria el camino.

VI

LA EVASIÓN

Cuando Roberto se encontró en su lujosa estancia se sentó al escritorio de caoba que estaba en un ángulo de la habitación. Leíase en su semblante la expresión picaresca del que medita una travesura. Escribió varias hojas, consultando un papel que sacó del bolsillo, y en esta ocupación le sorprendieron sus cuatro confederados, quienes invadieron la sala sin ceremonia.

—Un momento—dijo el ingeniero sin volverse;—voy a poner la firma.

Cuando concluyó, dió media vuelta en el sillón giratorio y dijo mirando sucesivamente a sus cuatro camaradas:

—Hemos cometido una grave imprudencia, un descuido sin nombre que por poco arruina completamente nuestros planes. Hace muchas horas que en Puntarenas no tienen noticias del *Nicaragua* y como a su bordo viaja su Excelencia el Ministro de Marina, no es extraño que de un momento a otro tengamos

a la vista los otros barcos del escuadrón. Para remediar el daño, si aún es tiempo, voy a expedir estos aerogramas:

«Comandante Burns, jefe del escuadrón de Puntarenas, a bordo del *Puerto Rico*. Todo perfectamente. Exploramos interesante isla. Dentro de tres días debe hallarse usted con los dos acorazados y el vapor carbonero que los acompaña, en Panamá, en donde nos reuniremos.»—Adams, Secretario de Marina, a bordo del *Nicaragua*».

«Comandante Stuart, jefe del escuadrón de San Juan del Sur, a bordo del acorazado *Alabama*. Dentro de tres días debe estar usted en Panamá con los tres grandes cruceros que están bajo sus órdenes. Adams, Secretario de Marina, a bordo del *Nicaragua*».

Los despachos están escritos en cifra, gracias a la clave que la otra noche sustraje del bolsillo de ese cándido teniente Cornfield, que no tiene ojos más que para su novia; de suerte que no podrán maliciar nada. El desenlace del drama se aproxima. Capitán Amaru ¿el *Blanco* está listo para zarpar mañana?

--A bordo están ya—contestó el interpelado—las mil maquinillas en sus respectivas cajas y los veinte mil cohetes. Partiré mañana mismo, pero con el sentimiento de no poder asistir a la obstrucción del canal de Panamá.

—En cambio, presenciará usted algo mejor: el desembarco de sus compatriotas en las costas de California.

Oprimió Roberto un botón y al punto se presentó un mozo filipino.

—Lleve usted esto en el automóvil inmediatamente al telégrafo. No quiero comunicar por teléfono los despachos a Jiso por temor de una equivocación que pudiera sernos funesta—añadió hablando con sus amigos, mientras el criado se alejaba a toda prisa.

—Yo acompañaré al capitán Amaru, dijo Delgado: quiero presenciar el embarque de las tropas y los primeros combates.

—No desmientes tu sangre salvadoreña—replicó jovialmente Roberto.—Valle, en cambio, vendrá con nosotros. Siempre es consolador tener un facultativo a bordo cuando se vive en estos traidores climas, y un fiel amigo que comparta nuestra suerte—añadió estrechando con efusión la mano del hondureño.

—Espero que los cinco nos desayunaremos mañana en mi cuarto antes de separarnos—insinuó el capitán Amaru;—mi cocinero echará la casa por la ventana y prepara no sé que platos japoneses que en mi país sólo se sirven en las grandes solemnidades.

Repentinamente Roberto se puso de pie y acercándose a una especie de teléfono incrustado en la pared, aplicó el oído, haciendo señas a sus amigos para que callasen.

—Es extraño—murmuró después de un rato. Fanny lee en voz alta y su padre y su novio escriben alternativamente; se percibe con toda claridad el diferente rasgueo de sus plumas.

—Quizá versos, dijo burlonamente Valle.

—No, deben de ser las confidencias que les hizo

Roberto y que esperan poder trasmitir a sus paisanos —agregó Delgado.

Roberto permaneció algún tiempo con la oreja pegada al micrófono, y luego, moviendo la cabeza, vino a sentarse al lado de sus camaradas.

—¡Qué demonio! exclamó poniéndose serio. Son más astutos de lo que yo pensaba. ¿Saben ustedes que estaban haciendo nuestros prisioneros varones? Conversando por escrito. Sospecharon que podíamos oírlos, recordando sin duda lo que neciamente les conté de las conversaciones recogidas debajo de los acorazados en Puntarenas.

—Esta noche podemos sustraerles esos papeles como hicimos con la clave telegráfica y las armas—repuso Delgado.

—Es inútil: los quemaron. Oí el ruido que hicieron al abrir la lámpara de petróleo y la voz de Fanny que decía: «Quémenlos afuera, porque el humo es insoportable.»

—Nada hay que temer—agregó el ingeniero—cualesquiera que sean las impresiones que hayan cambiado, están bien asegurados en su prisión y podemos dormir tranquilos.

Mientras esta conversación se desarrollaba en el piso subterráneo, en el que ocupaban los norteamericanos ocurría una extraña escena. Apenas se despidió de ellos el rubio costarricense, sacó Jack del bolsillo su pluma de fuente y una libreta en la cual escribió algo que pasó enseguida al Secretario Adams. Este leyó:

—Es indudable que allá abajo oyen todo lo que

hablamos aquí. Tengo que comunicar algo importante a usted y le suplico que me conteste también por escrito. Ruéguele a Fanny que mientras tanto lea algo en voz alta para no infundir sospechas.

Mr. Adams pasó el papel a su hija, y ella, aprobando con un movimiento de cabeza, tomó de su valija una novela de Conan Doyle y comenzó a leer, interrumpiéndose de rato en rato para enterarse de los papeles que cambiaban sus compañeros.

«Con un espejillo que me prestó Fanny—escribió Jack—pude observar los movimientos de ese maldito costarricense y sé cómo se abre la reja de la salida de la cueva.»

—«¿Y qué adelantamos con eso?»

—En la madrugada me escaparé e iré a la estación inalámbrica: media hora después todas las nuestras de la costa centroamericana sabrán nuestra precaria situación.

—Pero allí hay siempre un empleado.

—Sí, el filipino Jiso, a quien no me será difícil maniatar, pues soy bastante fuerte para reducir a la impotencia a ese hombrecillo y a cuatro como él. Además, conservo mi larga navaja de bolsillo y en caso necesario» ....

—¿Y si hay en la estación varios agentes?

Es muy improbable. En tal caso me volveré sigilosamente y repetiré la tentativa otra noche.

—¡Pero si pides auxilio, estos infames corsarios hundirán en un minuto nuestros barcos, como volaron el *Nicaragua*.

—Pierda usted cuidado. Advertiré a los jefes que efectúen el desembarco por la costa occidental, y una vez con un millar de *bluejackets* en la ísla me comprometo a acabar con este nido de gavilanes.

—Pones tu vida en peligro.

Es indispensable salvar a ustedes y a la patria. Dígale a Fanny que me pase aquella cuerda que ata sus valijas. Si muero en la empresa, mi último pensamiento será para ella.

La joven se conmovió al leer el papel y entregó a su prometido lo que pedía.

Luego los novios se estrecharon cariñosamente las dos manos, Mr. Adams abrazó al teniente y éste antes de retirarse a su gruta, indicó la conveniencia de quemar los papeles escritos, lo que hicieron en el túnel central.

Ya en su dormitorio el joven marino cortó en dos cabos iguales la cuerda, puso su reloj abierto sobre el banco que le servía de velador, se tendió vestido sobre un jergón, y a la luz de la bujía se entretuvo en hojear un libro, más por matar el tiempo que por interesarse en la lectura. De rato en rato consultaba el reloj, como sorprendido de que sus agujas no girasen más rápidamente. Con el oído atento recogía todos los rumores venidos de fuera, el incesante golpear de las olas en los acantilados de la orilla, los mugidos del viento en las selvas, los gritos de las aves marinas desveladas y el murmullo misterioso procedente de las cuevas subterráneas en donde se preparaba insidiosamente la ruina de su querida patria. Poco

después de media noche los ruidos se fueron apagando unos tras otros, menos el interminable del océano. Cuando el reloj marcó las dos de la madrugada, levantóse Jack, apagó la vela y a tientas cubrió su blanco uniforme con el impermeable oscuro, cerciorándose antes de que su cuchillo de marino salía fácilmente de su vaina. Pasó luego al zaguán, que la luna menguante mantenía en la penumbra, y siempre alerta y pegado a la pared se encaminó a la salida, obstruída por pesada verja. Palpó a corta distancia del suelo la pared de la boca de la caverna, según había visto hacerlo a Roberto; pero no encontró ningún punto saliente y sus dedos oprimieron en vano, pulgada por pulgada, el muro de granito. Casi media hora empleó en tales inútiles tentativas y pensaba ya retirarse descorazonado a su cuarto, cuando recordó que el ingeniero—cuyos movimientos había espiado gracias al espejillo de Fanny—mientras oprimía la pared con la izquierda, mantenía su diestra apoyada en el arco de la cripta, a la altura de su cabeza. Hizo lo propio el teniente, y después de otra media hora de infructuosos ensayos oyó un leve chirrido y vió desaparecer la reja en el seno de la roca.

Jack Cornfield sacó primero la cabeza para ver si había por allí algún centinela importuno. No divisando a nadie, comenzó a descender por el escarpado sendero que conducía a la depresión en la cual se hallaba la línea férrea. Procuraba no tropezar en los guijarros y las suelas de caucho de sus zapatos no producían ruido alguno en el piso granítico.

Cuando a favor de la luna encontró la vía, comenzó a trotar por ella a paso gimnástico; y durante más de veinte minutos corrió anhelante, con los puños pegados al pecho, sin experimentar el más leve cansancio, gracias a su larga práctica de *foot-ballista*.

Llegó por fin a la plazoleta en cuyo centro se elevaba el falso tronco de cemento en el cual estaban los botones que en un instante hacían aparecer y desaparecer las instalaciones de los piratas. Con gran sorpresa advirtió Jack que el tronco no estaba en su sitio; a corta distancia, sin embargo, vió la caseta del telegrafista, alumbrada por una potente bombilla incandescente y al pie el alto mástil cuyas entenas trasmitían hasta los confines del mundo los despachos de cinco desconocidos que podían trastornarlo todo con unas cuantas ondas eléctricas.

Por la angosta ventanilla, a la cual se llegó con las mayores precauciones, vió al joven filipino, a quien Roberto había saludado con el nombre de Jiso, profundamente dormido al lado del auditor del telégrafo.

El americano se despojó rápidamente de su impermeable, y penetrando en la garita envolvió con él al descuidado agente, y mientras éste luchaba desesperadamente por libertarse de la envoltura que le sofocaba, Jack le ató los codos, de manera que el incauto filipino se halló en pocos segundos reducido a la más completa impotencia, sin darse cuenta de quién era su nocturno asaltante.

Si el teniente no hubiera estado tan ocupado en

apretar en la espalda del filipino los hábiles nudos que sólo los marinos son capaces de hacer, habría podido observar que su prisionero movía de un lado a otro su pierna derecha, dando fuertes patadas debajo de su escritorio.

Terminada su obra, Jack levantó en vilo al telegrafista y le arrojó en un rincón de la oficina; sentóse luego enfrente del manipulador y comenzó a trasmitir el siguiente despacho:

«A todos los comandantes de los puertos de nuestra colonia de Centro América.

Estamos prisioneros de una cuadrilla de piratas en la Isla del Coco que han hundido ya ocho de nuestros principales barcos. Envíen tres acorazados que se acerquen a la isla por la costa oeste y que desembarquen en la noche mil marinos.»

Iba el teniente a poner la firma del Secretario Adams, cuando una mano de acero oprimió la suya y al volverse sorprendido se encontró en presencia del ingeniero rubio, del militar salvadoreño y de tres individuos de raza amarilla armados hasta los dientes.

—¿Qué hace usted aquí?—dijo el costarricense friamente,—mientras los tres soldados sujetaban al yanqui por los brazos maniatándole en un instante:

—¿Así paga usted las consideraciones con que le he tratado, dejando abierta la reja de su encierro para que pudiera usted visitar a sus amigos? ¿Se imagina usted que no advertí su hábil maniobra de observar mis movimientos por medio de un espejito

que sacó por entre los barrotes? Tentado estuve a romperlo de un balazo—porque quizá usted ignora que en Londres gané dos veces seguidas el premio en los concursos de tiro de pistola; pero nunca supuse que encontrara usted el secreto de la puerta de la caverna. Ya veo que tengo que habérmelas con un adversario nada despreciable. Ha tenido usted suerte en su escapatoria: allá en las grutas no se corre una verja sin que un timbre lo avise a un vigilante encargado de ese servicio; pero el empleado se dejó vencer del sueño y a estas horas está purgando su falta en un calabozo. Probablemente habría podido usted volver tranquilo a su cuarto si Jiso no me hubiera avisado.

Jack, pálido, silencioso y con los ojos bajos, los levantó espantado hacia su interlocutor.

—Veo, prosiguió Roberto, que no he perdido aún el dón de causarle sorpresas. Usted no se había figurado que, previendo un posible ataque a nuestro telegrafista y sabiendo que en tales casos es corriente obligar al asaltado a levantar los brazos y dejarse registrar, habíamos arreglado un aparato subterráneo de suerte que le bastó a Jiso oprimir con el pie un botón para avisarme que estaba en peligro.

El filipino, desembarazado ya del impermeable, se puso de pie, saludó militarmente y dijo compungido:

—General, he cometido una falta grave. Mi amigo José, a quien correspondía la vigilancia de dos

a cinco, se sintió algo indispuesto y me rogó que lo reemplazase; y yo, cansado del mucho trabajo del día, me dormí y me dejé sorprender.

—Tu descuido ha estado a punto de hacer fracasar nuestra campaña y en tal caso habría mandado fusilarte al punto. Estarás arrestado tres días en las mazmorras subterráneas.

Afortunadamente el mal puede todavía remediarse».

Sacando entonces del bolsillo una libreta se la mostró a Jack, sonriendo irónicamente.

El marino se estremeció.

Era la clave oficial del gobierno de Wáshington, que se entrega a todos los empleados del inalámbrico y cuya pérdida acarrea inmensas responsabilidades.

—Ahora, en castigo de su felonía—siguió diciendo Roberto, mirando tranquilamente al agarrotado yanqui, va usted a escuchar el despacho que voy a trasmitir a todos los comandantes de puerto de la colonia centroamericana».

Tomó el manipulador y fué repitiendo en voz alta las palabras que trasmitía, consultando a cada momento la clave.

«Hemos sorprendido una guarida de piratas. Ya todos están a bordo bien custodiados. Uno de ellos tuvo tiempo de trasmitir un despacho en mi nombre, pues tenían magnífica instalación inalámbrica que hemos destruido. Quería atraer nuestros barcos a la isla para hundirlos. Los escuadrones de Sand-

point y de San Juan del Sur deben hallarse pasado mañana en Panamá, según órdenes trasmitidas anteriormente. Todo bien. Adams, Secretario de Marina a bordo del *Nicaragua*».

Cuando el ingeniero pronunció la última palabra, enmedio del silencio general, una lágrima brillaba en los ojos del americano, en la cual se condensaban la rabia de su impotencia, el despecho de su frustrada tentativa y el dolor de asistir a la ruina de su patria sin poder hacer nada por ella.

Levantóse el ingeniero y dirigiéndose al filipino le dijo con voz áspera que hizo temblar al culpado:

—Permanezca usted en su puerto hasta las seis y a esa hora se presentará en el cuartel para recibir el castigo, dejando a José encargado de la oficina.

—Vamos, señores,—añadió—hablando con sus acompañantes.

Un rato después, instalados todos en el automóvil, se dirigían a la madriguera de los conspiradores.

Cuando el carro se detuvo al pie del cerro, el militar salvadoreño cubrió la cabeza del prisionero con la capucha de su impermeable a fin de que no pudiese ver los movimientos del ingeniero. El cual, acercándose a un tronco de cemento, idéntico al de la plazoleta del inalámbrico, apretó un botón. El suelo pareció hundirse como en un terremoto: unos rieles subterráneos vinieron a empalmar con los de

la superficie, y el automóvil, en el cual había ocupado nuevamente su sitio el joven rubio, descendió por una cripta brillantemente iluminada por fanales eléctricos e hizo alto al pie de un ascensor. Al llegar arriba, quitó Delgado la venda al prisionero y este no pudo reprimir un grito de asombro.

Se hallaba en el cuarto en donde el costarricense los había obsequiado la víspera regiamente, y allí en sendos sillones de junco estaban graves y silenciosos el conde Stein, el capitán Amaru y el doctor Valle, enfrente de los cuales, como reos en el banquillo, Mr. Adams y su hija permanecían pálidos e inmóviles. Al divisar entre los recién llegados al teniente, Fanny y su padre lanzaron una exclamación de alegría.

Roberto hizo sentar al prisionero, que aún permanecía atado codo con codo, al lado de sus compatriotas; y ocupando una poltrona cerca de sus amigos, despidió con un gesto a los tres soldados y ofreció una silla al militar salvadoreño.

Por espacio de un minuto reinó en la estancia un penoso silencio que el ingeniero rompió de pronto, diciendo al japonés:

- Capitán Amaru ¿está Ud. listo para partir dentro de media hora?

—Todo está a bordo—contestó el interpelado.

—Parta usted, pues y llévese a este caballero (señalando a Jack). El mejor castigo de su deslealtad es llevarlo a presenciar la invasión de su patria. Nosotros, después de obstruir el canal, iremos

también a ver el grandioso espectáculo. Dentro de treinta y seis horas estará Ud. en Tokio. Cuéntele al Emperador el motivo que nos obliga a precipitar el desenlace. Los dos mil transportes están listos hace quince dias y diseminadas en todos los puertos del Japón, pero prontos a acudir al primer aviso. Dentro de una semana un millón de soldados escogidos serán dueños de toda la costa del Pacífico y el innumerable ejército de la Unión habrá desaparecido a menos que se rinda incondicionalmente. Adiós, Amaru, y hasta pronto. Un abrazo a los hermanos de allá y vigile usted estrechamente a su prisionero, pues no deja de ser peligroso.»

Levantóse de su silla y estrechó cordialmente la diestra del capitán, ejemplo que imitaron sus tres camaradas. Amaru hizo seña a Jack para que le siguiese: pero el Secretario se interpuso, diciendo a Roberto:

—No, los tres debemos como compatriotas correr una misma suerte. Si Mr. Cornfield va para el Japón, nosotros le acompañaremos.

—Lo siento mucho—replicó el costarricense; pero deseo que ustedes dos presencien una operación interesante y hagan en mi compañía un curioso viaje, a fin de que los norteamericanos conozcan a ojos vistas todos los pormenores de esta obra libertadora ejecutada por un puñado de individuos oscuros. No teman ustedes nada: el señor teniente irá bien tratado, sin correr peligro alguno, y antes de una semana podrán ustedes verle de nuevo y cámbiar impresiones.

A una seña de Roberto, el militar salvadoreño soltó la cuerda que ataba los brazos de Jack, y éste, después de abrazar a Mr. Adams y a Fanny, que lloraba a lágrima viva, siguió con aire resignado al nipón.

Cuando los dos desaparecieron, el rubio ingeniero, golpeándose las polainas con su inseparable latiguillo, murmuró como hablando consigo mismo:

—Unos pocos dias antes o después, no importa. El desenlace tenía que llegar necesaria y fatalmente, porque las leyes de la justicia se cumplen tarde o temprano con la misma precisión que las del mundo físico.»

Como despertando de un sueño, prosiguió volviendo los ojos al Secretario y a su hija, quienes le contemplaban recelosamente.

—Mañana nos embarcaremos en mi nautilo *Cañas* e iremos a Panamá a encontrar la escuadra que allí estará reunida por orden de usted, Mr. Adams.

Advirtiendo la expresión de asombro del Ministro, añadió:

—Un ligero abuso de confianza, Mr. Adams; como su futuro yerno utilizó el nombre de usted para trasmitir un despacho, yo no tuve reparo en hacer lo mismo y en consecuencia dí orden a los cruceros estacionados en Puntarenas y San Juan del Sur para marchar inmediatamente a Panamá. ¿No sospecha usted para qué? Para aplicarles sus respectivas ventosas de *japonita* y hundirlos en medio del canal, de suerte que impidan el paso a la formidable flo-

ta del Atlántico cuando intente venir a obstaculizar la invasión japonesa. ¿Por qué abrieron ustedes el canal, pisoteando los derechos de la república de Colombia?—añadió con vehemencia. No fué para facilitar las comunicaciones mundiales, sino para favorecer exclusivamente los intereses del Aguila del Norte. Si al través de esa vía pudiesen abrazarse todos los pueblos, yo no la obstruiría; y si no la arruino del todo, aunque puedo hacerlo, es porque confío en que dentro de poco estará abierta al libre tráfico de todas las naciones. Usted se muestra incrédulo y piensa que los cincuenta mil yanquis que con doscientos cañones de noventa millas de alcance custodian el canal son suficientes para defenderle contra todas las escuadras de la tierra. ¡Error! No pasarán cuatro días sin que usted, señor Secretario, se convenza de que el ingenio latino no es inferior al sajón y que este ignorado ciudadano de la más pequeña y desgraciada república latino-americana tiene motivos suficientes para enorgullecerse pensando que él sólo, sin más auxiliares que su escasa ciencia y sin más arma que la justicia, va a destruir el imperio más poderoso de los tiempos modernos.

—Quedan ustedes en libertad para salir de la caverna cuando les plazca, dijo poniéndose de pie e inclinándose respetuosamente. Pueden ustedes pasear por la isla de día o de noche hasta mañana por la tarde, antes de partir; les recomiendo, sí, que no se acerquen a la línea férrea ni a la estación

inalámbrica, porque lamentaría que les ocurriera alguna desgracia.»

Un criado condujo a los cautivos a su habitación del piso superior de la caverna, en donde Fanny preparó en un momento el frugal desayuno en la cocinilla de alcohol. Padre e hija estaban silenciosos y hondos suspiros salían de su pecho.

Probaron apenas los huevos con jamón y el aromático café, y aprovechándose del permiso salieron de la caverna y permanecieron extasiados largo rato en la entrada, contemplando la pintoresca isla bañada por el sol de la mañana y la sábana azul del océano, sobre la cual revoloteaban como copos de nieve millares de aves marinas.

Fanny admiró por breves instantes el grandioso cuadro con ojos distraídos y volviendolos luego a su padre prorrumpió en sollozos.

Mr. Adams acarició afectuosamente la cabeza de su hija, diciéndole:

—No te aflijas. Sé fuerte. Estamos en poder de enemigos superiores y no hay más remedio que resignarse. No se puede luchar contra lo inevitable. Por lo pronto, podemos contar con que nuestros captores son generosos y aunque extraviados por singulares ideas libertarias, no atentarán contra nuestras vidas ni contra la de Jack. Demos tiempo al tiempo. Los antiguos representaban la fortuna con una rueda, y no es posible encontrar símbolo más apropiado para expresar lo mudable de la suerte. Hoy nos encontramos abajo; mañana estare-

mos en el pináculo, y necio será quien piense que su dicha ha de durar eternamente o que su desgracia es irremediable.

Las filosóficas consideraciones de su padre calmaron como por encanto el pesar de la joven, y del brazo del Secretario recorrió durante una hora los pintorescos bosques de la parte meridional de la isla. De improviso escucharon ambos algo inusitado, una música lejana que parecía producida por un fonógrafo y cuyos acordes eran familiares al Secretario.

—¡El himno japonés! exclamó. ¡Ah! es el capitán Amaru que parte para su patria, llevándose a Jack.

Fanny miró ansiosamente al mar. ¡Nada! Ni una arruga ni una estela.

Bajo las olas, con vertiginosa rapidez, se deslizaba sin duda aquel terrible submarino que iba a consumar la ruina de la Gran República, llevando a bordo a uno de sus ciudadanos, al más querido para Fanny, destinado a presenciar la tremenda catástrofe.

—¿Verdad que nuestros nautilos son del todo invisibles?—dijo de pronto una voz al lado de los prisioneros.

Volviéronse sorprendidos y vieron al rubio ingeniero que los contemplaba con su odiosa sonrisa.

—El submarino *Blanco* navega casi a flor de agua, con una velocidad de doscientos kilómetros por hora, superior en mucho a las de los más recientes aeroplanos—con excepción del mío—agregó acentuando

aún más la ironía de su sonrisa. No tiene periscopio, y sin embargo, en este momento sus oficiales estarán en el salón examinando la costa de la isla en la cámara oscura. Mañana por la noche, cuando llegue al Japón, nosotros estaremos lejos de la isla; pero recibiremos en Panamá el anuncio de su arribo.

—¡En Panamá!—repuso con asombro Mr. Adams.

—Sí, señor. Esta noche zarparemos para ir al encuentro de los escuadrones que en nombre de usted cité para aquel puerto y que utilizaremos para obstruir el canal.

El Secretario de Marina se mordió los labios y se puso intensamente pálido.

—¿Y si nos negáramos a embarcarnos? replicó después de breve silencio:

—Dejarían ustedes de admirar las maravillas de la industria moderna y se fastidiarían mortalmente en la soledad de su prisión durante algunas semanas. En cambio, si ustedes no se niegan a acompañarnos, dentro de ocho días se hallarán en completa libertad.

—¿Da usted su palabra de que así será?

—Nunca aseguro cosa que no puedo cumplir. Dentro de pocos días el mundo social girará sobre un nuevo eje, y realizada nuestra misión no hay objeto en mantener a ustedes detenidos. Los desembarcaremos en el puerto que ustedes elijan—en la costa del Pacífico, se entiende—porque por el momento no sería fácil dar la vuelta por el cabo de Hornos. A propósito ¿la nueva ruta por el río San

Juan, comenzada hace dos años, se concluirá dentro de poco?

Miró Mr. Adams con desconfianza al ingeniero y dijo entre dientes:

—Usted sabe que la canalización del río es cosa seria y que nuestras gigantescas dragas no podrán efectuarla antes de treinta meses.

—Por fortuna; aunque si hubiese estado abierto ya ese canal al tráfico, no nos habría sido difícil obstruirlo también.

Encontrabánse en ese instante en la cumbre de un cerro en la cual una mancha de copudos árboles daba una sombra deliciosa. Como de común acuerdo se sentaron todos a su sombra y después de una pausa en que los tres paseantes aspiraron con deleite las brisas salinas, comenzó Roberto a hablar con cierta solemnidad que impresionó profundamente a sus interlocutores.

—Estamos en vísperas,—dijo, de los mayores acontecimientos que ha presenciado la humanidad. Los cinco piratas de la isla del Coco van a aniquilar el poderío de todas las grandes potencias y dejar a los pueblos, grandes y pequeños, en absoluta libertad para disponer de sus destinos. Si nos equivocamos, el porvenir lo dirá; por ahora no hacemos más que seguir las aspiración universal y estamos seguros de contar con la aprobación de todas las naciones civilizadas.

—Usted—replicó el Secretario, examinando distraídamente una ramilla que arrancó del árbol bajo

el cual descansaba—es demasiado joven y ha nutrido su espíritu con las ideas del romanticismo francés, muy nobles y poéticas sin duda, pero imposibles en la práctica. Yo, que puedo ser su padre y que he tomado parte en infinidad de negocios internacionales, animado como usted de un espíritu de compasión y amor a nuestros prójimos, he llegado al triste convencimiento de que la humanidad es un vasto hospicio de niños desamparados a quienes hay que educar y dirigir hasta que puedan manejarse por sí mismos. Usted notó sarcásticamente que mis ideas en este punto coincidían con las del conde von Stein; pero entre las suyas y las mías hay notable diversidad de miras. Convengo con ese caballero alemán en que la humanidad procede de modo ilógico y estúpido al propagarse sin limitación alguna, como si la tierra fuese un almacén inagotable y no una isla de limitados recursos. Convengo con él y con Malthus en que es menester reducir la población del globo para evitar la miseria y la guerra; pero lo que no puedo admitir es que la felicidad de la especie humana estribe en la sujeción a la voluntad de un Kaiser que todo lo reglamenta, todo lo vigila y está pronto a reprimir con su invencible ejército cualquier manifestación subversiva. El ideal sajón es muy diferente: por ejemplo, Inglaterra deja a sus colonias gobernarse con entera autonomía e invertir sus rentas en provecho de ellas, no de la metrópoli; en cambio, esas colonias, verdaderas repúblicas autónomas, se sienten protegidas

por escuadras y ejércitos respetables, listos a acudir inmediatamente a defenderlas. De este modo las agrupaciones débiles no están expuestas a ser atropelladas o devoradas por otras ambiciosas más fuertes:

—Es mucha verdad—respondió Roberto:—pero si es tan plausible la obra de la Gran Bretaña ¿por qué oponen ustedes a ella la doctrina de Monroe? En mis conversaciones con otros costarricenses y y ciudadanos de las demás repúblicas del istmo he oído a menudo esta opinión que me ha hecho meditar: «Si somos incapaces para gobernarnos por nosotros mismos, preferimos someternos al Imperio Británico, quien a lo menos no desprecia las diversas razas sujetas a su vasto dominio, ya sean negros, amarillos o filipinos, que a una República que considera degenerados a quienes no tuvieron el honor de nacer bajo las alas del Aguila.

Si mañana las repúblicas latino-americanas decidieran ponerse bajo la protección de la Gran Bretaña para disfrutar de la autonomía de que gozan Jamaica, Trinidad o Australia y que usted tanto pondera, ¿lo consentirían ustedes, Mr. Adams?

El Secretario entornó los ojos, mientras, una oleada de sangre enrojecía sus mejillas. Cuando se repuso replicó con calma:

—Inglaterra, país fabril, necesita mercados para sus productos y en sus numerosas colonias introduce sus artículos y realiza pingües ganancias. Si la dejásemos adueñarse de los mercados de América,

nuestras industrias, que alimentan a millones de obreros, perecerían infaliblemente y una espantosa catástrofe sobrevendría en nuestra patria.

—Si estuviese aquí von Stein—repuso Roberto con incisiva sonrisa— propondría idénticos argumentos en favor de su patria, arruinada por el triunfo de los aliados, en el cual tomaron ustedes a última hora la parte más importante. En resumen, usted Mr. Adams, acaba de confesar que las grandes naciones no se preocupan de la libertad ni de los intereses de las débiles y que todo su afán se cifra en convertirlas en consumidoras de sus productos. Siendo esto así ¿qué más nos da a los hispanoamericanos ser colonias inglesas, germánicas, norteamericanas o japonesas? ¿No se nos deja siquiera la libertad de elección? Y si quisiéramos pertenecer a España, a Francia o a Italia, lo que parece más natural por las afinidades de raza ¿lo permitiríais vosotros?

Abrumado bajo el peso de los cargos, Mr. Adams inclinó la frente y se puso a describir círculos en la arena con la rama que había arrancado del arbol. Fanny contemplaba al ingeniero, cuya figura se engrandecía a sus ojos y tomaba proporciones colosales.

En tropel acudieron a su memoria los recuerdos de aquellas fiestas de Wáshington en las cuales, cinco años antes, conoció al ingeniero costarricense, a quien creyó inglés, y con el cual sostuvo por espacio de dos meses un *flirteo* que terminó cuando

supo ella la verdadera nacionalidad del pretendiente. Al enterarse de que pertenecía a uno de los pueblos inferiores que el Gobierno de Wáshington había condenado a desaparecer, sintió la misma vergüenza de una aristócrata que repentinamente descubriese en su cortejante a un antiguo criado de su casa. Ahora la americana reconocía su error. Aquel mozo rubio, de cabellos ensortijados, con su genio y sus conocimientos, era sin disputa el árbitro del mundo.

De sobra había demostrado que sus amenazas no eran vana jactancia; lo que ella y sus dos compatriotas habían presenciado era más que suficiente para demostrarles que el genio latino—instigado por el amor patrio—es capaz de las más increíbles hazañas. Las mujeres de su raza se apasionan fácilmente de los hombres superiores, y el despreciado pretendiente de la víspera puede convertirse al siguiente día en preferido si ha logrado conquistar el campeonato en el juego de *foot-ball*, en una regata o en cualesquiera otros deportes.

No dejó Roberto de notar el efecto que su actitud había producido en la hermosa Fanny. Cuando el calor del sol anunció la hora de la comida, regresaron los tres a las cavernas. Adelante marchaba el Secretario Adams, pensativo, rayando la arena con la ramilla que conservaba en la mano. Detrás Roberto, golpeándose las polainas con su inseparable latiguillo, miraba de reojo a la joven, que caminaba lentamente a su lado.

—Fanny—dijo de improviso Roberto, clavando

en el sonrosado rostro de su compañera sus penetrantes ojos azùles. Conocí muchas y muy bellas mujeres en Londres, en París y en otras capitales durante mis viajes; pero ninguna consiguió producirme tan honda impresión como una que conocí en Wáshington hace cinco años, la cual aceptó al principio mis obsequios y luego me desdeñó por juzgarme indigno de ella.

¿No es verdad?

—No me culpe usted, Roberto, replicó ella con las mejillas enrojecidas; la prensa diaria, los amigos de mi padre y los míos hablaban con tanta insistencia de la salvajez y degeneración de las repúblicas centroamericanas, que me figuré que eran inferiores a los Pieles Rojas o a las tribus del Africa Central. Con tal prejuicio rechacé las proposiciones de usted de hablar a mi padre y pedirle mi mano. Ahora comprendo mi error, ¡aunque tarde, porque tengo otro prometido, y acaso usted tendrá en su país una novia digna de labrar su felicidad.

—Yo no tengo más novia que mi patria, respondió Roberto, meneando melancólicamente la cabeza: cuando consiga verla libre de opresiones extranjeras, probablemente me saltaré la tapa de los sesos.

Era tal la expresión de tristeza del ingeniero, que Fanny, sin poder ocultar su simpatía, dijo:

—Pero usted es joven, instruído y tiene delante de sí brillante porvenir. ¿Por qué no formar un hogar dichoso y pasar de la mejor manera posible el

destierro a que nuestras almas están condenadas en este valle de miserias?

—¿Por qué?—replicó Roberto con calor;—porque la única mujer que creí digna de mi adoración me rechazó inicuamente; porque desde entonces comprendí que hay razas que no pueden amalgamarse y que están llamadas a muy diversos destinos; porque desde aquel día juré probar a la ingrata que no sólo entre sus compatriotas hay quienes puedan llevar a cabo magnas empresas.

Fanny palideció y sus ojos se humedecieron.

—Así, pues—agregó cuando logró dominar su emoción—usted está arruinando a mi país por culpa mía.

—No, repuso con firmeza Roberto. Mi amor propio es asunto secundario; es verdad que me halagaba la idea de demostrar a usted y a sus paisanos que los latinos no somos inferiores a ellos en cuanto a recursos intelectuales; pero esté usted segura de que lo que inspiró mi resolución fué el ardiente amor de mi tierra, ultrajada, pisoteada y absorbida en nombre de la fuerza por una potencia que comete en el Nuevo Mundo los mismos atropellos que reprueba en el viejo.

Yo la amé a usted hace cinco años, y aún creo que ese fuego no se ha apagado; pero si usted hubiese consentido entonces en ser mi esposa y hoy me pidiera que desistiese de mi propósito, no conseguiría nada.

Observando la aflicción de Fanny, cuyas lágri-

mas caían una tras otras sobre la arena del sendero, prosiguió, suavizando su enérgico tono y acercándose a ella:

—¿Pero no ve usted, Fanny, que la obra de mis compañeros y mía no va contra el pueblo de Estados Unidos, sino en favor suyo? El *knut* de los antiguos tsares de Rusia, las bayonetas de Guillermo y los millones de Wall Street son armas idéntica esgrimidas contra el pueblo en beneficio de castas privilegiadas. Nosotros queremos acabar con todo eso: que no haya opresores ni oprimidos, ni explotadores ni explotados, y que un modesto bienestar reine en todos los hogares de la tierra y haga sentir a sus habitantes la alegría de vivir.

Habían llegado a la entrada de la caverna en donde los aguardaba el Secretario Adams, sentado en un saliente de la roca, mirándolos con extrañeza.

Una vez reunidos dijo Roberto:

—Esta noche a las siete es nuestra partida.

Les ruego para esa hora tengan listos sus equipajes.

—Mr. Mora,—replicó el americano—mi hija y yo preferimos quedarnos aquí en calidad de prisioneros, en vez de obligarnos a presenciar la consumación de un crimen.

—No es posible, Mr. Adams: esta noche la isla quedará desierta por espacio de algunos días, meses, quizá, y dejar a ustedes aquí equivaldría a condenarlos a una muerte inevitable. Si usted no quiere presenciar nuestras maniobras, permanezca en el

camarote que le designaremos. Cuando cumpla mi misión, yo mismo conduciré a ustedes a San Francisco y los dejaré sanos y salvos en su tierra. Hasta la noche están ustedes libres y no se cerrará la verja de la gruta. Si algo necesitan, en el fondo de la alacena de su cuarto hay un botón de hierro. Basta oprimirlo para que acuda un sirviente.

Saludó luego inclinándose con gentileza, y en lugar de penetrar en la caverna descendió de nuevo por el empinado sendero con dirección a la línea férrea.

Por algunos segundos contempló Fanny la arrogante figura del ingeniero cuya ensortijada cabellera brillaba al sol como virutas de oro recién fundido, y un hondo suspiro dilató el robusto pecho de la joven cuando desapareció Roberto en un recodo del atajo.

VII

A BORDO DEL "CAÑAS"

Al entrar en su cuarto Mr. Adams y su hija vieron sosprendidos una mesita japonesa cargada de exquisitos manjares humeantes, dos botellas de excelente vino, y una cocinilla de plata con una tetera.

Aunque embargados por la pena de ser testigos a pesar suyo de la ruina del poderío de su patria, no pudieron menos de agradecer en su interior las delicadas atenciones de su caballeresco enemigo. Comieron con poco apetito y al terminar, cuando Mr. Adams encendió su cigarro, le dijo Fanny, dándole palmaditas en la mano:

—¿Qué piensas de todo esto, papá?

—No quisiera pensar nada—respondió él con amargura.—Estamos perdidos. Estos demonios cuentan con medios bastantes para arruinarnos.

¡Ah! si yo supiera como Jack manejar el telégrafo inalámbrico, a estas horas los doscientos aviones que tenemos en el Canal estarían aterrizando

en esta isla y sus mil tripulantes bastarían para destruir a los bandidos.

Vergüenza me da que yo, el Secretario de Marina de los Estados Unidos, que tengo bajo mis órdenes la flota más gigantesca creada hasta ahora, sea incapaz de trasmitir un despacho y me encuentre prisionero como un infeliz grumete. Esta idea me tortura desde anoche, Fanny: yo no podré sobrevivir a mi deshonra, y si no fuera por ti.....

—No digas disparates, papá—le interrumpió ella, acariciando sus mejillas. ¿Cómo luchar contra la fatalidad? ¿No me aconsejabas resignación hace un rato? Tú has cumplido con tu deber y nadie podrá reprocharte negligencia ni debilidad alguna. Sea de ello lo que fuere, tú has hecho por la patria lo que debías; piensa ahora en tu hija.

El la besó conmovido. Pasaron la tarde leyendo, y antes de las siete oyeron las agudas notas de un clarín que parecían venir de las entrañas de la tierra; y apenas cerraron los libros, vieron en la puerta de la habitación a Roberto, con uniforme oscuro en cuyas mangas y cuello lucían las estrellas de general. Cubría su cabeza el tricornio de gala y ceñía al cinto un sable de marina con empuñadura de oro.

—Señores—dijo gravemente—es hora de embarcarnos y de decir adiós a esta isla.

Volveremos a ella cuando cualquier nación se niegue a desarmar sus escuadras o persista en los viejos ideales de dominación mundial. *Los Caballeros*

de la Libertad combaten sin tregua a los enemigos de los pueblos, sin distinción de razas ni naciones.

Un criado tomó las valijas de los prisioneros y los tres se dirigieron a la gruta número 2 de la derecha, en el fondo de la cual brillaba la entrada subterránea iluminada como para una fiesta.

Bajaron al segundo piso, que servía de alojamiento a los piratas, en el cual sólo había centinelas inmóviles en la puerta de cada habitación. Descendieron luego a la gran cripta subterránea, endonde reposaban los submarinos, y al poner el píe en la playa del canal los dos yanquis se detuvieron sorprendidos. En el agua oscura del lago subterráneo dos nautilos de más de cien metros sobresalían de la superficie como gigantescos cetáceos, mostrando en su costado derecho una puerta que descubría el interior regiamente alumbrado.

A lo largo de la playa se alineaban doscientos marinos en correcta formación, capitaneados por el conde Stein, Valle y Delgado, que presentaron las armas cuando Roberto les pasó revista a los acordes del himno de Costa Rica, ejecutado por la banda marcial que estaba a la cabeza de la fila.

Roberto se descubrió conmovido, y dirigiéndose a sus camaradas gritó con voz vibrante:

—Compañeros, ha llegado el momento de la acción. La egoísta República que en provecho de sus particulares intereses privó a España de sus colonias, se apoderó de las Filipinas, mutiló a Colombia y asesinó a millares de centroamericanos

para apropiarse de sus ricos territorios, va a saber dentro poco lo que puede la cólera de un puñado de hombres libres. Desprecia a estas minúsculas nacionalidades como si estuvieran formadas por parias, sin sospechar que el amor patrio no se mide por millones de hombres y que no es patrimonio exclusivo de las grandes potencias.

Por ignorar ese sentimiento se desmoronaron los imperios orientales; por despreciarlo se hundieron Macedonia y Roma, la Francia Napoleónica y Alemania. Por devolver a los pueblos el derecho de disponer de sus destinos y de emanciparse de la tutela de la fuerza representada por las bayonetas o el dinero, estamos luchando nosotros y nos hallamos en vísperas de coronar nuestros ideales. Si sucumbimos, lo que es poco probable, moriremos con la conciencia de habernos sacrificado como Cristo, por nuestros semejantes».

Un *¡hurra!* formidable acogió las últimas palabras de Roberto.

Lo extraño del caso es que Mr. Adams y su linda heredera no entendieron una palabra del discurso del ingeniero.

El Secretario hablaba, además de su lengua nativa, el francés, el alemán y el castellano; sus oídos estaban habituados a las palabras de ocho o diez idiomas de los principales de la tierra; pero aquellos sonidos musicales y aquellas voces en las que el Ministro reconocía raíces latinas, griegas y sajonas, debían de pertenecer a algún dialecto sánscrito.

Sólo cuando el ingeniero dió la mano a Fanny para pasar a bordo del *Cañas*, obtuvo Mr. Adams la clave del misterio, pues el rubio costarricense, volviéndose sonriente a su joven compañera dijo:

—Imagino que ustedes no entendieron mi discurso. Como aquí tenemos alemanes, hispano-americanos, tagalos y japoneses y aun tres o cuatro yanquis, convinimos en adoptar oficialmente el idioma universal *Esperanto*, que hoy habla como el suyo propio, toda nuestra tripulación cosmopolita, estándole prohibido, bajo severas penas, emplear otro. Ustedes deben resignarse a conversar conmigo o con el amigo Delgado, pues Valle se embarcará en el *Mora* con Von Stein; y a menos que ustedes se decidan a aprender la lengua internacional del doctor Zamenhoff, no podrán hablar con ninguno de los empleados.»

Cuando penetraron en el salón del submarino se quedaron maravillados padre e hija. Imposible era hallar ni aún en los más suntuosos transatlánticos lujo parecido. Preciados muebles, alfombras persas, lunas de Venecia, columnas doradas, selecta biblioteca y cuantas comodidades pueda acumular en su yate un rumboso archimillonario.

A un costado del salón se abrían tres puertas esmaltadas de blanco, y el ingeniero dijo a sus huéspedes:

—Si ustedes prefieren estar juntos, en el primer camarote pueden instalarse a sus anchas; si la señorita prefiere estar sola, tiene a su disposición el segundo.»

Fanny y su padre optaron por no separarse y pasaron al punto a su cuarto para hacerlos arreglos nocturnos. Allí estaban sus valijas, un velador con una cocinilla eléctrica y diversas latas de conservas y biscochos.

El camarote tenía baño con agua caliente y fría, una nevera con champaña y vinos generosos, teléfono para llamar a los criados y cuanto puede encontrarse en los hoteles más espléndidos de París o de Nueva York.

El Secretario y Fanny resolvieron acostarse temprano; cuando se metían en la cama un reloj dió ocho campanadas y al punto resonó una música lejana, grave y solemne. Era el himno de El Salvador, familiar para Mr. Adams por haberlo escuchado varias veces en recepciones oficiales. Tras él se oyó el de Honduras y sucesivamente el del Japón y el de Alemania. Luego un rumor sordo y prolongado que anunciaba el embarque de la tripulación, y enseguida rechinamientos metálicos y una leve sacudida que anunciaba el principio del viaje submarino. Siguió un profundo silencio, aunque los estremecimientos del barco indicaban que corría bajo las aguas con vertiginosa rapidez. Lo que más sorprendía a Fanny era la impresión de frescura de una corriente de aire sin cesar renovada, como si se hallase en alta mar, sobre la cubierta de un vapor mercante.

Comunicó su observación a su padre, sin que éste pudiese explicarse el extraño fenómeno, y media hora después ambos dormían profundamente.

La estabilidad del barco era perfecta: ni la más leve sacudida delataba su carrera; y sin el zumbido de sus hélices, que sólo un oído experto habría podido percibir, diríase que la asombrosa nave descansaba aún en el seno de la cripta del Coco.

Daba el reloj seis sonoras campanadas cuando se despertaron casi a un tiempo los dos detenidos. Levantáronse y salieron al salón endonde un criado filipino se acercó a ellos respetuosamente y les dijo en mediano inglés:

—El desayuno está servido. Tengan la bondad de seguirme.

Los condujo al comedor, inmediato al salón, y separó un poco dos sillones arrimados a una mesa en la que vaheaban una cafetera y una tetera, y dos platos de huevos fritos con jamón. Magníficas frutas tropicales mostraban allí sus vivos colores en sendas bandejas. Ambos cautivos comieron con buen apetito, servidos por el obsequioso criado; y cuando terminaron, éste les dijo:

—Si quieren ustedes dar un paseo por el puente podrán gozar del aire puro de la mañana. Por aquí— añadió, encaminándose a una angosta escalera adosada a la pared del comedor.

Al emerger de la escotilla, el Secretario y Fanny quedaron extasiados. La cubierta del submarino, circunvalada por una barandilla de aluminio con placas de mica a modo de un biombo sin el cual habría sido imposible resistir el viento, mostraba en la popa una especie de Kiosko de acero con

paredes de tela transparente, a cuya sombra había cuatro mecedoras de junco. El sol reverberaba en el oriente con aúreas llamaradas, y el mar reflejaba aquel incendio con tonalidades inverosímiles, con una orgía de matices que jamás se ven en las paletas de los pintores.

El nautilo se había detenido. A pocas millas se dibujaba la línea oscura de la costa. Mr. Adams se explicó ahora la frescura de la noche pasada a bordo: habían navegado en la superficie para dar al submarino el máximum de velocidad; lo que no se explicaba era aquella repentina parada, debida acaso a algún desperfecto de la maquinaria.

Un rato después surgió por la escotilla de proa el rubio ingeniero comandante de la nave.

Inmediatamente corrió al encuentro de sus huéspedes y los invitó a sentarse bajo la toldilla de popa.

—¿No sospecha usted, Mr. Adams, en dónde estamos?

—Creo que delante de Puntarenas—contestó el interpelado—examinando la lejana orilla.

—No, señor—repuso el joven sonriendo:—nos encontramos enfrente de Panamá y von Stein ha ido a cerciorarse de que efectivamente están allí los ocho barcos a los cuales citamos en nombre de usted y que han de servirnos para obstruir el canal. Dentro de poco veremos aparecer el *Mora* a nuestro lado y después.....

—¡Roberto, Roberto! gritó Fanny, sacudida por espasmos violentos, premonitores de un ataque

histérico. ¡Eso es infame! ¿Por qué condenar a muerte a miles de hombres inocentes cuyo único delito es servir fielmente a su país? ¡Esto es monstruoso, inconcebible!

—Usted sabe, Fanny, que para adueñarse de Centro América, los Estados Unidos—la patria de usted—no vacilaron en sacrificar millares de compatriotas míos que no hacían más que defender su derecho. ¡Esto también fue mostruoso, inconcebible! Pero usted no lo calificó así entonces, porque las víctimas pertenecían a una raza distinta de la suya.

¿Con qué derecho pide usted compasión para quienes no titubearon en matar a patriotas mal armados?

Los latinos no tenemos ese instinto de crueldad que caracteriza a otras razas; si después de las matanzas de Puntarenas, Amapala y Acajutla hubiésemos tenido a merced nuestra algunos miles de yanquis, les habríamos perdonado la vida.

Yo no necesito la de esos infelices marinos que van a cruzar el canal, sino la mole de sus navíos para obstruirlo. Si en mi mano estuviere, les avisaría para que abandonasen sus barcos sin pérdida de tiempo; pero eso es imposible. ¡Duras necesidades de la guerra!»

Iba Fanny a replicar, enjugándose las lágrimas que a torrentes brotaban de sus ojos, cuando se escuchó una especie de hervor en las aguas vecinas y súbitamente surgió a estribar del *Cañas* un objeto gris y fusiforme sobre cuya cubierta aparecieron

como por encanto una barandilla de aluminio, una toldilla de popa y en la proa un estandarte rojo.

—¡Von Stein! gritó excitado Roberto, levantándose de su poltrona.

En la cubierta del recién llegado nautilo acababa de surgir, de gran uniforme, el conde alemán. Como los dos submarinos estaban apenas a pocos metros de distancia, los comandantes pudieron conversar perfectamente.

—¿Y bien? preguntó Roberto.

—Ahí están los ocho buques, sin sospechar nada, esperando al *Nicaragua*.

—Hay que telegrafiarles inmediatamente para que se pongan en marcha, von Stein. Pero ¿qué íbamos a hacer, comandante? ¿Nos hemos vuelto idiotas? ¿No íbamos a aplicar a los acorazados unas ventosas de *japonita* que los reduciría a polvo? ¡Imbéciles! Tome usted, comandante Stein, ocho torpedos de acción longitudinal que abran la quilla sin volar el barco. Así consiguiremos nuestro objeto y todos los tripulantes podrán desembarcar sanos y salvos en los bordes del canal. ¡Qué bruto fuí!— añadió, golpeándose la frente.

Fanny, sin poder reprimir un movimiento de admiración y de gratitud, sacudió cordialmente la diestra del ingeniero, quien después de responder con un efusivo apretón de manos a la sincera manifestación de la señorita, oprimió un botón que estaba debajo de una silla y el punto se elevó sobre el puente un mástil inalámbrico desprovisto de antenas

y con un pequeño casquete metálico en el tope. Roberto aplicó los labios a un tubo de caucho que se hallaba al lado de su asiento, y cuando acabó de dictar su despacho, se volvió a sus compañeros y dijo gravemente:

—Dentro de doce horas el canal de Panamá habrá cesado de ser una amenaza para el continente hispano-americano. Bajemos ahora al salón, señores, porque dentro de veinte segundos estaremos a diez metros de profundidad.

Antes de descender por la escotilla, detrás de sus dos cautivos, apretó Roberto un botón disimulado en la escalera y al instante desaparecieron el mástil inalámbrico, la toldilla y los sillones.

Ya en el salón, condujo a sus prisioneros a un ángulo, en el cual había un curioso aparato a medio metro de altura sobre una placa deslustrada.

—Aquí podrán ustedes observar todas nuestras maniobras en sus ínfimos detalles; si ustedes no quieren asistir a ellas, están en libertad de utilizar las dos horas que siguen como mejor les plazca.» El ingeniero desapareció enseguida por una escotilla que se abrió a su paso en el centro del salón, mientras el Secretario y la joven miraban ansiosamente la placa sin poder apartar de ella los ojos, como sugestionados por los terribles acontecimientos que ante ellos iban a desarrollarse.

Al principio nada vieron: en la superficie lechosa de la placa no apareció ni un punto oscuro. Inesperadamente se destacaron con toda precisión,

como en el vidrio de una cámara oscura, ocho manchas oblongas de diferente tamaño, que se movían casi en fila en una misma dirección.

—¡Son nuestros acorazados y carboneros! Exclamó excitadísimo Mr. Adams.

—Vistos por debajo—dijo una voz a su lado.—Ambos se sobresaltaron y volviendo el rostro vieron al ingeniero costarricense, que contemplaba ansioso la placa. Ahora navegan hacia el canal. Nosotros los vamos siguiendo a cincuenta metros de profundidad....¡Ah, ahí está! ¿Ven ustedes ese insecto negro que va a colocarse debajo del *Puerto Rico*, que navega a la cabeza de la línea?

«Pues es el submarino, *Mora* mandado por Von Stein, ansioso de vengar las derrotas que infligieron ustedes a los alemanes en el norte de Francia.»

Los objetos se precisaban con toda nitidez, pero reducidos considerablemente en sus proporciones como las imágenes de un Kodak o las que se perciben invirtiendo un anteojo de larga vista, esto es, mirando por el lado del objetivo.

Vieron entonces distintamente una especie de insecto negro que fué a colocarse debajo del *dreadnaught*, manteniendo la misma velocidad. Bruscamente se desprendió de la proa del nautilo un punto oscuro en el cual no era difícil reconocer un buzo vestido con una escafandra extraña, llevando en la mano algo como un saco cuyo cuello arrimó a la quilla del acorazado. Moderando luego la velocidad, fué a situarse debajo del segundo barco, y

con él y con los otros seis repitió idéntica operación.

Luego el insecto negro, virando en redondo, desapareció del campo de la visión, mientras las ocho manchas oblongas se ocultaban una tras otra en el borde oscuro de la placa.

Irguiéronse los tres y Mr. Adams dijo al ingeniero, dominando su estupefacción:

—¿Qué significa todo esto, Mr. Mora?

—Esto significa, Mr. Adams, la obstrucción del canal de Panamá y la disolución del imperio yanqui. Las ventosas, graduadas de acuerdo con la velocidad de cada buque, harán explosión a su debido tiempo sin volar los cascos: los abrirán apenas a lo largo de la quilla, y dentro de pocas horas ocho enormes masas de acero, impedirán el paso a las escuadras norteamericanas que en el Atlántico tendrán noticias de la invasión japonesa, sin poder evitarla. Para completar la obra vamos a subir a la superficie. Desde la cubierta del *Cañas* verán ustedes volar el único avión que poseemos, el cual va a destruir la esclusa de Gatún con cincuenta libras de *japonita*.

—¿No sabe usted—replicó con despecho mal reprimido el Secretario—que hay más de doscientos aeroplanos del tipo más perfeccionado, al servicio de las defensas del Canal?

—Quiera Dios, Mr. Adams, que esas naves aéreas no se encuentren al paso de la nuestra.

Para evitar inútiles sacrificios de vidas humanas

y no dejar columbrar a vuestros ingenieros mi secreto, he dado orden al capitán del avión *Anita* para que vuele por encima del canal a pocos metros de altura. Su velocidad de doscientos cincuenta kilómetros por hora le pone a salvo de los ataques desde tierra; los aeroplanos serán incapaces para perseguirlo y sus bombas podrán dañar las obras de las orillas sin causar daño alguno al agresor.»

La cariñosa Fanny miró desconsolada a su padre, el cual había inclinado la cabeza. Tanto ella como el inteligente Secretario comprendieron por lo que hasta entonces habían presenciado, que no había la menor jactancia en lo que pronosticaba el ingeniero y que aquellos diabólicos piratas no amenazaban en vano.

Roberto se acercó a un tablero que había en la pared del salón y apretó un vidrio cuadrado.

El nautilo se estremeció, oyóse una especie de resoplido, y el costarricense, consultando su reloj, murmuró:

—¡Cinco segundos!

Y dirigiéndose a los dos detenidos les dijo:

—Si ustedes gustan iremos sobre cubierta a respirar aire fresco.

Subieron por la escotilla y salieron por el lado de popa, endonde estaban los cuatro sillones abrigados por la toldilla. En el centro del submarino un biombo o mampara metálica impedía ver la parte de proa. El océano, azul y tranquilo, parecía un

espejo, rizado de cuando en cuando por la brisa; hacia el oriente se esfumaba la playa distante, bordada de escollos contra los cuales se estrellaban las olas coronadas de blanca espuma.

Roberto se llevó a los labios un silbato, y antes de apagarse la aguda nota, se oyó un prolongado zumbido como el de un enjambre, y un objeto pisciforme se elevó de la proa del nautilo y desapareció.

Mr. Adams asestó a él sus gemelos, pero no tuvo tiempo de observar la curiosa máquina; sólo si se dió cuenta de que no estaba provista de las enormes alas de los aviones y de que a cierta altura era del todo invisible.

—Si a ustedes les parece, almorzaremos sobre cubierta, siguiendo el ejemplo de Von Stein—prosiguió Roberto,—señalando hacia el oeste.

A unos cincuenta metros de distancia flotaba el submarino *Mora*, y en la toldilla de popa el alemán en compañía de dos camaradas colorados y corpulentos, estaba sentado delante de una mesa sobre la cual se veían brillar varias botellas.

Como sus prisioneros no pusieron objeción, tocó Roberto un timbre y dió algunas órdenes en voz baja al criado que se presentó a su llamamiento.

Servidos con refinamiento exquisito y una abundancia de manjares que raras veces se encuentra a bordo, los tres hicieron honor a los diversos platos y probaron tres o cuatro vinos añejos que contribuyeron a disipar un tanto la tristeza de Fanny y de su padre.

—Mientras regresa nuestro aeroplano *Anita*—dijo Roberto al apurar la última copa de madeira, deseo exponer a ustedes otros puntos de vista del problema que estamos resolviendo, porque no quiero que personas ilustradas y de recto juicio como ustedes juzguen mi obra con el criterio apasionado y ciego del vulgo.»

«España no se cuidó poco ni mucho de ilustrar a los colonos que vinieron a poblar los ricos países del Nuevo Continente; no pensó más que en explotarlos para aumentar las rentas de la corona y en eso estuvo su capital error.

«Si a la relativa autonomía que Inglaterra concede a sus colonias hubiese España agregado mayor protección para sus súbditos, a estas horas todas las repúblicas de Hispano-América estarían al lado de la madre patria dispuestas a formar una liga fraternal para defenderla y defendernos contra la agresión de otras razas. Convertidas bruscamente en repúblicas, las antiguas colonias se encontraron desorientadas, sin la preparación conveniente para regirse por sí mismas. Siguiendo el criterio erróneo de la metrópoli, el mismo adoptado por Napoleón I, creyeron que su salvación estaba en fomentar la enseñanza superior y profesional, descuidando la primaria, que es la base de las democracias. Desenfrenados ambiciosos y aventureros desalmados se aprovecharon hábilmente de ese estado de cosas y del arma formidable de una masa analfabeta, fuerza inconsciente como la de los estúpidos bueyes, y

gracias a ella pudieron entronizarse por largo tiempo abominables dictaduras cuyos horrores hacen olvidar las crueldades de los Nerones y Calígulas. El reducido grupo de intelectuales, los menos por patriotismo, los más por el despecho de verse excluídos del banquete, conspiran continuamente manteniendo a estos países en perpetua agitación y desacreditándolos a los ojos de las naciones cultas. Y lo peor es que los agitadores, en vez de arreglar sus asuntos dentro de casa, cuando se ven en peligro no exponen la vida por la libertad, sino que van a pedir protección al representante de los Estados Unidos, cuyo Gobierno sonríe compasivamente como diciendo al mundo: «Lo ven ustedes? Estos pueblos necesitan mi intervención para vivir en paz».

Y los obcecados ciudadanos que solicitan esa fatal protección, coadyuvando neciamente a la realización de las ambiciones norteamericanas, echan en olvido la fábula del caballo, que deseando vengarse de un toro, pidió auxilio al hombre. Este montó sobre el potro y dió muerte al toro: pero luego no quiso bajar de los lomos del bruto y lo conservó bajo su dominio en pago del servicio. Si estos pueblos estuviesen educados cívicamente, darían un puntapié a los ambiciosos intrigantes y sabrían labrarse por sí solos la felicidad».

—Precisamente—exclamó Mr. Adams, interrumpiendo a su interlocutor.—Mi patria no tiene más miras que las de educar a estas repúblicas en las prácticas de la democracia a fin de ponerlas en

aptitud de gobernarse por sí mismas, dentro de la esfera de la moralidad y la ley.

—Y para lograr tan nobles fines—repuso irónicamente el ingeniero—los Estados Unidos fomentan nuestras discordias intestinas, quitan y ponen gobernantes a su antojo, y cuando estas repúblicas liliputienses protestan contra la imposición, las invadén a mano armada y ametrallan sin compasión a sus habitantes. ¡Valiente educación cívica!»

Iba a replicar furioso Mr. Adams, cuando hacia la proa del nautilo apareció en el cielo un punto negro que en breve se transformó en una nave pisciforme en cuyo costado se veía como un torbellino de hélices diminutas, cuyo rumor no fué perceptible sino cuando el aparato aterrizó sobre la proa del *Cañas*, saludado por los clarines de los dos submarinos.

Fué tan rápido el arribo del avión, que Mr. Adams no tuvo tiempo de observarlo con sus gemelos. Poco después desapareció la mampara que dividía en dos la cubierta del submarino, y ante Roberto y sus prisioneros se presentó un hombrecillo, japonés por sus facciones, con el traje de aviador y las gafas sobre la frente.

—¡Valiente Oyama!—exclamó Roberto, estrechándole cordialmente la diestra. ¿Y bien?

El japonés saludó militarmente y respondió en inglés con los ojillos brillantes de satisfacción y de malicia.

—General, todo salió perfectamente. Bastó medio quintal de japonita para volar la esclusa y a estas horas ocho cascos enormes interceptan el paso del canal.

—¿Y no te descubrieron?

—Claro está. Apenas me acerqué a la esclusa volaron por encima no menos de veinte aviones; sólo que temerosos de dañar las obras, no me obsequiaron con sus obuses. Pude destruirlos a todos, pues llevaba suficiente provisión de cohetes; pero pensé que los pobres muchachos que tripulaban los aeroplanos tenían madre, que, como la mía, esperaba ansiosa el regreso del hijo; así pues resolví no utilizar los proyectiles sino en caso de necesidad extrema.»

Mr. Adams y Fanny miraron al japonés con una expresión de infinita simpatía; y le habrían tendido las manos con la cordialidad característica del norteamericano, si en su calidad de prisioneros no hubiesen considerado aquel espontáneo movimiento como muestra de servil sumisión.

—Hizo usted bien—repuso gravemente Roberto—y en nombre de la humanidad le doy mis cordiales felicitaciones.

—No corrí peligro alguno, continuó Oyama, pues la velocidad del *Anita* le hace invulnerable; temo, sin embargo, que me hayan perseguido y que antes de diez minutos tendremos que sumergirnos.

—¡Sumergirnos! ¿Y para qué?—repuso con cierta aspereza Mora—¿Olvidas, Oyama, que podemos permanecer tranquilos en la superficie del mar sin ser descubiertos por los aviones? Es tan fresca aquí la brisa, que no tengo la menor intención de sumergirme a cincuenta metros de profundidad para respirar aire artificial.

Sacó del bolsillo un objeto prismático, semejante a un estereoscopio, y dirigiéndolo al cielo, gritó de pronto:

—¡Ya vienen! ¡Uno, dos....ocho! Mr. Adams, yo podría, usando del derecho de legítima defensa, destruir esos ocho aeroplanos. En lugar de hacerlo, vamos a presenciar sus inútiles tentativas para localizarnos.

Se levantó de su asiento y dió vuelta a una perilla que resaltaba en uno de los postes de aluminio que sostenían la toldilla. Al punto desaparecieron, como en las comedias de magia, la mampara, el aeroplano que había aterrizado en la proa y la cubierta de lona con las cuatro poltronas de junco, mientras una especie de velo sutil y verdoso, tendiéndose lentamente de popa a proa, envolvía al submarino.

—Desde arriba, dijo Roberto sonriendo, no verán más que un oleaje, perfectamente simulado. En cambio, nosotros podremos seguir todos sus movimientos y aún deshacernos de nuestros atacantes si fuere preciso.

Entonces los prisioneros se fijaron en que sobre el puente del nautilo había dos tubos largos y delgados, idénticos a los que vieron en el canal subterráneo de la isla del Coco, apuntados hacia el cielo.

Mientras Fanny y su padre cambiaban una triste mirada, el general seguía los movimientos de los ocho aviones norteamericanos con gesto despreciativo, y bajando su extraño anteojo, dijo:

—Ya se van. Perdieron la esperanza de encontrarnos y regresan a su casa.

Los ocho puntos negros, en efecto, volabán hacia el sudeste, reduciéndose en sus proporciones, hasta que desaparecieron del todo.

Mora oprimió con el pie un botón cuadrado que sobresalía en el piso de la popa, y de nuevo aparecieron como por encanto las poltronas y la toldilla, en tanto que el velo verdoso se recogía lentamente hacia la proa, permitiendo a los pasajeros admirar el grandioso espectáculo del océano y del zafirino cielo que se besaban en el horizonte.

Tocó Roberto un botón eléctrico embutido en el segundo poste de aluminio de la toldilla, y por el escotillón que se abrió a sus pies apareció el telegrafista filipino.

—Jisó, trasmite al Emperador este despacho, añadió escribiendo en su libreta lo que dictó en voz alta:

—«Tokio—Japón. Canal obstruido.—R. M.»

Jiso corrió a la puerta central de la cubierta y en el piso buscó algo durante varios segundos. Súbitamente se elevó un esbelto mástil que sin duda yacía a lo largo del puente, y a su pie surgió un minúsculo aparato en el cual el filipino se puso a trabajar activamente. Cuando terminó, volvióse Roberto a sus compañeros:

—Hemos terminado nuestra misión.

Vamos ahora a emprender un largo viaje, que procuraré hacer lo menos desagradable posible para

ustedes. En mi ánimo no hay odios ni venganzas; lucho únicamente por la justicia.»

A una indicación suya descendieron todos por la escotilla, en tanto que él permanecía sobre cubierta, en donde tocó diversos botones eléctricos.

Pocos segundos más tarde el nautilo se hundió bajo las olas y emprendió hacia el Norte una marcha vertiginosa, que sus habitantes eran incapaces de apreciar.

Navegaron así unas tres horas y después el barco moderó su velocidad.

El Secretario y la bella señorita se habían recostado en los lechos de su camarote, silenciosos y preocupados.

Un discreto golpecito a su puerta les hizo levantarse y se encontraron en presencia de Roberto.

—De aquí en adelante navegaremos a flor de agua hasta llegar a nuestro destino, porque no hay peligro alguno. Pueden ustedes subir sobre cubierta cuando lo tengan a bien y pedir por teléfono todo lo que les haga falta.» E inclinándose ceremoniosamente desapareció sin aguardar respuesta.

Los prisioneros salieron al salón y después de tomar un refrigerio en el comedor, subieron sobre cubierta por la escotilla de estribor.

Con un andar medio de doscientos kilómetros por hora, el CAÑAS, rumbo al norte, se deslizaba como una saeta, seguido por el MORA a media milla de distancia. Ambos submarinos ostentaban en la popa la bandera roja y en la proa la poderosa

antena inalámbrica. Hacia el oriente, a más de cien millas, una raya irregular y negruzca señalaba la costa del istmo. El Secretario Adams pudo distinguir con sus gemelos sucesivamente, gracias a sus viajes y a sus profundos estudios geográficos, la bahía de San Juan del Sur, la ensenada de Corinto, el golfo de Fonseca y los puertos salvadoreños de La Libertad y Acajutla.

Ni un aeroplano manchaba el cielo, ni una columna de humo ennegrecía la esmeraldina llanura del océano.

Navegando a tan corta distancia de tierra, era inexplicable para el Ministro de Marina que hasta entonces no hubiesen topado con algún barco de las cuatro líneas que a la sazón hacían el servicio entre los Estados Unidos y su productiva colonia de Centro América; y más aún, que no se hubiese presentado ningún buque de guerra de los doscientos que por orden suya debían vigilar día y noche la costa del Pacífico.

Después de registrar con su anteojo todo el horizonte, exclamó Mr. Adams, mirando sorprendido a Fanny:

—¿No ha quedado, pues ningún buque en estos mares?

—Están todos, sin distinción de nacionalidades, reconcentrados en los puertos, le respondió el costarricense.

—¿Quién puede haber dado esa orden?

—Usted mismo.

—¡Yo!

Mejor dicho, fuí yo quien dió la orden en nombre de usted. ¿No le ha llamado a usted la atención que los ocho cruceros que hundimos no esperaran la llegada del *Nicaragua* para atravesar el canal? Pues fué porque recibieron un despacho en clave por el cual el señor Secretario les ordenaba pasar sin demora al Atlántico y esperar sus órdenes en Puerto Limón.

Mr. Adams se puso lívido. Avanzó amenazante hacia Roberto, mordiéndose los labios y apretando los puños.

—¡Eso es una infamia, señor! ¡Una acción indigna! Usar así mi nombre para consumar la ruina de nuestra escuadra, de *mi* escuadra, pues soy yo quien la he convertido en la más potente del mundo.

Roberto sonrió maliciosamente; pero no dijo lo que pensaba de ese poderío por no exasperar más al Secretario.

—Mr. Adams, perdone usted el abuso de confianza, igual al que cometió su futuro yerno cuando trató de utilizar el telégrafo de la isla; pero no había otro medio para obstruir el canal y para navegar nosotros en la superficie disfrutando de aire puro y panoramas espléndidos.

Tan furioso estaba el americano que sin responder volvió la espalda y bajó a su camarote, seguido de su hija, y en el resto del día no volvió a la cubierta del submarino sobre la cual permaneció el ingeniero dos horas, manipulando activamente en el aparato inalámbrico.

VIII

LA CAIDA DEL AGUILA

Era la mañana del primero de Mayo de 1925. A treinta leguas de tierra dos objetos fusiformes, grises y sin ningún relieve, se balanceaban mecidos por las olas como dos ballenas dormidas. El sol naciente convertía la superficie del mar en un juego de mudables luces, en las que alternaban chispas doradas, tonos bronceados, hilos de plata y una gama inagotable de matices amarillos, purpurinos y verdes. El aire parecía saturado de los olores de la primavera: el océano se adormilaba arrullado por la perfumada brisa y acariciado por la aurora, trocando su implacable furia en un leve gruñido y uno que otro latigazo a los costados de los barcos para recordarles que estaban a merced suya en cualquier momento y que la industria humana no había logrado vencer todavía al eterno Prometeo.

Ambos nautilos estaban protegidos por la malla verdosa que los volvía invisibles. La precaución no era inútil, pues dos o tres veces aparecieron en el

límpido firmamento varios puntos negros, revoloteando como las moscas y se alejaron hacia el Este.

A eso de las ocho, después que el velo protector se descorrió lentamente, brotaron de improviso de la cubierta de los dos submarinos la barandilla de aluminio, la toldilla de popa y el mástil del inalámbrico, Al cabo de un rato apareció sobre el CAÑAS el rubio comandante, quien por espacio de algunos minutos inspeccionó el cielo con la extraña caja que le servía de anteojo. Acercóse luego al telégrafo, que en aquel momento recibía un despacho, y a medida que lo traducía brillaba en su rostro la más profunda satisfacción. Sentóse en un sillón, tocó un timbre, y al criado que se presentó por la escotilla, le dijo:

—Diga Ud. a Mr. Adams, a su hija y al Dr. Valle tengan la bondad de subir inmediatamente.

Sírvanos aquí el desayuno.

Aplicó enseguida la boca a un tubo de caucho adherido a uno de los pies de la mesa y preguntó:

—¿Está allí el segundo?

—Presente, mi comandante.

—¿Está lista la tripulación?

—Enteramente.

—Bueno. Ordene usted al mayordomo que dé a cada uno de nuestros valientes muchachos media botella de champaña, antes que suban sobre cubierta y a los músicos que preparen sus pulmones, porque nuestro himno ha de oirse hasta en los últimos rincones del mundo.

Con la mayor tranquilidad encendió un cigarro y se recostó en la poltrona, fijando los ojos en la puerta de la escotilla.

No había trascurrido un cuarto de hora, cuando asomaron por ella Fanny, su padre y detrás el joven hondureño.

El secretario, con el entrecejo fruncido, apenas contestó al saludo del costarricense. Fanny estaba pálida y ansiosa, y el doctor Valle, con el rostro inundado de júbilo, sacudió vigorosamente la mano de su camarada.

—¿Ya?—le preguntó entusiasmado.

—Dentro de media hora—replicó Roberto.—E inclinándose ante sus dos cautivos, dijo:

—Espero que ustedes se dignarán tomar el desayuno con nosotros. Así tendrán el placer de saludar antes de mucho a su compatriota Jack.

Fanny abrió los ojos desmesuradamente, a la vez que la estupefacción reemplazaba en el rostro de su padre el gesto hosco y desdeñoso que había mostrado hasta entonces.

—¿No sospecha usted donde estamos, Mr. Adams? —prosiguió Roberto con su eterna sonrisa burlona.

El Secretario de Marina se encogió de hombros, como aquel a quien se dirige una absurda pregunta.

—Enfrente de San Francisco de California,—continuó el ingeniero, poniéndose serio.

- ¡Imposible!

– ¡Otra vez esa palabra, Mr. Adams! ¿Todavía no se convence usted de que no hay nada imposi-

ble para la voluntad humana cuando persigue una causa noble?

Presentóse el sirviente con el desayuno y los cuatro se sentaron a la mesa. Roberto y el doctor comieron con apetito; pero los dos norteamericanos apenas apuraron una taza de té, embargados por indecible preocupación.

Cuando el comandante apartó su plato y encendió un aromático habano, dijo friamente:

—Antes de media hora tendremos a la vista la escuadra japonesa. El imperio del Sol Naciente ha declarado la guerra a la poderosa República del Norte. Esta tarde un millón de nipones ocuparán el estado de California y antes de tres días quedará disuelta la formidable Unión que se había convertido en una amenaza para la libertad del mundo.

El Secretario acogió estas frases con una carcajada sarcástica.

—Si la guerra fué declarada ayer, a estas horas estarán concentrados en San Francisco trescientos barcos de guerra, dos millones de soldados y mil quinientos aviones del tipo más moderno. Hace años que esperábamos la agresión de los amarillos y estábamos preparados para recibirlos dignamente.

¡Ah, Mr. Adams, Mr. Adams!—replicó Roberto, meneando tristemente la cabeza: aún es tiempo de evitar espantosas desgracias. Utilice usted nuestro inalámbrico y diga a sus compatriotas que no opongan resistencia, porque es inútil. ¿A qué el estéril sacrificio de miles, talvez de millones de vi-

das? Se lo ruego en nombre de la humanidad, horrorizado de pensar en la inmensa hecatombe que nos veremos obligados a hacer sin objeto alguno.»

Era tan vehemente el tono del joven, que no dejó de impresionar profundamente al Secretario y a Fanny.

—Ya usted ha visto lo bastante, Mr. Adams,— siguió diciendo Roberto—para cerciorarse de que disponemos de recursos hasta ahora nunca vistos para aniquilar escuadras y ejércitos. ¿Por qué no evitar más desgracias? ¿No luchamos nosotros por la emancipación de los pueblos? ¿Hemos de destruirlos para hacerlos libres? Yo se lo ruego, Mr. Adams: para mí es tan dolorosa como para usted la muerte de tantos inocentes.»

El Secretario se quedó meditabundo y visiblemente conmovido, mientras que Fanny, con los ojos preñados de lágrimas, contemplaba con admiración a aquel hombre extraordinario, armonioso conjunto de superior inteligencia, de inquebrantable voluntad y de generosos sentimientos.

Después de una larga pausa, Mr. Adams replicó:

—Yo no puedo hacer lo que usted solicita. En primer lugar mi mensaje no sería creído, porque verían claramente que estoy prisionero y que obro bajo la presión de mis carceleros; en segundo lugar, porque sería considerado como un cobarde o un traidor, y por lo mismo mi advertencia sería inútil; y finalmente, señor Comandante, porque en mi país somos algo escépticos y no nos convencemos sino

cuando tenemos la irrefutable prueba de los hechos.

—Está bien—replicó con acento solemne Roberto, poniéndose de pies. He hecho todo lo posible para evitar un inútil derramamiento de sangre. Sobre usted, Mr. Adams, pese la responsabilidad de lo que va a suceder en breve.»

Dió algunos paseos por la cubierta, llevando en la diestra su curioso anteojo, e inopinadamente lanzó un grito:

—¡Ahí está!

Todos se levantaron y volviendo la vista en la dirección indicada por el ingeniero, vieron a una legua de distancia hacia el oeste un punto rojo que avanzaba como una flecha.

—¡Es el *Blanco*, al mando del capitán Amaru!—exclamó Roberto.

Navega a media velocidad para inspeccionar el campo, ¡Ah! Ya nos divisó!»

Una columna de humo bronceado, ocupó de pronto el lugar del rojo pabellón, y Roberto, apretando con el pie un tornillo exagonal que estaba en el extremo de la popa, produjo una humareda semejante, que se desvaneció en pocos segundos.

Pasados tres minutos, el submarino *Blanco* se detuvo a unos cincuenta metros de sus hermanos gemelos, y una minúscula gasolina se desprendió de su costado de estribor. Cuando atracó al *Cañas*, saltó sobre cubierta el capitán Amaru, y cuadrándose delante dijo respetuosamente:

—General, la escuadra me sigue a corta distan-

cia y dentro de un cuarto de hora estará a la vista. Todo va bien.

Recibimos vuestros despachos y os felicitamos por el buen éxito en Panamá.»

—Un abrazo, Amaru. ¿Y el teniente Cornfield?

Una nube de tristeza invadió el semblante del nipón, quien por un momento pareció vacilar, mirando a Fanny, que había palidecido extraordinariamente.

—Capitán—dijo con voz firme el Secretario de Marina:—mi hija y yo tenemos ánimo bastante para soportar nuestros infortunios presentes y los que nos esperan en lo porvenir. ¿Qué ha sido de Jack?

—A bordo fué tratado con toda clase de consideraciones, como puede atestiguarlo la tripulación entera. Pareció poseído de rabia cuando presenció la salida de nuestra escuadra y las maniobras de los aviones; y hace tres horas apenas, cuando sobre la cubierta de mi barco contemplaba asombrado su prodigiosa rapidez, se levantó de repente de su silla y acercándose a la borda se arrojó de cabeza al mar. Es tal la velocidad del nautilo que cuando se detuvo estábamos a más de un kilómetro de distancia. Regresó al punto al lugar del siniestro, pero nuestras pesquisas fueron vanas.»

Fanny lanzó un grito desgarrador y se abrazó sollozando a su padre, el cual acarició su cabecita, tratando de consolarla.

Roberto, entristecido, se dirigió al Secretario.

—Mr. Adams, todavía es tiempo de evitar nuevas

desgracias. ¿Quiere usted telegrafiar a su Gobierno? El inalámbrico está a su disposición.»

El Ministro de Marina, ocupado en consolar a su hija, no contestó palabra.

Roberto dirigió entonces sus pasos a la borda, y examinando el Oeste con su caja semejante a un estereoscopio, prorrumpió de improviso en exclamaciones de júbilo.

—¡La escuadra! gritó el doctor Valle.

Abrióse entonces una ancha escotilla en la proa del *Cañas*, y cien marinos, con uniforme de gala y la banda a la cabeza se alinearon sobre la cubierta del submarino.

Por el lado de Occidente apareció un soberbio espectáculo: en un frente de más de tres leguas avanzaban dos mil barcos en tres filas, en correcta formación como un regimiento de infantería; encima de ellos, a mil metros de altura, volaban en una sola fila mil puntos negros. Hay en El Salvador unos gavilanes que al terminar la estación lluviosa emigran hacia la costa. Por espacio de varios días se les ve volar a considerable altura, lenta y majestuosamente, como un disciplinado ejército. Observando áquellos mil aeroplanos se recordaba a los *azacuanes* salvadoreños por la serenidad de su vuelo y la regularidad de sus filas.

La misma Fanny, dando treguas a su dolor, no pudo menos de volver los ojos hacia el maravilloso cuadro; su padre parecía alelado y el joven hondureño, agitando su quepis, saludaba frenéticamente.

—¡Por Dios, Mr. Adams, todavía es tiempo! gritó Roberto.

El aludido, sin contestar, continuó mirando las dos escuadras aérea y marítima, cual si desconfiara de su fuerza y esperase que las de su patria dieran buena cuenta de ambas.

Bruscamente aparecieron del lado de la costa centenares de puntos negros a diversas alturas, describiendo caprichosas espirales. Casi un tiempo se iluminaron todos con un resplandor azulado y se oyó un estruendo sordo y continuo como el de una artillería lejana.

Los aviones americanos atacaban. Mr. Adams, que observaba emocionado la escuadra aérea del Japón, esperando ver caer algunas unidades bajo el fuego de sus paisanos, fué testigo entonces de algo que le hizo enmudecer de pasmo.

Los mil aeroplanos nipones, en una sola fila, se habían detenido, permanecían inmóviles como los colibríes al chupar las flores. Ni uno solo fué derribado. Parecían peces sin alas, sostenidos por hélices invisibles.

De pronto se desprendió de cada uno de ellos un objeto semejante a un cohete enorme. Aquellos mil dardos dirigidos contra los aviones norteamericanos los persiguieron tenazmente como los sabuesos a las tímidas liebres.

En vano los aeroplanos yanquis se elevaban, descendían o giraban locos de terror: tras ellos iban los cohetes siguiendo el vacío que dejaban las naves.

en su vuelo, e iban a adherirse bruscamente a la popa, produciendo sordas explosiones. Veíase luego un copo de humo bronceado, inmóvil, macizo, y enseguida se distinguían restos de máquinas, de cuerpos humanos y de objetos extraños que por todas partes llovían al mar como las cenizas de una erupción volcánica.

Los mil quinientos aeroplanos que defendían a San Francisco habían dejado de existir!

Fanny perdió el conocimiento y su hermosa cabeza se dobló hacia atrás en el respaldo de su sillón de junco.

Acudió su padre a prodigarle sus cuidados, y aquel fiero sajón avezado a las luchas de la vida y a arrostrar con semblante sereno la mala fortuna, tenía el suyo demudado y a duras penas lograba contener sus lágrimas.

—Usted lo ha querido así, Mr. Adams, exclamó severamente Roberto. Ahora, ya es demasiado tarde. Antes de media hora esos mismos aviones que constituyen mi orgullo de inventor mecánico, habrán hundido los doscientos barcos de guerra estacionados en el puerto. La escuadra japonesa no disparará un solo cañonazo; todo será obra de mis temibles pájaros de metal. Con cincuenta libras de *japonita* echarán a pique el más gigantesco *dreadnaught*. Tampoco el ejército amarillo tendrá ocasión de luchar con el yanqui. Tres o cuatro horas serán suficientes a mis pájaros mecánicos armados con el infernal explosivo inventado por Amaru para reducir a polvo el ejér-

cito de dos millones, encargado de defender la costa del Pacífico.

Usted y sólo usted, Mr. Adams, será ante la Historia el responsable de tantos horrores.»

Vibraba con la indignación la voz del costarricense, impresionando visiblemente al Secretario y a su hija, la cual había ya vuelto en sí.

Mr. Adams inclinó la frente bajo la tremenda acusación. Efectivamente, él se había burlado al principio del supuesto poderío de los enemigos de su patria, creyendo que sus asertos eran simples baladronadas; ahora que se había convencido objetivamente de que los piratas contaban con recursos que sin exageración podían calificarse de sobrenaturales, el viejo político lamentaba la ceguedad que la impidió avisar a tiempo a sus conterráneos el tremendo peligro que se cernía sobre sus cabezas.

Su terquedad había ocasionado la pérdida de toda la escuadra aérea del Pacífico. Su exagerado amor propio, impidiéndole aconsejar a sus paisanos la rendición incondicional e inmediata, como la proponía Roberto, iba a producir la ruina de doscientos barcos de guerra y de casi otros tantos miles de valientes e instruídos marinos, y más tarde la destrucción de todo el formidable ejército del Oeste.

Una horrible lucha de encontrados sentimientos parecía desarrollarse en el alma del orgulloso yanqui a quien su hija hablaba cariñosamente a media voz; al fin, dirigiéndose a Roberto, que registraba el

firmamento con su curioso estereoscopio, le dijo excitado:

—Señor comandante, yo no puedo permitir esa estúpida y salvaje carnicería. Voy a dar órdenes a la escuadra para que se rinda sin presentar combate, y a comunicar a mi Gobierno la necesidad de que el ejército haga lo mismo.»

—Es demasiado tarde, murmuró tristemente el joven rubio. La flota norteamericana ha iniciado el ataque y dentro de quince o veinte minutos los doscientos barcos estarán en las profundidades del océano.

¡Esto es horrible, monstruoso! Señores—añadió dirigiéndose a los presentes—quiero que ustedes sean testigos de que hice cuanto pude por evitar este paso extremo. Dejo a Mr. Adams todo el peso de la responsabilidad moral de lo que va a ocurrir».

Durante uno a dos minutos hubo un silencio profundo, amenazador, interrumpido apenas por el sordo gruñido de los motores de los tres nautilos que navegaban lentamente, apareados, para presenciar el combate.

En el cielo, en perfecta formación y a considerable altura, estaban los mil aeroplanos inmóviles como los colibríes al libar el néctar de las flores.

Las tripulaciones de los submarinos miraban hacia arriba y las bandas dejaron de tocar. Se oyó luego un estruendo lejano, luego otro y otro, hasta que se fundieron todos en el ruido continuo y formidable de un Niágara. El espacio se pobló de pun-

tos brillantes y de copos de vapores blancos y verdosos, como si llovieran millones de aerolitos.

¡Cosa inaudita! Aquellas poderosas bombas no llegaban hasta los aviones japoneses y estallaban muy por debajo, sin derribar ninguno. Los artilleros norteamericanos desconcertados suspendieron el fuego y entonces se vió un espectáculo espeluznante. Los aviones, rompiendo sus filas, avanzaron un poco y se situaron en formación irregular, como si cada uno tuviera su particular objetivo. Enmedio del silencio que siguió a las infinitas andanadas de los barcos, resonó una explosión formidable, una señal indudablemente, pues antes de extinguirse sus vibraciones se vió caer de los aeroplanos objetos negros que descendían como centellas.

No hay palabra en ninguna lengua capaz de expresar la terrible impresión que en el oído puede producir la voladura casi simultánea de doscientos acorazados provistos de muchas toneladas de explosivos. Se vieron surgir del mar, a larga distancia infinidad de geiseros; la presión del aire fue tan terrible que en la cubierta de los submarinos muchos cayeron de espaldas y todos creyeron que sus pulmones iban a estallar.

Pasado el primer momento de estupor, el comandante del *Cañas* recorrió con su anteojo el mar, y al bajarlo dijo con sincera pena:

—Toda la escuadra ha sido destruida, sin escapar ni un bote ni un tripulante. Ahora nuestros aviones van a atacar las defensas de San Francisco

y a volar los campamentos. A la noche, nadie podrá impedir que un millón de japoneses ocupen militarmente el Estado de California. Pasado mañana, si la Gran República no se somete a las condiciones que la democracia impone a los imperios militares como el de Napoleón, o plutocráticos como éste, nuestra escuadra aérea reducirá a cenizas a Nueva York, a Chicago y a Wáshington; ¡y si quisiera podría en menos de un mes borrar las trazas de la dominación anglo-sajona en Norte América. *Podemos* hacerlo, pero no *queremos*. Ustedes, en cambio, Mr. Adams no tendrían el menor escrúpulo en utilizar tan poderosos medios de destrucción contra la raza latina a fin de sustituirla por otra más vigorosa y activa.»

Hacía largo rato que Mr. Adams permanecía ensimismado, como si lo trágico de la escena última hubiese suspendido el proceso regular de su vigoroso cerebro.

En vano Fanny se esforzó por darle ánimo y hacerle recobrar su serenidad habitual; el Secretario de Marina, callado, sombrío y con semblante inexpresivo parecía haberse idiotizado repentinamente. En puridad de verdad, había motivo más que suficiente para perder la razón. La gran escuadra creada a costa de tantos sacrificios, dotado de todos los perfeccionamientos más ingeniosos de la ciencia náutica, aquella escuadra que Mr. Adams suponía invencible, capaz de enfrentarse a todas las del mundo....¡hundida en pocos minutos por unas cuantas naves aéreas

cuyo aspecto no tenía absolutamente nada de imponente!

Los aviònes, recobrando su primitiva formación, avanzaron serenamente hacia el Este. Los tres nautilos permanecieron al pairo en espera de noticias, y Roberto ordenó que sirviesen el *lunch* a sus prisioneros, al doctor Valle, y a los comandantes del MORA y del BLANCO, que acababan de desembarcar en la cubierta del CAÑAS, obedeciendo a la invitación del general en jefe.

Von Stein, el capitán Amaru y Roberto se abrazaron cariñosamente sin poder ocultar su emoción. Su obra redentora y altruista estaba en vísperas de cumplirse. Rendido el ejército americano y desarmado el mundo entero, los pueblos comenzarían a gozar por primera vez de su libertad y a labrarse por si mismos su bienestar y su independencia.

La mesa de popa ostentaba delicados ornamentos alegóricos y media docena de botellas de champaña.

Con el capitán Amaru desembarcó el salvadoreño Delgado, a quien sus camaradas recibieron como a un hermano. El politécnico venía entusiasmado.

—Queridos amigos ¡qué espectáculo, qué prodigio! Nada me queda por ver en el mundo y ahora podría morir tranquilo, pues no es posible experimentar emoción superior a la de esta mañana.

Figúrense ustedes el *Blanco* a media máquina, encabezando la expedición, detrás dos mil embarcaciones entre acorazados, cruceros y transportes, y en el aire, como un regimiento de granaderos, mil

aeroplanos, cuyo poder conocíamos como incontrastable. —Me dieron ganas de convertirme en jefe de las fuerzas y conquistar toda la tierra. En un mes, se habría realizado el eterno ideal de los reyes orientales, y aún occidentales, de tener a la humanidad esclavizada al servicio de un hombre sólo que ese emperador no se llamaría Ciro ni César, sino Manuel I.

—Y al día siguiente de inaugurado tu gobierno autócrata—repuso fríamente Roberto—dejarías de existir.»

El simpático militar cuzcateco abandonó de repente su tono jovial y prosiguió formalizándose:

—¡No, no! Se acabaron los tiranos. Yo no pretendo ser el último. Solamente quisiera en nombre de la humanidad, que nos sirvieran el almuerzo, pues hace seis horas que no pruebo bocado.»

Llamó Roberto a los criados y mientras preparaban la mesa fijó sus miradas en el triste grupo formado por el Secretario y su hija.

—Fanny lloraba silenciosamente, recostada en el hombro de su padre. El Secretario miraba obstinadamente al suelo, como sin darse cuenta de la intensa aflicción de la adorable niña.

Cuando los mozos sirvieron los primeros platos de la opípara comida, que Mr. Adams y Fanny ni siquiera probaron, se descubrió en el cenit un punto negro y casi enseguida descendió sobre la cubierta del *Cañas* algo a modo de un paracaídas pequeño, que resultó ser un ramillete de frescas flores en el cual venía atado este billete:

—«General Mora.—San Francisco, capituló».—«Enviamos a Wáshington ultimátum.—W. Z.»

La gran flota japonesa comenzó a desfilar ante los tres submarinos que se mantenian al pairo; pasaron no menos de trescientos grandes acorazados, unos quinientos cruceros y gran cantidad de transportes a cuyo bordo iban las tropas de desembarco.

—Todas esas formidables escuadras—dijo pensativamente Roberto—estarán reducidas a la impotencia antes de un mes. Si se negasen a hacerlo, correrán la misma suerte de la que hoy ha desaparecido.

El Secretario Adams y Fanny, sin probar nada, dominados por la tristeza, se habían mantenido alejados del resto del grupo.

Roberto se acercó a ellos y dijo:

—Mr. Adams, acabo de recibir un despacho del jefe de la escuadra aérea en el cual me comunican que San Francisco ha capitulado con todo su ejército y que se han telegrafiado a Wáshington las condiciones que imponemos para cesar la guerra. Por lo pronto, usted y la señorita están libres y pueden desembarcar ya, si así lo desean.

—Yo no puedo volver a mi patria—replicó sombríamente el Secretario—no merezco pisar un suelo que no supe defender: mis conciudadanos me juzgarán no sólo inepto, sino acaso traidor.

¡Qué bien hizo Jack en arrojarse al mar! Mientras yo cobarde».....

—Mr. Adams, usted ha cumplido con su deber y nadie puede reprocharle nada; el pueblo norteame-

ricano le hará justicia. Nadie está obligado a prever lo imprevisto ni a descubrir lo que el mundo entero no ha sospechado siquiera en tantos meses.»

Los tres submarinos se habían puesto lentamente en marcha hacia el Este, navegando en la superficie con las rojas banderas izadas. Cerca de la costa se percibían los centenares de humaredas de los barcos japoneses.

Los nautilos a cien metros uno de otro, cortaban las ondas sin el más leve balanceo. En la cubierta del *Cañas* habían quedado apenas el rubio comandante y los dos norteamericanos, sentados en sendas poltronas y sin cruzar palabra.

Fanny miraba al suelo, con la angustia pintada en su bello rostro, anonadada por el cúmulo de fatalidades que había interrumpido el agradable curso de su existencia; Mr. Adams, con los ojos entornados y la cabeza recostada en los brazos cruzados sobre el respaldo de la mecedora, parecía dormitar; Roberto, con su extraño anteojo en la mano, observaba la costa. De la entrada de la bahía se desprendió un torpedero que avanzó al encuentro de los submarinos con la rapidez de una flecha. Sólo Roberto se dió cuenta de la aproximación de la nave; sus melancólicos compañeros no advirtieron nada hasta que el silbato del minúsculo destructor resonó al costado del *Cañas*. Un instante después saltó sobre la cubierta un joven moreno, con uniforme gris; y al punto corrió a saludar al general, quien le tendió cariñosamente la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Has recibido noticias de Colombia, Antonio?

—Al contrario: he enviado a mi patria un mensaje, anunciándole que la formidable Unión está disuelta y que en adelante los latinos no sufriremos más desmembraciones ni ultrajes hechos en nombre de la fuerza. General, el Gobierno de Wáshington, viendo la absoluta imposibilidad de resistir, ha declarado disuelta la Unión y convenido en desarmar todos sus buques de guerra; cada Estado será una república independiente y en igual condición quedarán todos los países del resto de América. Hemos intimado lo mismo a Inglaterra para que destruya su flota y deje en completa libertad a sus colonias, y a Francia en iguales términos.

—Está bien, dijo Roberto. Que nuestros aviones se trasladen inmediatamente a la costa del Atlántico para hacer entrar en razón a las potencias europeas y una vez conseguido nuestro objeto irás tú a reunirte con nosotros en el cuartel general de la isla del Coco, para donde partiremos cuando hayamos desembarcado a nuestros distinguidos prisioneros.

—Precisamente este asunto es el que me trae a bordo, pues las noticias que debo comunicar no podrían trasmitirse por telégrafo. Cuando la población de San Francisco supo que a bordo traíamos al señor Secretario de Marina, hizo manifestaciones hostiles que según parece se han extendido a los demás estados de la antigua Gran República. No creo prudente que los señores vayan a tierra; y

como los nautilos van a partir enseguida para el Sur, es preferible que desembarquen en Centro América, endonde estarán al abrigo de las venganzas de sus paisanos.

Mr. Adams, había adoptado de nuevo su actitud indiferente y ensimismada; por las descoloridas mejillas de Fanny resbalaban una tras otra las lágrimas.

—Adiós, Antonio—repuso Roberto abrazándole cariñosamente.—Cuando el Japón desarme su escuadra, toma tu aeroplano y vé a reunirte conmigo en la isla misteriosa. Todos los *Caballeros de la Libertad* debemos estar juntos allí para celebrar el día de la gran liberación.

Cuando partió el torpedero, el comandante Mora dijo al Secretario:

—Siento mucho lo que ocurre, Mr. Adams; pero por lo que cuenta Antonio no es posible desembarcar a ustedes en San Francisco. El *Cañas* va a partir inmediatamente para el Sur; si usted no tiene inconveniente, iremos a Costa Rica, en donde no podrán temer nada. Mi madre está allí sola, y Fanny encontrará en ella la madre que perdió cuando era muy niña. Mi casa está enteramente a la disposición de ustedes, mientras voy a la isla a terminar mi misión. Después publicaré todos los detalles de la gran obra para que el pueblo norteamericano vea que su Secretario de Marina no tuvo culpa alguna en lo sucedido y que nadie habría podido portarse más digna y patrióticamente.

Mr. Adams no abrió siquiera los ojos, como si

no hubiese oído las anteriores palabras; pero la joven alargó su mano al ingeniero y la oprimió agradecida.

Unos minutos después los tres submarinos dirigían la proa al Sur con velocidad moderada y manteniéndose a unas diez leguas de la orilla. El sol iba ya declinando, y en la apacible y fresca tarde se respiraba un ambiente primaveral, saturado de felicidad y de vida, que contrastaba con los horrores de la mañana, como muda protesta de la naturaleza contra las crueldades de los hombres.

Roberto ordenó que sirvieran la comida bajo la toldilla de popa; pero Mr. Adams no probó bocado ni salió de su mutismo; y su hija, impresionada por su triste, actitud tomó apenas una taza de café.

Al levantarse de la mesa Roberto llevó aparte a Fanny y le dijo:

—Es necesario distraer a su papá. Mañana cuando se levante hágalo subir sobre cubierta y procure hacer que se resigne con los acontecimientos. Hay que tomar la vida con filosofía. No ha mucho Mr. Adams decía a usted que los antiguos representaban la fortuna como una rueda, y en efecto, no hay nada más voluble. Lo que hoy está abajo, mañana se encuentra encumbrado, sin que haya nada estable.

Vea usted, Fanny, yo soy actualmente el árbitro del mundo—lo digo sin jactancia—pues mis inventos y los del capitán Amaru pueden aniquilar en un instante las fuerzas terrestres y marítimas de todas

las potencias de la tierra. Cuando los pueblos oprimidos sepan quién es su libertador me levantarán centenares de estatuas, sin perjuicio de quemarme en efigie un año más tarde, cuando resulte que me he equivocado y que el mundo era más feliz bajo el imperialismo—añadió riendo cordialmente.—

—De modo—repuso Fanny—que usted no está muy seguro de proceder bien en su empresa.

—La humanidad es tan incomprensible, que jamás está uno seguro de que su acción será considerada eternamente como buena. Vea usted, Fanny: mi país erigió dos monumentos en conmemoración de la derrota que en 1856 infligió a los filibusteros yanquis. Hace poco derribó esas estatuas para sustituirlas con la del invasor Walker y la de un Presidente norteamericano que preparó la ocupación militar de Centro América. En estos momentos cuando mi patria se entere de la caída del águila, volverán a su sitio las estatuas de los patriotas. ¿Quién sabe si mañana, al convencerse de que estas repúblicas necesitan una mano de hierro que mate de golpe las ambiciones locales y las revueltas, Costa Rica no volverá a prosternarse ante las estatuas de Walker y de Wilson?

—Entonces usted no obra de buena fe, Roberto. Su escepticismo debiera haberle hecho más cauto y no dejarle consumar tantas desgracias sin estar convencido de la moralidad de su empresa.

—Procedo de acuerdo con mis convicciones y mis ideales, como el científico que emprende lleno

de fe un experimento. Si me equivoqué, el tiempo lo dirá. De todos modos, mi experimento será decisivo y la humanidad sabrá a qué atenerse con respecto a su porvenir. Razas y pueblos autónomos, disponiendo libremente de sus destinos, o un imperio universal, disciplinado y sujeto a una autoridad central, como lo soñaron Ciro, Alejandro, Napoleón, Guillermo II y Wilson. La experiencia será decisiva. Si me equivoqué y los pueblos me queman en efigie, tanto mejor. A lo menos que se reconozca mi desinterés y que toda mi labor, que podría haberme hecho dueño de la tierra, la he consagrado a un fin humanitario y altruista. Cualquiera que sea mi suerte, quiero que usted, Fanny, la única mujer que he amado, mire en mí un Quijote que se sacrifica por sus semejantes, sin utilizar sus inventos en provecho propio.»

Fanny contemplaba absorta la radiante fisonomía del joven, cuya superior inteligencia y noble corazón engrandecían su figura hasta darla las proporciones de un ser sobrenatural. Bajó los ojos cuando Roberto le manifestó sus rodeos su amor; su turbación era muy natural, pues aquel arrogante mozo cuyos obsequios había rechazado al saber su nacionalidad, obedeciendo a las instigaciones de orgullosos compatriotas, era el único hombre que la había impresionado y atraído desde el día en que se conocieron.

—Dentro de tres días, Fanny, estaremos en la isla del Coco—añadió estrechándole la mano.—Mientras tanto, procure distraer a su papá, que una vez

llegados allí yo me encargaré de devolverle su buen humor.

Fanny oprimió agradecida la diestra del comandante y no apartó de él sus miradas hasta que desapareció por la escotilla.

En los días subsiguientes la joven subió sola sobre cubierta, endonde pasó muchas horas en íntima conversación con el ingeniero. Mr. Adams se había obstinado en no salir de su camarote ni en probar alimentos, lo que preocupaba hondamente a la cariñosa hija.

—Déjele usted—repetía Roberto—cuando reflexione sobre lo ocurrido se disiparán sus penas. Mis publicaciones, además, sincerarán su conducta ante los ojos de las Repúblicas del Norte, y todos sabrán que ustedes cayeron prisioneros sin poder hacer nada en favor de su patria.

—Papá me tiene preocupada—respondió tristemente Fanny—no ha vuelto a cruzar palabra conmigo y se niega obstinadamente a probar nada.

—Procure usted hablarle de cosas que no se relacionen con su situación. Mañana al amanecer haga que suba al puente, pues muy temprano estaremos a la vista de la isla del Coco, y el espectáculo es digno de contemplarse a esas horas. La isla en esta época ofrece el aspecto de un inmenso pilón verde, bastante alto, del cual caen al mar centenares de cascadas argentinas.

¿Sabe usted una cosa, Fanny? Mi ideal sería ser dueño de una isla solitaria como la del Coco, vivir

en ella con una mujer amada y, apartados de las miserias y mezquindades sociales, renovar allí el idilio del paraíso. ¡Cuánto me repugna el contacto del mundo! Bajezas, intrigas, calumnias, ruines venganzas, chismes innobles, vapor de odio que sofoca y marea, en vez de puras brisas cargadas de amor y simpatía. Yo nací para amar, Fanny; para proporcionar a mis semejantes los medios de ser felices; para tender la mano a los desvalidos y compartir con ellos sus penas.

En pago ¿qué he cosechado? El odio injustificado de aquellos a quienes más favorecí, ingratitud y olvido; mordeduras de víboras que calenté en mi seno.....¡Ah, Fanny! Si usted supiera cuántas amarguras guardo en mi pecho! Cualquiera en mi lugar habría devuelto mal por mal, pues dispongo de poder bastante para causar daño; pero yo no puedo odiar; los ingratos, los infames, los criminales me inspiran profunda lástima; algunos asco; ninguno odio. Yo quisiera ver la tierra ocupada por centenares de pueblos libres y felices, saneada y cultivada, capaz de contener y alimentar una población que no se multiplicara estúpidamente como ahora; desearía ver a los hombres todos equilibrados, exentos de vicios, disfrutando plácidamente de la vida; sin guerras, ni pestes, ni penas. Moriré sin ver realizadas mis aspiraciones. La especie humana está loca; el hombre no es más que un ser desequilibrado por haber dado la preferencia al desarrollo del cerebro sobre los demás órganos, consagrándose al

estudio, en lugar de atender un poco más a sus funciones naturales. ¿Qué serían nuestras ciudades si los campos no les enviasen su gran contingente de cerebros sanos? Inmensos manicomios.»

Fanny escuchaba con religioso respeto el extraño discurso de su antiguo cortejante, que siempre solícito y cariñoso, procuraba hacerle menos enojosa su prisión. Jamás habría sospechado que aquel joven rubio, a quien había despreciado, poseyera una inteligencia tan elevada, unos sentimientos tan generosos y una voluntad tan firme. Sentíase ella tan insignificante a su lado, que cuando hablaba lo hacía con ese temor del estudiante que consulta a un sabio.

Pasaban todo el día solos, en la cubierta del *Cañas*, viendo esfumarse la costa con sus cordilleras azuladas y sus verdosas islas. De cuando en cuando se presentaba Jiso el telegrafista con despachos que entregaba silencioso al comandante, el cual después de leerlos los pasaba a su bella compañera.

Eran casi todos homenajes que las ciudades de México y de Centro América tributaban a su libertador, a aquel costarricense desconocido la víspera y hoy célebre en todo el mundo.

*
* *

En la mañana del 5 de mayo los tres submarinos divisaron los picachos de la isla del Coco. Roberto

recibió la noticia en el comedor cuando tomaba su desayuno; y se disponía a subir sobre cubierta, cuando resonó en el salón un grito de suprema angustia, cuyo timbre era familiar al joven ingeniero. Acudió inmediatamente y vió a Fanny envuelta en blanco peinador, desesperada, loca, en la puerta de su camarote.

—¿Qué ocurre? exclamó.

—¡Papá está muerto, sí! Dios mío!

Roberto trató de calmar a la bella, cuyos brazos se retorcían convulsivamente y cuyo cuerpo todo temblaba como el de un azogado. Luego se asomó al camarote y se detuvo horrorizado en el umbral.

Sobre el lecho resaltaba la faz cadavérica del Secretario en las sábanas tintas en sangre. En el suelo una navaja de afeitar revelaba cómo se había consumado el suicidio. Mr. Adams, como Jack, no había podido soportar la pena que le causara la disolución de su poderosa patria.

Roberto hizo el saludo militar como postrer homenaje al ilustre muerto, y corrió luego a atender a Fanny que se había desplomado sobre el piso del salón.

*
* *

A medio día los acantilados de la isla del Coco fueron testigos de una fúnebre ceremonia, la primera quizás que se celebraba en aquellas playas inhospitalarias.

Una fosa abierta en la peña recibió el cuerpo del distiguido hombre público cuyo genio había convertido los Estados Unidos durante dos años en la primera potencia naval del mundo. Aunque Roberto se empeñó en que Fanny no saliera del nautilo, la joven manifestó su resolución de asistir al entierro y dar a su padre el último beso antes de verlo desaparecer para siempre.

Alrededor de la sepultura se agrupaban silenciosos el capitán Amaru, el conde Stein, Manuel Delgado, el doctor Valle y un centenar de marinos de diversas nacionalidades, formados en cuadro, mientras las bandas de los submarinos ejecutaban la marcha inmortal de Chopín.

Cuando comenzaron a caer sobre el cuerpo del infortunado Mr. Adams las primeras paladas de tierra, empezó Fanny a temblar y habría caído al suelo si Roberto no la hubiese sostenido por la cintura.

Hasta entonces no reparó Roberto en una coincidencia: los marineros habían cavado la sepultura de Mr. Adams, precisamente en la misma eminencia desde donde los tres norteamericanos habían contemplado la puesta del sol la tarde en que arribaron a la isla, en el lugar endonde al día siguiente el Secretario, mientras cantaba las glorias de su país, fué interrumpido en su discurso por la voladura del *Nicaragua*.

Terminada la fúnebre ceremonia el cortejo se puso en marcha con dirección a las cavernas, en cuyo canal estaban anclados los tres nautilos.

El ingeniero, sosteniendo a la joven con la solicitud de un hermano, le dijo al llegar a la segunda cueva de la derecha en la cual estaba la escalera que conducía al lujoso piso habitado por la oficialidad de los barcos.

—Fanny, me he tomado la libertad de hacer trasladar su equipaje a uno de los cuartos del segundo piso, porque sería muy doloroso para usted volver a su camarote. Aquí estará menos incómoda y podrá salir a cualquier hora al aire libre, pues ya no hay rejas que impidan el paso. Quisiera llevarla inmediatamente a Costa Rica al lado de mi madre; pero no puedo ausentarme de aquí antes de dos días. Una vez en San José es usted dueña de quedarse en mi casa meses, años ¡ojalá toda la vida! o de regresar a su país.

—¡Gracias! es usted muy bueno, Roberto—contestó sollozando la linda joven.—Yo no tengo ya mi patria ni padres ni hermanos ni siquiera amigos!

Roberto le estrechó cariñosamente las manos y le dijo, cuando llegaron a la habitación:

—Aquel teléfono se comunica directamente con mi cuarto; si hay alguna novedad, si desea algo, no tiene más que avisármelo. Tocando ese botón eléctrico aparecerá inmediatamente un criado que está exclusivamente a su servicio.

Cuando Roberto se hubo marchado, no pudo menos Fanny, a pesar de su dolor, de admirar y agradecer la delicadeza con que el arrogante mozo la había preparado su alojamiento.

Esa tarde recibió el comandante un despacho inalámbrico cuya lectura le llenó de satisfacción. En la cena, cuando estuvieron reunidos los cinco amigos, dijo:

—Mañana a las seis debemos estar en la plazoleta del telégrafo. Tendremos visitas.

Acostumbrados a la reserva de su jefe, sus compañeros se guardaron de interrogarle y todos comieron con apetito, aunque evitando hablar en voz muy alta y reir, por respeto al dolor de Fanny, cuyo aposento estaba cercano.

Al amanecer los *Caballeros de la Libertad*, instalados en el automóvil, se dirigieron rápidamente a la estación inalámbrica.

Al llegar, salió de la garita Jiso el telegrafista y saludando militarmente a Roberto, dijo en esperanto:

—General, acabo de recibir un despacho desde alta mar. Dentro de un cuarto de hora estarán aquí.

El ingeniero sacó de la funda su extraño anteojo y después de recorrer la parte Norte y Este del cielo, gritó:

—¡En efecto, ya están a la vista.

Todos se inclinaron sobre la curiosa cámara de Roberto y vieron claramente dos puntos negros que volaban apareados hacia la isla. No habían transcurrido diez minutos cuando levantando los ojos al cenit divisaron a considerable altura dos naves aéreas, verdaderos pájaros mecánicos, sin alas, los cuales después de mantenerse inmóviles un rato, descendieron verticalmente con acelerada rapidez,

como en una caída mortal. A cien metros de altura se detuvieron de nuevo y siguieron cayendo lentamente, como dos paracaídas, hasta que se posaron blandamente sobre el césped, acompañados del zumbar de cien hélices pequeñas que sobre cubierta permitían a las naves ascender y aterrizar verticalmente.

Del primer avión saltó Antonio, el piloto colombiano que en la bahía de San Francisco llevó un mensaje al *Cañas*. Roberto le abrazó y lo mismo hicieron sus cuatro camaradas; pero inmediatamente volvieron los ojos llenos de curiosidad hacia el personaje que acababa de desembarcar del otro avión. Era un hombre como de cuarenta años, alto y robusto, aire militar, tez curtida por el sol, ojos negros y vivos y barba del mismo color, cuidadosamente recortada.

El general Mora le estrechó la mano y volviéndose a sus sorprendidos amigos, dijo:

—Tengo el honor de presentar a ustedes al séptimo *Caballero de la Libertad*, al coronel mexicano, mi compañero de estudios en Inglaterra, don Salvador Morelos, jefe de la escuadra aérea japonesa que delante del puerto de San Francisco arruinó el poderío norteamericano.

—Yo no he sido más que el brazo que ejecuta, ustedes la cabeza que dirige—contestó el recién llegado con voz sonora y enérgica.

—¿Qué noticias nos traen ustedes?

—Una sola—replicó solemnemente el Coronel

Morelos,—que nuestra misión, la misión de los siete *Caballeros de la Libertad* ha terminado.

—¡Cómo! exclamaron casi a un tiempo Roberto, Von Stein, Amaru, Delgado y Morazán, mientras Antonio sonreía satisfecho.

—Sí—continuó con el mismo tono grave e imponente Morelos.—Las potencias europeas han capitulado, sobrecogidas de temor por lo que les comunicaron sus ministros residentes en Wáshington y su aliado el Gobierno de la Gran República hoy disuelta. Unicamente la Gran Bretaña se mostró incrédula y entonces yo mismo telegrafié desde San Francisco al Almirantazgo Inglés, proponiendo una prueba convincente, aunque dolorosa. Ofrecí destruir con sólo dos aviones el escuadrón naval y aéreo estacionado en Jamaica. No recibí contestación: sin duda el Gobierno Inglés pensó que se trataba de una broma o de una fanfarronada, y no hubo más remedio ...Ayer a las nueve de la mañana..Fué un espectáculo estupendo, aunque salvaje. ¡Culpa de la terquedad sajona! Frente a Kingston salieron a encontrarnos, a la hora de la cita, unos cincuenta aeroplanos. Los nuestros con la quilla protegida por las placas que los hacen invisibles desde abajo, no llevaban las de la proa. Queríamos que nuestros enemigos aéreos nos viesen como en el combate de San Francisco y pudiese dar cuenta a sus compatriotas de que habían combatido apenas contra dos, en tanto que nos divertíamos imaginándonos a los oficiales de los seis grandes acorazados

asestando inútilmente sus telescopios al firmamento para descubrirnos.

Nuestros dos cañones neumáticos dispararon sin ruido cincuenta cohetes. Renovóse la escena de San Francisco y los aeroplanos fueron cayendo al mar uno tras otro como golondrinas cazadas al vuelo. ¡Qué lejos estaban de sospechar que se habrían escapado del peligro con sólo permanecer siquiera un minuto enteramente inmóviles en el espacio! Pero aun sabiéndolo ¿cómo habrían podido ejecutar esa maniobra sin el prodigioso invento del general Mora? Luego, como un alarde de desprecio descorrimos las placas de la quilla para que pudiesen vernos los *dreadnaughts*; pero antes. que pudiesen disparar sus formidables cañones, cada uno había recibido a bordo un quintal de japonita.

Seis columnas de humo señalaron a la ciudad el lugar que un minuto antes ocupaban los barcos. Volamos luego sobre la población horrorizada y dejamos caer sobre ella una docena de hojas que teníamos escrita de antemano y que decían: "Poseemos medios para hundir los treinta submarinos que protegen la bahía, aunque se sumerjan a cuarenta metros; pero nos duele sacrificar más vidas inocentes. Aconsejen al Gobierno de la Metrópoli que acepte nuestras condiciones". Punto y seguido volamos en línea recta para acá y aquí nos tienen. Probablemente hoy recibiremos otras noticias.»

Mientras todos felicitaban calurosamente a los dos aviadores que habían realizado la proeza más

increíble que registra la historia de la guerra, Jiso, que había permanecido en su caseta se presentó con un papel en la mano y se lo entregó respetuosamente al rubio ingeniero. Era un despacho en cifra y al leerlo lanzó una gran exclamacion.

En medio de las curiosas miradas de sus amigos, se levantó Roberto de la piedra en que se había sentado, y descubriéndose con religioso respeto dijo con voz trémula por la emoción:

—Señores, saludemos en este día la aurora de los pueblos libres. Hoy comienza una nueva era para la humanidad. Inglaterra y las demás potencias convienen en el desarme completo y en la independencia de las colonias. Cada nación envía inmediatamente un delegado a cada una de las otras para ver que se cumpla lo pactado. El *4 de Julio* los inalámbricos de toda la tierra llevarán hasta los rincones más apartados la noticia de que terminó para siempre el imperio del águilla y que ya este fatídico símbolo no volverá a aparecer en las banderas de otras Romas, de futuros Napoleones, tsaresni emperadores germánicos. Le hemos cortado las garras. ¡Vivan los pueblos libertados!

—¡Vivan sus libertadores, el general Mora y el capitán Amaru! gritó el mexicano Morelos entusiasmado.

¡No! gritó a su vez Roberto. ¡Vivan los *Caballeros de la libertad*, los hombres de todas las razas que han contribuido generosamente a esta obra redentora.

Pasados los primeros transportes de júbilo, Roberto dió sus órdenes precisas. A medio día partirían los tres nautilos, que regresarían al día siguiente a a su base. En el *Cañas* conduciría él a Fanny hasta Puntarenas. El capitán Amaru llevaría a Antonio a Panamá, en donde estaba su familia; y el conde Stein en el *Blanco* era el encargado de acompañar hasta Acapulco al coronel Morelos, a quien su patria agradecida preparaba sin duda una apoteosis. Los dos aviadores iban sólo de paseo, pero debían estar de vuelta a fines de junio, para aguardar todos reunidos en la isla la noticia del desarme universal y la disolución de los grandes imperios. Pasada esa fecha, las tripulaciones bien gratificadas volverían al servicio del Japón; el conde Stein y diez de sus compatriotas se quedarían en la isla, en donde proyectaban establecerse con sus familias y fundar una colonia agrícola. Los demás *Caballeros* regresarían a sus respectivos países; pero se convino en que todos los años vendrían a pasar el mes de Enero en la colonia.

—¡Cómo no se le ocurre a von Stein apoderarse del mundo! dijo riendo Manuel Delgado: quedan aquí los submarinos y dos aviones.

El alemán sonrió y lo mismo hicieron los presentes, excepto el capitán Amaru; el cual en un momento en que se encontró con Roberto alejado del grupo, le dijo en voz baja:

—General ¿no cree usted que pueda ocurrir lo que en broma dijo Delgado? Estos alemanes son

tan ambiciosos! Además, von Stein participó en nuestra obra más por odio a los yanquis que por comulgar con nuestras ideas.

--Duerma usted tranquilo, capitán. Von Stein es leal. Además, no posee nuestros secretos sin los cuales las máquinas que dejamos aquí y las mil que volverán al Japón son juguetes enteramente inofensivos.

Hoy el mundo no puede temer nada, sino de dos hombres, que somos usted y yo—añadió sonriendo.

—Entonces—replicó Amaru apretándole la mano—también el mundo puede dormir tranquilo.

*
* *

Así que hubieron regresado a las habitaciones subterráneas para tomar el desayuno, Roberto preguntó al sirviente por la señorita Fanny.

—Salió hace poco—respondió éste—Roberto permaneció preocupado durante el almuerzo y apenas hubo terminado se encaminó a la salida de la caverna, desde donde descendió a la hondonada y comenzó a subir con paso firme y rápido por la falda de la colina opuesta, en la cual estaba sepultado Mr. Adams.

Durante la madrugada unos marineros, por orden de Roberto, habían levantado sobre la fosa una pirámide de piedras amarillas, negras y rojizas, combinadas con gusto y unidas con arcilla, en cuyas junturas habían sembrado orquídeas y helechos.

De hinojos ante el túmulo, cubriéndose los ojos con el brazo derecho, y el izquierdo tendido sobre las losas, estaba la bella joven, llorando en silencio. Roberto se detuvo para contemplarla un instante.

Recordó haber visto en el cementerio de Florencia esculturas admirables sobre las suntuosas tumbas; pero ninguna podía compararse en gracia y expresión a aquella linda niña, viva imagen del dolor sublime que no puede externarse con palabras ni con lágrimas.

Al ruido de las pisadas levantó Fanny la cabeza y divisando al ingeniero se puso en pie con viveza, se acercó a él y le estrechó la diestra entre sus dos manos.

—¡Usted, Roberto, ha hecho esto! ¡Gracias, gracias!

El se descubrió respetuosamente y dijo con voz grave y pausada, dando unos pasos hacia el túmulo.

—He venido a buscarla aquí, Fanny, porque sólo ante la tumba de su padre debe usted oir las palabras que van a salir de mis labios. Dentro de tres horas partiremos todos de esta isla. Como usted no desea volver por ahora a su patria, endonde no tiene familia, ni amigos ni fortuna que administrar, he pensado, si usted no se opone a ello, llevarla a San José, al lado de mi madre, ya muy anciana. Cuando ella muera, me hallaré tan solo en el mundo como usted.....¿Quiere usted que unamos nuestros destinos? Yo consagraré mi vida a procurar que la suya sea más dichosa en lo futuro que en la actua-

lidad. ¿Quiere usted ser mi esposa? Así estará más cerca de la sepultura de su padre, y más cerca aún cuando traslade estos queridos despojos a la capital de Costa Rica. Si usted no me juzga digno de labrar su felicidad, considéreme siempre como un hermano y disponga en absoluto de mi persona y de cuanto poseo.

Fanny le contempló asombrada al través de sus lágrimas y luego bajó los ojos, ruborizada y pensativa.

—Perdone usted mi imprudencia—continuó él humildemente—pero quería que usted oyese mi solicitud en este sitio, con esa tumba por testigo, y no más adelante, en mi casa, en donde yo nunca me habría atrevido a hacerlo.

Fanny levantó de nuevo hacia él los ojos con una expresión indefinible de gratitud, de admiración y de cariño.

—¿Acepta usted? murmuró Roberto casi a su oído.

Por toda respuesta Fanny le tendió la mano que él besó y retuvo en la suya. Luego ambos jóvenes se arrodillaron ante la sepultura para dar su último adiós al esclarecido patriota y eminente hombre público que había ido a terminar su carrera en aquella isla solitaria.

Cuando se alejaron lentamente, cogidos del brazo, el sol reverberaba sobre el océano, transformándolo en un estanque de plomo fundido, encerrado en el círculo perfecto del horizonte. El cinturón de espu-

mas que ceñía la isla deslumbraba como una herradura de acero al salir de la fragua, y sobre él revoleteaban a la manera de copos de nieve arrastrados por un torbellino, millares de aves marinas que poblaban de extraños gritos el aire.

Ambos jóvenes admiraban profundamente abstraídos el grandioso panorama a medida que descendían por la pendiente de la colina. ¿Se sentirían acaso impresionados por la semejanza entre aquel ignoto mar y el que iban a atravesar juntos en la frágil barquilla de su suerte futura? ¿Preocuparía a ella el temor de no hallar la felicidad en un país extraño, enmedio de gente tan diferente de la suya? ¿Pensaría él en el porvenir de su grandiosa obra, que parecía cristalizarse en aquel providencial enlace que iba a fundir en una dos razas antagónicas? Roberto contemplaba en su imaginación a las naciones unidas, no por la presión de la fuerza sino por los lazos del amor: los hombres libres y felices; los pueblos sin guerras; las sociedades mejoradas por la educación, exentas de vicios y de crímenes; las ciudades saneadas, embellecidas y risueñas; las hogares, sin lágrimas y rebosantes de bienestar y de paz....Pero ¿y si se había equivocado? ¿Y si la humanidad no estaba aún preparada para realizar ese ideal supremo? El, por su parte, estaba tranquilo, con la conciencia de haber obrado honradamente.

De pronto Fanny y Roberto cruzaron una larga mirada como si mutuamente hubiesen adivinado sus recónditas preocupaciones. Había en el rostro del

joven ingeniero tanta nobleza y resolución, en sus ojos tanta dulzura y en su frente tanto genio, que la linda americana reclinó la cabeza en el hombro de su compañero, subyugada, vencida. Era el amor que renacía. El la besó en las mejillas y luego ambos serenos y fuertes, llenos de fe en el porvenir, continuaron su camino cogidos de la cintura, seguros de que si algún día la humanidad ha ser redimida, lo será por la energía y el amor de las almas superiores.

C. Gagini

Guadalupe, 27 de Abril de 1920.

INDICE

	Pág.
I.—Sandpoint	3
II.—La isla misteriosa	18
III.—Nuevas sorpresas	33
IV.—El Tribunal	46
V.—El velo se descubre	66
VI.—La evasión	90
VII.—A bordo del *Cañas*	118
VIII.—La caida del Aguila	142

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Diccionario de Provincialismos de Costa Rica (*agotada*). *
Ejercicios de Lengua Castellana (*texto oficial*) **
Vocabulario de las Escuelas (*id.*)
El Lector Costarricense (*id.*) *en 4 vols.*
Vocabulario de los Niños (*id.*) *en 2 vols.*
Elementos de Gramática Castellana (*4a. edición*).
La Lengua de Térraba (*en colaboración*).
Chamarasca (*cuentos*).
Obras Dramáticas.
Las Cuatro y Tres Cuartos (*comedia*).
Cuentos Grises.
Diccionario de Costarriqueñismos (*2a. edición*).
Los Aborígenes de Costa Rica.
El Arbol Enfermo (*novela*).
La Ciencia y la Metafísica.
La Sirena (*novela*).
La caída del Aguila (*novela*).

EN PREPARACION:

En la Ciudad del Lodo (*novela*).
Al Través de mi Vida.
Historia de la Educación Costarricense.
La Costa Rica Precolombina (*tribus e idiomas*).

INEDITAS:

Vagamunderías (*poesías*).
Toño (*comedia*).
Teatro Infantil (*dos zarzuelas y una comedia*).
Curso de Filología Castellana.

---

* Premiado con medalla de plata en la Exposición de Guatemala de 1897.
** Premiado con medalla de oro en la Exposición de Guatemala de 1897.